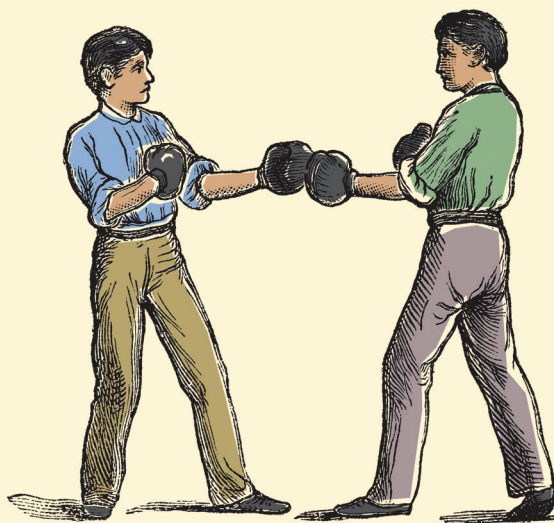


JORGE ESLAVA

un placer ausente

*apuntes de un profesor
sobre la lectura escolar*



un placer ausente
apuntes de un profesor sobre la lectura escolar

JORGE ESLAVA

JORGE ESLAVA

un placer ausente

*apuntes de un profesor
sobre la lectura escolar*



FONDO EDITORIAL



Colección Investigaciones

Un placer ausente. Apuntes de un profesor sobre la lectura escolar

Primera edición digital, marzo 2016

© Universidad de Lima

Fondo Editorial

Av. Manuel Olguín 125. Urb. Los Granados, Lima 33

Apartado postal 852, Lima 100, Perú

Teléfono: 437-6767, anexo 30131

Fax: 435-3396

fondoeditorial@ulima.edu.pe

www.ulima.edu.pe

Diseño, edición y carátula: Fondo Editorial de la Universidad de Lima

Versión ebook 2016

Digitalizado y distribuido por Saxo.com Peru S.A.C.



www.saxo.com/es

yopublico.saxo.com

Teléfono: 51-1-221-9998

Dirección: calle Dos de Mayo 534, Of. 304, Miraflores

Lima - Perú

Se prohíbe la reproducción total o parcial de este libro sin permiso expreso del Fondo Editorial.

ISBN versión electrónica: 978-9972-45-327-4

Para mi hermana Marita,
en su lejana biblioteca.

*Más tarde tuve la convicción de que los colegios del Perú...
debían trabajar de otra manera.*

José María Arguedas

Presentación

Esta es una libreta de notas, un capricho de la fábula, no un trabajo de investigación convencional. Aunque todos los datos que empleo son resultado de un largo proceso de indagación, sobre todo en los últimos años, con el que he llevado mi oficio de maestro. Conversaciones con cientos de docentes y encuestas a miles de estudiantes, visitas a colegios y participación en muchos eventos académicos me han traído a este punto de convergencia entre el ensayo y la novela. La historia se ubica en Lima, en el 2008. El protagonista es un joven profesor de colegio, formado en una universidad estatal, donde paseó por diversas facultades y terminó Literatura. Ha concluido la Maestría en Educación y prepara una tesis sobre el Plan Lector, que avanza a duras penas. Ejerce la docencia desde que era estudiante universitario, al comienzo como profesor de secundaria y más tarde en primaria. La ficción muestra el espacio público del profesor, su desempeño laboral con colegas y alumnos, y de otro lado el mundo privado, en una resquebrajada relación con su pequeña hija y su exmujer.

Ojalá se advierta que la inquietud fundamental de este trabajo se sustenta en la formación del deseo de leer —edificar el amor y la voluntad de ese precioso acto humano—, mucho más que la práctica de la lectura o la

enseñanza de la literatura. Y aunque quisiera estar lejos de cualquier actitud doctrinal, me siento seguro del valor formativo de los buenos libros: modela al ser humano, amplifica su espíritu, mejora su convivencia con el mundo. Cualquiera que haya ejercido con respeto la docencia comprobará que las observaciones y meditaciones que registro no son nada extraordinarias. Tampoco los diálogos de los personajes novelescos ni las entrevistas que sostengo con creadores y estudiosos reales. Todas las palabras de este libro constituyen simplemente un trozo de la realidad: el alimento diario que brindamos a nuestros alumnos, en las miles de horas que pasamos en las aulas, no siempre con el mejor ánimo, pero apasionados con lo que vamos a enseñar.

Jorge Eslava

Apertura



Advertencias sobre el Plan Lector¹

Han sido ustedes muy amables en invitarme a participar en este acontecimiento. Me honra alternar con creadores y críticos de jerarquía en literatura infantil y juvenil, aunque no dejo de sorprenderme. Soy un sencillo profesor primario, cuya relación con la lectura y la enseñanza es tan apasionada como escéptica. En medio de la epifanía que ha significado el Plan Lector en el Perú, para mis colegas encarno un aguafiestas. No me seducen los himnos ni las fanfarrias respecto a los programas de lectura en nuestro país, tengo claro que somos todavía un país gobernado por signos de barbarie, con una educación bastante desatendida y un concepto banalizado de la cultura. Por eso creo fervientemente en el compromiso del maestro, en su deber intelectual y vital, en su misión utópica de cambio. Todo adulto sabe, o al menos sospecha, el grado de intervención que asume en el aprendizaje de las nuevas generaciones; la sociedad le ha conferido una autoridad educativa que por lo general le resulta ancha y ajena. En el caso de la escuela, nadie discute que los niños deben formarse a imagen y semejanza de lo que el maestro considera importante, aunque el cómo y el para qué no tengan respuestas convincentes. De este modo los niños no solo

1 Conferencia del protagonista en el Primer Congreso Internacional de Literatura Infantil y Juvenil. Santiago de Chile, diciembre del 2008. (Nota del editor).

aprenden a leer el libro que el profesor provee, y la forma como lo provee, sino que aprenden a sumar números enteros, a maravillarse con la historia de las civilizaciones, a despertar una curiosidad por los insectos e incluso a correr detrás de una pelota en el patio de recreo. Estos primeros pasos constituyen un aprendizaje en el niño, quien busca integrar un conocimiento en su memoria para vincularlo luego a su propia vida. Y más tarde compartirlo con la vida de los demás, que es el sentido más elevado de nuestra realización. Esa es la experiencia del docente, porque «educar es educarse», según la venturosa frase del filósofo George Gadamer.

Pero qué ha pasado con nuestra educación. Si bien el Programa Nacional de Movilización por la Alfabetización (PRONAMA), adscrito al Ministerio de Educación, trabaja desde el 2006 en la disminución del analfabetismo en el Perú, no deja de ser intolerable que en una década de vanidad por nuestro desarrollo macroeconómico, alrededor de un millón y medio de peruanos mayores de quince años continúen segregados porque no saben leer ni escribir. Diversas fuentes ofrecen porcentajes de analfabetismo, a fin de informar en detalle índices de reducción en determinadas zonas del país o márgenes diferenciados entre hombres y mujeres —siempre las zonas rurales son las más golpeadas y las mujeres siguen siendo las principales marginadas—; no obstante, carecemos de indicadores referidos al «analfabetismo funcional», un problema que puede ser tan grave como la ignorancia, pues disimula el rostro social tras la máscara de la cultura escrita.

En su definición más simple, leer es «pasar la vista por lo escrito o impreso comprendiendo la significación de los

caracteres empleados» —diccionario de la academia—, pero en una segunda acepción es entender la orientación de un texto e incluso de cualquier otro tipo de representación gráfica. Y en un tercer significado, sobre el cual rara vez se detienen los maestros y mucho menos las autoridades educativas, significa potenciar el sentido profundo de un texto literario. Conviene preguntarse si el texto leído es el tejido que el lector descifra ante sus ojos o supone un proceso más complejo y superior. Creo que el texto es, sobre todo, el tramado que el lector va construyendo en su memoria y sensibilidad mientras lee e, incluso, mucho tiempo después. Esa capacidad recreadora convierte a todo libro en un valioso instrumento de saber e imaginación.

Si esta premisa resulta persuasiva, cómo conseguir verdaderos lectores, no esclavizados a la escuela y capaces de enriquecer con su experiencia lo que el texto propone, cuando respiramos un aire educativo y cultural descompuesto. Es una fantasía: con unos cuantos libros no podremos transformar la sociedad, mientras nuestros agentes políticos no luchen por renovar los programas de enseñanza, mejorar la situación de los docentes y erradicar el concepto de cultura como espectáculo. Necesitamos planes de lectura que llamen la atención sobre nuestras condiciones de vida, a fin de cuestionarlas y resquebrajarlas. Ojalá los maestros tomaran conciencia de que la lectura escolar no germina en tierra baldía, salvo que les complazca la literatura infantil como subgénero artístico y la lectura como actividad subordinada a la escuela.



Como toda experiencia entrañable, un trabajo responsable de lectura consiste en desarrollar el vínculo activo del sujeto con el texto. La manera como enseñamos a leer es sumamente importante. Tratemos de que el estudiante asuma, desde el principio, la lectura como un acto de felicidad y comunicación. Sería absurdo negar la trascendencia del libro en la vida de un niño y un adolescente, porque llega en momentos en que está construyendo su personalidad. Recordemos la primordial conquista de la escuela, cuando maestros y padres celebran que el niño, al final de su primera infancia, haya aprendido por fin a leer. Es un motivo de fiesta, muy justo, porque todos tienen claro lo largo y espinoso de ese aprendizaje y para qué sirve desentrañar esa mescolanza de letras. Los garabatos del inicio escolar se han convertido en sílabas y palabras con sentido, en una fuente de descubrimiento y regocijo; y no ha sido de milagro, sino alentado por el esfuerzo y el deseo.

Pero qué ocurre en adelante, sobre todo en los primeros años de secundaria. ¿Implica la lectura esa misma necesidad educativa? ¿Saber leer responde a un ánimo de querer leer? ¿Está el profesor en capacidad de contestar a sus alumnos para qué sirve leer? Tengo la impresión de que en la edad preadolescente la lectura atraviesa su punto crítico, su verdadera prueba de fuego. Mucho más expuesta a las tentaciones del medio y apremiada por una turbia libertad, la lectura rara vez encuentra en el hogar y en la escuela una cómplice resistencia. Ya no sacia una urgente curiosidad, ya no es lo reveladora que fue. Con qué vocación va a dirigir un joven su mirada al libro, cómo va a insertar el acto noble de un héroe de la ficción en su alma desorientada o desesperada, para qué va a ampliar su

horizonte de contemplación y tolerancia si el mundo que lo rodea parece reñido con las bondades de la cultura. Y sobre todo del espíritu rebelde de la literatura.

En este periodo de tormento escolar y bajo muchos pretextos, incluso muy razonables, los educadores hemos declinado del poder de leer. No solo se desestima la lectura de los modos culturales más cercanos del adolescente: el cine, la música, el deporte, la historieta; cuyos contenidos y formas de acercamiento deberían estar presentes en los programas educativos y en las preocupaciones pedagógicas de los maestros. Sino que además la escuela secundaria descuida la lectura en su expresión más llana: la lectura informativa, que se comporta en las aulas como una mera gestión burocrática de acopio de datos sin sopesarlos ni discutirlos.²

En esas circunstancias la lectura literaria difícilmente encuentra explicación y menos justificación. De qué manera defender el acto de leer, que si bien es un camino de evasión, es sobre todo una herramienta de socialización. Tal vez uno de los más elevados del ser humano, pues significa antes que nada una defensa de la libertad, que nos permite conocer y reconocer nuestro mundo, pensar en sus límites y aspirar sus mejoras. Recuerdo una frase certera del escritor norteamericano John Steinbeck, premio Nobel de literatura 1962: «Es casi imposible leer algo bello sin sentir deseos de hacer algo bello».

2 Nada más evidente que la escasa lectura que se ha hecho en las escuelas sobre el Informe de la Verdad y Reconciliación. O de informes sobre el embarazo de las adolescentes en el Perú, la depredación de la Amazonía o el desempeño de nuestra dirigencia en el fútbol.

Los padres de los adolescentes, sin embargo, se desentendieron del ejercicio de la lectura. Ellos no leen —aunque aseguran haber leído bastante—, olvidaron por completo sus angustias juveniles y desvanecieron la alegría de aquellos papás orgullosos que fueron cuando sus hijos aprendieron a descifrar el alfabeto, apenas unos años atrás. Ahora, sin recuerdos y sin razones para comprar libros y compartirlos, los padres se refugian en la trinchera del enemigo. Mientras los maestros de escuela se empeñan en coger el rábano por las hojas: más atentos a la pronunciación y a la velocidad de la lectura, obsesionados por el bendito mensaje y machacones de los consabidos cuestionarios que buscan respuestas previsibles. La suma de tantos desatinos se expresa en las evaluaciones de lectura, cada vez más pragmáticas y uniformes, apremiadas por la masificación estudiantil y la ligereza social. Todos nosotros vivimos en carne propia una larga crisis de nuestra sociedad, en medio del desarrollo tumultuoso de los medios de comunicación y de un desquiciado sistema educativo.



Nuestro sistema educativo ha demostrado irresponsabilidad para denunciar los graves problemas culturales que soporta y advertir las deficiencias de comprensión lectora en nuestros estudiantes. Es un tramado cuyas fibras comprometen al Estado. No quisiera extenderme en asuntos vinculados a las altas esferas del poder, porque me obligaría a explicar que fueron las casas editoriales extranjeras las que iniciaron las campañas en favor de la lectura de niños y jóvenes y no el Estado peruano; que son estas empresas multinacionales que, con indudable experien-

cia en ese campo y grandes expectativas comerciales, difunden lo mejor de la producción literaria; que su poder mediático y económico es inalcanzable para los niveles de nuestras editoriales y de la capacidad del Estado y que sin embargo trabajan independientemente del Ministerio de Educación, salvo para las licitaciones. Una autonomía discutible que concuerda con los postulados neoliberales, pero que debería reconsiderarse en el campo de la educación. Lo que importa ahora es insistir en la necesidad de que los docentes, a pesar del maltrato social y económico, comprendan que leer no es solo un ejercicio para incrementar el vocabulario y exhibir una mayor cultura general, sino un arma de resistencia contra la animalidad y una auténtica conquista humana.

Maestros y maestras entréguese a la lectura. Estudien y batallen en sus aulas. La lectura es una de nuestras actividades que menos admite ideologías banales y que más justifica la materialidad de lo imaginario. No se lee a partir de la nada. El libro es un objeto tangible pleno de fantasía y cuestionamiento. Tan concreto, filosófico y político que en Argentina y Chile, hace algunas décadas, la dictadura militar incineró libros infantiles con la misma intensidad que ahora se leen con provecho. Ocurrió también en el Perú, donde se quemó la primera novela de Mario Vargas Llosa. En el patio del Colegio Militar Leoncio Prado, hacia mediados del sesenta, varios rimeros de *La ciudad y los perros* fueron convertidos en cenizas por órdenes castrenses. Con estos y muchos otros ejemplos, ¿podemos hablar acaso de la inocencia de los libros infantiles y juveniles?

A pesar de las cicatrices y algunos desalientos, es justo decir que en nuestro país vivimos ráfagas de esperanza: la

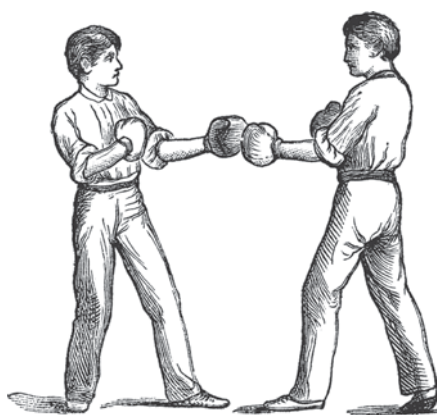
vuelta a la democracia, una importante producción cultural de iniciativa privada, un proceso de consolidación de la industria editorial, una inquietud por la lectura escolar. Rachas de esperanza que requieren del concurso decisivo del magisterio. No perdamos de vista que la institución escolar recién inicia este trayecto del Plan Lector. La mayoría de docentes desconoce la extensión y profundidad del campo de la literatura infantil y juvenil; para muchos es todavía un género sin la envergadura de la llamada «gran literatura», para otros es un instrumento ancilar de la enseñanza y para casi todos es una posibilidad abordada con timidez, sin la pasión ni el riesgo que debe animar toda tarea educativa.

Todavía la literatura infantil suele verse como una actividad ingenua y despreocupada —algunos de nuestros autores son responsables—; reducida a una historia sencilla, que no toca temas controversiales y donde solo importa la moraleja. Si no es, en otros casos, solo la mirada enternecida que se posa en el diseño del libro o en los álbumes ilustrados. ¿Por qué va a ser fácil escribir o ilustrar un libro para niños? ¿Alguien cree, a estas alturas, en la poca información que reciben los chicos y en su complaciente candor? Si consideramos que el género infantil y juvenil merece un verdadero estatuto, para transmitirlo y orientar a nuestros alumnos es preciso conocer bien la teoría literaria y a los mejores representantes de su creación.

Esta capacidad no se improvisa, queridos maestros y maestras. Tampoco responde a una doctrina. Nuestra tarea es una difícil aventura de búsqueda. Explorar el campo de la literatura infantil y juvenil implica interesarse por la lingüística y la psicología, la estética y la pedagogía;

asimismo, estar atento al buen cine y al teatro, no desairar los dibujos animados ni las historietas, tener el oído dispuesto a la música y los giros coloquiales, mancharse con el barro de nuestra realidad. Un educador comprometido debe andar estos caminos, porque, como leí alguna vez de un pedagogo francés: «Las personas sin inquietudes no pueden comportarse como buenos educadores». Solo una preparación a conciencia podrá llevarnos a saber, al menos a intuir, cuándo estamos frente a un buen libro infantil o juvenil. No hay recetas, el filtro más confiable de evaluación será nuestro propio discernimiento. Habremos comprendido que leer es cultivar la inteligencia y la sensibilidad, aprender a comunicarnos y a querer más al prójimo. Difícil concebir una pedagogía de la lectura que no se inscriba con estos postulados.

Lección primera



SALGO ABATIDO DE LA REUNIÓN. Desmoralizado, como si hubiera perdido por goleada. Mejor: derrotado en el cuadrilátero por *knockout*. Desciendo las escaleras a tumbos y no miro a los costados, debo llevar mala cara; qué pocas ganas puedo tener de cruzar alguna palabra con ellos. Más bien pronuncio bajito: «Los profesores son los enemigos naturales de los alumnos». Una buena frase de Nietzsche que no me sorprende. Aunque es difícil aceptar que sean tan encarnizados. Parece que entraran al salón poco interesados en educar; dispuestos, más bien, a sorprender el menor error de conducta de los estudiantes para comérselos vivos. Y son de una exquisita sensibilidad para detectar la fisura de la ignorancia: una pregunta absurda la califican de ridícula, una respuesta equivocada significa una reverenda burrada.

—Me quedaré un rato en la cafetería —respondo a uno de los colegas que me dice para salir juntos.

Prefiero evitar el tropel de profesores. Ahora todos hablan, en especial aquellos que permanecieron mudos durante la reunión. Ninguno carece de anécdotas para celebrar las *bestialidades* de sus alumnos. Ante el pedestal del saber (si parecen dominarlo todo, haberlo leído todo), despliegan contra el alumno una sarta de cortesías que alude a las especies zoológicas y también a los primeros eslabones de la evolución humana. Cada reunión es una muestra temible de su instinto humanista, de su *odium pedagogi-*

cus.³ Es como el pasatiempo preferido del gremio, que no consiente el desinterés de los alumnos hacia el aprendizaje y menos el desdén a la lectura.



Me gusta imaginar a mis colegas en sus clases. Al profesor de Literatura, por ejemplo, locuaz y pretensioso en la sala de profesores. Conmigo es, por el contrario, bastante receloso. Una vez intenté conversar con él sobre *Travesuras de la niña mala* (2006), la última novela de Vargas Llosa. No sé si dije algo inapropiado, pero encontró un pretexto para interrumpir el diálogo. *Ipsa facto*, diría él. Siempre viste traje oscuro y corbata, lleva un maletín James Bond y lo escucho hablar de litigios entre partes, circunstancias atenuantes o resoluciones impugnadas —está por terminar Derecho en una universidad particular. De seguro comentará cualquier cuento de Valdelomar o Reynoso con ese lenguaje grandilocuente, tan lleno de gerundios y arcaísmos.

—¿Sufrirán los escritores en sus tumbas? —me digo casi sin darme cuenta.

—¿Perdón? —me pregunta la señora de la cafetería.

—Por favor, un café cortado y un paquete de galletas —contesto.

—¿Las de agua?

—Sí, gracias.

3 En oposición al eros de Platón: esa actitud amorosa hacia el alma del otro. Una virtud de toda persona que educa.

La estrella de esta tarde ha sido la lectura en el colegio. El director académico habló de la necesidad de evaluar cuánto leen nuestros estudiantes —hubo bromas y risitas entre los colegas— y de diseñar un programa de lecturas para todos los grados. Aquí se acabó el chiste en la reunión; al fin, me dije, un motivo para debatir sobre el sentido de la educación. Al menos en uno de sus aspectos, la lectura, si es que pertenecemos a una sociedad de la cultura escrita. Pero el director no mencionó si nosotros, los profesores, leemos lo suficiente como para convertirnos en autoridad y estar en condiciones de cumplir dichas tareas.

No sé si la pintarrajeada *teacher* de Inglés, el ceremonioso profesor de Religión o el cascarrabias sabelotodo de Matemáticas llevan un libro en su cartapacio. No importa si de autoayuda o si les espera en casa, antes de dormir, una novela romántica. Un verdadero misterio. Del que podría asegurar que no lee ni ha leído un libro en su vida es el gordo profesor de Educación Física, basta verlo engullir todo tipo de chatarra al borde de la cancha, mientras sus alumnos sudan el alma corriendo interminables vueltas.

—PORCIÓN: 8 UNIDADES (44 gramos) —me entretengo leyendo la información nutricional de la envoltura de galletas—. *Valores por porción. Energía 161 / proteína 3 / grasa 2.3 / grasa saturada 1 / grasas monoinsaturadas 0.8 / grasas poliinsaturadas 0.4 / colesterol 0 / hidratos de carbono 32.*

¡Cuántos libros se habrán escrito sobre nutrición! ¡Y cuántos sobre gimnasia y cultura deportiva! Una montaña de conocimientos que este profesor ha saltado con garrocha, porque siempre lo veo acribillar a sus alumnos con carreras, abdominales y lagartijas. Y después, para recuperar la perdida simpatía, los dejará jugando pelota o tirados en el

pasto contemplando las nubes. ¿Sabrá que es indispensable alimentarse bien, que no estirar los músculos después del ejercicio puede causar lesiones? ¿Que la actividad física desarrolla el vigor y también la moral?

¿Tendrá conocimiento de que el flaco Menotti, cuando fue entrenador de la selección argentina, recomendaba a sus jugadores leer libros durante las concentraciones? ¿De que Jorge Valdano ha escrito tres o cuatro libros sobre fútbol y el escritor uruguayo Eduardo Galeano tiene uno que es el evangelio: *El fútbol a sol y sombra* (1995), un devocionario y una denuncia a uno de los deportes más lucrativos del mundo? Sabrá que Vargas Llosa cubrió el Mundial de España 82 como reportero del diario *El País* y dejó escrito: «Gracias al fútbol, la literatura de ficción contemporánea se ha enriquecido con un aporte tan simpático como inesperado: las secciones deportivas de la prensa»? Alguien debería advertirle que las palabras escritas están en todas partes a la espera de nuestros ojos, ávidos de conocer desde lo elemental hasta aquello que trasciende lo corporal y la emoción instantánea.

—¿Le traigo azúcar, profesor?

—No, gracias. Me estoy acostumbrando a tomarlo puro.

Ahora sí presiento que viviremos una fiebre en el colegio. El sermón del director iba en serio, ya distribuyó algunas tareas y ha repartido las recientes «Normas y orientaciones básicas para la implementación y ejecución del Plan Lector», publicadas por el Ministerio de Educación. Fue el único tema de esta tarde y la reunión, sin embargo, fue interminable. Lo que me ha quedado resonando en los oídos son las imprecaciones de todos contra la pantalla de luz —maldecidos mil veces la internet, la televisión y

los videojuegos!— y el decreto del profesor de Literatura, muy a su estilo: «Pena capital contra los alumnos que no leen». Los profesores seremos los verdugos; yo no sé cómo haré para escabullirme de ese mal juego.

—¿Cuánto le debo, señora?



Soy profesor de quinto grado de primaria en todas las asignaturas y sigo con una mezcla de celos y fascinación la buena estrella del profesor de Literatura. Debo confesar que quisiera estar en su lugar y que a ratos alucino: invoco un virus que lo deje fuera de combate unos meses y pueda reemplazarlo en sus clases sobre el realismo urbano o la Generación del 27. Aunque hay días en que su presencia ensimismada y algo sombría me despierta una rara curiosidad. «Debe ser poeta... o al menos narrador», me digo bajo los efectos de un curioso fetichismo. La estructura del colegio impide compartir momentos con otros profesores, en especial con aquellos de distinto nivel, así que me complacía imaginándolo en su escritorio, desvelado y bajo la luz de una lámpara, escribiendo un libro secreto. O tumbado en la cama, con la ropa puesta, leyendo como un descosido.

Una mañana entré al *teacher's room* y lo encontré doblado sobre una pila de cuadernos, corrigiendo con cara de pocos amigos. «Es mi oportunidad», pensé. Me tentó la idea de iniciar una conversación con él y de paso despejar mis dudas sobre su oficio creativo, si escribía poemas o cuentos metafísicos.

—Buenas... qué duro corregir tantos cuadernos.

Levantó los ojos y me observó con desconcierto, como preguntándome «¿a mí te diriges?» o «¿qué otra cosa puedo hacer?». No me contestó, pero su mirada había sido tan sugestiva que me animé a soltar prenda.

—¿Qué género escribe? Porque a mí me gusta... mejor dicho, trato de escribir poesía.

—No escribo nada.

Esta vez no levantó la mirada. Su respuesta podía expresar un ejemplo de modestia o que dejara de importunarlo con mis preguntas o que, realmente, no escribía nada pero que era un apasionado lector. Dudé unos segundos antes de inclinarme sobre esta última opción: no cabe duda, es un gran lector. Lo que dice bellamente Privat: «El lector lee como el pescador pesca. Es solitario, inmóvil, silencioso, atento o meditativo, más o menos hábil o inspirado. Se considera como evidente que el lector lee cuando lee como el pescador pesca cuando pesca, ni más ni menos. Aprender a pescar, como aprender a leer, consiste entonces en dominar ciertas técnicas de base y probarlas progresivamente en corrientes de agua o en flotas de textos cada vez más abundantes». Animado por estas disquisiciones, decidí desafiarlo y aporreé nuestro trabajo rutinario, que robaba horas a la creación pero que felizmente estábamos obligados a leer un montón...

—¿Leer un montón? —repitió mi frase con una ligera inflexión de cansancio y creo que hasta de antipatía.

—Bueno, claro —balbuceé—... todo profesor de Literatura tiene que leer no solo obras clásicas sino lo que se publica actualmente.

—¿Para qué?

Mortificado, levantó la mirada y me clavó los ojos desafiantes.

—¡Tonterías! —exclamó—. ¡Los libros del curso me los sé de-me-mo-ria!

Se refería a los manuales de Literatura de tercero, cuarto y quinto de secundaria. Era suficiente para él, ahí estaba depositado todo su saber humanístico. Le sostuve la mirada unos segundos, después él prosiguió con su corrección de cuadernos: «biografía del autor», «corriente literaria», «títulos de sus obras»... lo noté tan seguro de su verdad, tan sólido y confiado en la inspiración de sus libros sagrados. Poco importaría esta anécdota, tampoco me produciría desazón ni molestia, incluso la hubiera olvidado, si no hubiera comprobado tantos casos semejantes a lo largo de estos años.



Me he dado una vuelta por las librerías. Es sorprendente el ágil reflejo del mercado: en cuestión de meses, estos locales han instalado secciones nutridas de literatura infantil y juvenil. En algunos casos, como en las librerías El Virrey o el Fondo de Cultura Económica, no son solo estanterías con libros para niños y jóvenes que se suman a las tradicionales estanterías de literatura hispanoamericana, novela extranjera o ensayos de lingüística, sino que han habilitado espacios apropiados —cojines multicolores en el suelo, mesas y sillas en miniatura— para que los chicos se acomoden a leer a sus anchas.

Sin proponérmelo, he recordado cuando mi padre me llevaba de niño a las librerías. En aquella época mi padre

era un personaje en algunas librerías, porque además de buen conversador —qué charlas entusiastas con los librereros de antaño—, era un magnífico comprador. Tenía crédito en Castro Soto, La Familia y Studium, a cuyos establecimientos, repartidos en varios distritos de Lima, llegábamos a quedarnos un rato largo. No diré que eran las horas más felices de mi vida, pero no la pasaba nada mal: fisqueaba títulos clásicos, acariciaba el repujado de algunas cubiertas, me extasiaba de volúmenes ilustrados y picoteaba la prosa elegante de los cuentos y las fábulas que me fascinaban. No había secciones destinadas a los pequeños lectores... la novela *Corazón* o los relatos de Andersen o una selección de *Las mil y una noches* formaban parte del maravilloso conglomerado de la gran literatura universal.

Tampoco recuerdo libros embolsados, carteles de promoción ni vendedores despistados. La librería era una especie de biblioteca animada, donde se hablaba con fervor de novedades y hallazgos libresco, entre sobrios anaquelos de madera. Ahí dormían un sueño sobresaltado las mejores creaciones de Pavese, Hemingway o Camus... víctimas de la irrupción de nuestra mano o de nuestros ojos. Los encargados de venta, muchas veces el mismo propietario, dispuestos siempre a brindarnos su orientadora y contagiante pasión por la lectura. Creo que antes la librería representaba un mundo menos ambiguo, ajeno al ambiente de supermercado... hoy se han ampliado e iluminado los espacios, multiplicado los rótulos de clasificación y el vendedor no deja de ofrecer alguna mercancía a cambio del libro que hemos solicitado. Vistas así las cosas, qué modesta aparece ahora la imagen que retengo de ayer: mi padre con un paquete de libros y un niño a su

lado, yo regordete y con anteojos, llevando un libro en su mano, ansioso porque sabía que en casa se convertiría en un mundo por descubrir.



A la distancia, es para alegrarse: el número de libros infantiles ha crecido considerablemente y son objetos en empaques cada vez más lucidos. Las editoriales extranjeras apuestan por el mercado peruano y nuestras casas editoras han afrontado la competencia, descubren autores y empiezan a producir libros a granel. Leer en la escuela se ha convertido en un asunto de actualidad y todos parecen comprometidos. Pero la percepción de la realidad tiene otro margen espacial: de cerca los libros muestran un contenido bastante conservador, la lectura está más atenta al latido pedagógico de la escuela y los profesores flotan a la deriva, desconcertados para trazar las «líneas transversales», cumplir con las evaluaciones y proveer el deleite de la literatura.



Escucho por la radio declaraciones del director de la Biblioteca Nacional: «Es verdad, solo la mitad de las ciudades en el Perú tienen una biblioteca pública». «¿En qué condiciones?», pregunta el periodista. El director enmudece, el periodista no insiste y se deja llevar enseguida al tema de las salas para niños que han inaugurado en la sede de San Borja. Mentalmente, repregunto: «¿Esas escasas bibliotecas municipales tienen actualizados los catálogos? ¿Disponen del sistema de estantes abiertos, computadoras, fotocopadoras?».

Como una ráfaga, recuerdo la biblioteca de La Punta; en su viejo local pasaba, cuando era adolescente, tardes enteras leyendo novelas clásicas. Un espacio sosegado y cómodo, donde unos pocos niños y jóvenes, casi siempre los mismos, nos saludábamos amablemente como miembros de una congregación de solitarios. Esta biblioteca se ha mudado a la Casa del Adulto Mayor y me pregunto qué implicancia puede tener ahora, para los chicos del distrito, el concepto del acto de leer.



Reviso la tesis que tengo refundida en mis estantes y encuentro algunas respuestas de alumnos universitarios —de las muchas encuestas que realicé—, que impiden la descomposición de mi trabajo. Temo que pronto sea un fósil. Son opiniones que conviene incluir en la especie de pizarrón en que ha ido convirtiéndose este cuaderno de apuntes. Creo que en la China antigua, el *datzibao* era una suerte de gran mural donde se escribían eslóganes y todo tipo de textos breves que reproducían el ánimo de una comunidad. Lo que quedó, por ejemplo, en las paredes de París cuando estalló Mayo del 68. Recuerdo haber leído en una revista cubana el trabajo de recopilación de grafitis y apostillas que hizo Julio Cortázar al recorrer aquellas calles adoquinadas. No eran pintas de carácter partidario, sino profundamente políticas y culturales, impregnadas de un ácido aliento subversivo.

Esta muestra de la tesis responde a una pregunta de la encuesta, referida a la imagen que conservan los alumnos de la biblioteca de su colegio: «Era decepcionante. Salvo dos o tres títulos, todo olía a guardado. Incluso la bibliotecaria»

/ «Lo que abundaba eran los ejemplares preuniversitarios y había, bien al fondo, un solitario estante de literatura. En medio de tantas hojas secas, parecía una aguja en un pajar» / «Mi colegio es religioso y la biblioteca es un templo de libros santurrones» / «Había ejemplares de temas delicados: abuso sexual, prostitución, violencia familiar y callejera; pero el estante estaba con llave y solo podrían abrirla los profesores» / «Mi mamá hizo una donación de libros (ella trabaja en una gran imprenta), pero nunca vi esos libros en la biblioteca» / «Cuando en historia estudiábamos la Santa Inquisición y el profesor explicaba las cámaras de tormento, todos gritaron: ¡La biblioteca! ¡La biblioteca!» / «Nuestra biblioteca era más anticuada que *Una noche en el museo* (la película)» / «Si iba a la biblioteca provocaba entre mis amigos una larga lista de preguntas: ¿Por qué lo haces? + ¿Acaso hay tarea? + ¿Te han castigado? + ¿Qué trabajo de investigación han dejado?» / «Siempre tuve buenas notas en el Plan Lector, pero nunca necesité de la biblioteca; bastaba con las separatas y el rincón del vago» / «Solo entraba a la biblioteca para dejar el material de los profesores. Yo era el encargado» / «La biblioteca era un lugar cómodo y tranquilo... para dormir» / «Una vez leía *Crepúsculo* en la biblioteca y la bibliotecaria me quitó el libro. Después la Fraterna me dijo: “Los vampiros tienen un significado erótico, esotérico y maligno”. Y se quedaron con mi libro». En medio de esta andanada, una voz redentora: «Yo leía mucho después de clases, mientras esperaba la movilidad. La biblioteca era ideal porque podía estar en silencio y escoger el libro que quisiera».



Tal vez la lectura sea uno de los actos más dignos y libertarios de la experiencia humana. La única posibilidad en la que el ser humano, apenas paseando sus ojos por unas líneas, adquiere la magnífica facultad de volar de una región a otra, de entrar a una botella como el genio libanés o de hablar con el burro bíblico de Balaam. La lectura nos revela las dimensiones fantásticas de la realidad, pero también nos permite explorar las complejidades del saber: *La vida de las hormigas* (1930) de Maeterlinck o nuestro pasado histórico en la pluma de Garcilaso de la Vega o el mundo futuro en la ciencia ficción de Isaac Asimov.

Porque la lectura debiera ser un camino al conocimiento, el discernimiento y la imaginación. En la escuela se dice y repite que leamos por nuestro bien; que el contacto de nuestros ojos con los trazos misteriosos de la página nos provee de información, amplía nuestro vocabulario y nos dota de una cultura necesaria para el medio social. Estas consejas, sin duda, son bienhechoras y serían cabalmente acertadas si nuestros profesores agregaran a sus exhortaciones: la lectura ofrece, además, una forma intensa de disfrute.

El viejo maestro Borges recomendaba que «la lectura debe ser considerada no como una carga, sino como una fuente de felicidad». Sabiduría que no debería olvidarse en las escuelas. No bastan las admoniciones, sobre todo si se cree que la lectura solo enseña conocimientos y valores. Parece importar poco si el profesor conoce el texto o no, si el estudiante ha sido suficientemente motivado o no. Como existirá siempre el *instrumento pedagógico* del castigo, la práctica mecánica de la lectura puede estar garantizada, pero su enorme provecho intelectual será desperdiciado.



En un cuento titulado «Cómo y por qué odié los libros para niños», del libro *Magdalena peruana y otros cuentos* (1986), Alfredo Bryce explica divertidamente lo aburrido que eran la mayoría de libros infantiles (y juveniles) y que la exigencia de consumir aquellas obras terminaba por lograr el efecto contrario: aborrecer la lectura. En una nota periodística poco conocida, García Márquez refiere algunas situaciones de «cómo los profesores de literatura perverten a sus alumnos». Cuenta cómo a su hijo Gonzalo lo martirizaban sometiéndolo a arbitrarios cuestionarios de lectura sobre una novela que, para colmo, era *El coronel no tiene quien le escriba* (1971). García Márquez reseña los contrasentidos en los que han caído las evaluaciones de lectura en la escuela, formulando preguntas memorísticas o de un simbolismo antojadizo. Y sugiere que un curso de literatura debiera limitarse a ofrecer una buena guía de lectura. Me pregunto quién más puede garantizar un conveniente listado, si no es un profesor bien entrenado.

Dedicar a la lectura en la escuela un tiempo diario, como una gimnasia que modela nuestros músculos, es indispensable en la formación de futuros ciudadanos para un país mejor. Durante ese tiempo —treinta minutos puede ser el periodo sugerido—, los estudiantes tendrán la oportunidad de sumergirse en mundos posibles elegidos voluntariamente, como también de indagar en la realidad para conocer mejor el medio y a sí mismo. Elegir el libro es ya el comienzo de una postura crítica que el buen lector, en el curso de su aventura, no abandonará jamás.



El escritor pedagogo Daniel Pennac nos ilumina y alienta en su libro *Como una novela* (1992) —nunca sabremos, por su heterodoxia, a qué género literario pertenece—, al presentarnos un escenario escolar poblado de una galería de estudiantes radicalmente enemigos de toda forma de civilización. Estamos en una especie de barbarie juvenil de los países altamente industrializados. En este ambiente, el lector, guiado por una prosa poligonal —voz múltiple, referentes actuales, variadas técnicas— es testigo línea a línea de cómo la sana erosión va ganando en la dura coraza de sus alumnos. Terca gota que horada la piedra y que lleva al narrador a decretar al final: «Es una tristeza inmensa, una soledad en la soledad, estar excluido de los libros».



Un amigo de la maestría me ha pasado la voz para colaborar en una revista virtual de educación... le he ofrecido entrevistar a algunas personalidades. Lo va a proponer al comité editorial y me ha pedido una lista de posibles nombres. «Me interesaría conversar sobre educación y lectura —le escribí por correo— con Luis Jaime Cisneros, Patricia Salas, Constantino Carvallo, Luis Guerrero Ortiz, Patricia Fernández...». Agregué como posdata: «Ojalá con algún funcionario del Estado». Me ha contestado con otro pedido: una reseña personal de cada uno. No pensé que fuera necesario. «De tripas, corazón», me he dicho, así que me dispongo a prepararlas. Siempre, antes de escribir, por elemental que sea el texto, necesito buscar el impulso de otra voz. Ubico *Diario educar* (2005), el libro de Carvallo y empiezo a leerlo de manera azarosa. Doy con estas líneas:

¿Leer a los clásicos? Acabo de enterarme de que según el filósofo alemán Peter Sloterdijk ha terminado una época y ya no es posible la ilusión humanista de la educación mediante la lectura. Ha finalizado, con la nueva era informática y visual, el sueño de la salvación del alma mediante «una bibliofilia radicalizada, una ilusa exaltación melancólico-esperanzada del poder civilizador e incluso humanizador de la lectura de los clásicos». Ya no es posible la formación humana mediante la lectura que «educa al hombre en la paciencia, la contención del juicio y la actitud de oídos abiertos». Yo sigo, sin enterarme, en una época pasada.

También yo. Sé lo anacrónico que resulta tener una biblioteca en casa, con espacios cada vez más reducidos, pero todavía me alborozo —y por momentos desespero— de verla prosperar robusta, sin desperdicio. Ya no guardo todo como antes, conservo los libros que considero valiosos para el futuro y procuro, además, una recatada belleza en las ediciones que compro. Cuando adquiero ejemplares de segunda, los restauro con paciencia y cariño. Recuerdo a mi padre haciendo lo mismo y también una foto de Manuel González Prada, tomada por su hijo Alfredo, donde aparece con una copa de pegamento y reparando con amorosa dedicación.

Formamos parte de una especie en extinción, criaturas marchitas de la «modernidad líquida», categoría que refiere el sociólogo vasco Zygmunt Bauman. Propuesta que define la precariedad de las relaciones humanas en una sociedad individualista y privatizada, impalpable y reducida al vínculo sin rostro que ofrece la Web. Más bien del filósofo que menciona Carvallo no he leído nada, como tampoco de la gran parte de intelectuales que cita en su

Diario educar. Vaya uno a imaginar su biblioteca como *El paraíso perdido* de John Milton: «El espíritu vive en sí mismo, y en sí mismo / puede hacer un cielo del infierno, o un infierno del cielo. / ¿Qué importa el lugar donde yo resida, / si soy el mismo que era, / si lo soy todo, aunque inferior a aquel / a quien el trueno ha hecho más poderoso? / Aquí, al menos, seremos libres...».

Entrevista a Patricia Fernández

La lectura como discernimiento

Es sorprendente su juventud y sapiencia. Menuda, de apariencia frágil y hablar puntilloso, contundente en sus juicios, a veces controlada para aliviar el malestar que le produce la falta de compromiso político en la educación. Aunque la verdad entre la pasión y la vigilancia, en ella vence el ímpetu que tiene por el cambio de nuestro sistema educativo. La institución formal no advierte, sostiene ella, «las serias deficiencias de metodologías de enseñanza, preparación docente, programas curriculares, material educativo...» y sobre todo, subraya, «la clara falta de motivación por la lectura».

Patricia Fernández ha estudiado Literatura en la Universidad de San Marcos; luego radicó unos años en Ciudad de México y Barcelona, donde cursó el Diploma en Estudios Antropológicos, el Máster en Gestión Cultural y el Doctorado en Gestión de la Cultura y el Patrimonio. Ha sido asesora de la Dirección de Promoción, Cultura y Deporte del Ministerio de Educación. Tiene publicados diversos estudios y ensayos sobre la educación inclusiva en el Perú, y sobre relatos testimoniales y tradición oral. Es autora del valioso estudio *Experiencias de movilización social a favor de la comprensión lectora* (Comisión sobre Calidad y Equidad Educativa, 2003), auspiciado por el Consejo Nacional de Educación. Obtuvo un premio en el concurso de cuentos y testimonios Batallas por la Memoria (Perú,

2003) y recientemente en el concurso de cuentos de mujeres narradoras Tomando la Palabra (Argentina, 2007). Ahora está a punto de volver a Barcelona para continuar con su tesis y yo le robo unos minutos: la cito en el Crepes & Waffles, un lugar de impronta feminista. Aquí los dos nos sentimos muy bien.

Martirízanos y recuérdanos qué han revelado las tres pruebas PISA de los últimos años.

Perú ha participado en la prueba del año 2001 y se prepara para el 2009; en las ediciones del 2003 y 2006 no participamos. Todo parece indicar que seguimos en la cola de los logros en lectura, matemática y ciencia.

¿Dichos resultados ponen al descubierto el fracaso de nuestro sistema educativo o solo algunas deficiencias en la enseñanza?

Pone en evidencia la falta de políticas educativas pertinentes para la realidad del país y su diversidad territorial y cultural. Lamentablemente, a pesar de contar con un Proyecto Educativo Nacional construido desde los diferentes sectores de la población, fue archivado y se implementaron políticas que respondían a los intereses del momento. Tener una política con visión de país y contar con gestores (políticos y técnicos) calificados para su ejecución es vital; y eso es precisamente lo que el país no ha tenido.

¿Te atreverías a señalar un momento de debacle de nuestro aparato educativo institucional?

Desde mi experiencia, el año 2007, cuando se archiva el Proyecto Educativo Nacional.

¿No crees que las carencias de lectura en niños y adultos reflejan un problema más grave y mayor: nuestro pobre ambiente cultural? Pensemos en nuestra televisión, por ejemplo.

Totalmente de acuerdo, el país no ha tenido políticas culturales sostenidas ni claras y mucho menos socializadas, no ha existido un interés por parte de las autoridades nacionales y locales por el desarrollo del sector cultural en sus diferentes vertientes. Esto sucede porque no se asume la cultura —y las culturas— como detonantes potentes del desarrollo social y económico del país, y los medios de comunicación tampoco han contribuido a este enfoque; y hasta me atrevería a decir que han aprovechado su posición y poder para desinformar y manipular a la población en cuanto a la forma y el contenido de lo que son las noticias, la educación, la cultura y el entretenimiento.

Otro ejemplo: este año un cantante mediocre, emblema de una empresa transnacional, ha sido elegido por el diario más importante del país como el artista del año. ¿Hasta qué punto es importante la calidad y la actitud del artista sobre la popularidad?

Precisamente pensaba en eso cuando hablaba de la manipulación de los medios de comunicación, la famosa frase «lo que quiere el pueblo» se ha usado para promover y defender la difusión de programas de pésima calidad, de mal gusto y sin un mínimo de respeto por la diversidad sociocultural. Frente a esta situación, el poder que ejercen los medios en la construcción de talentos mediáticos está plenamente comprobado; se sabe que fabrican talentos a medida según los intereses económicos del momento.

Un tercer ejemplo: una novela ha sido celebrada como la mejor del año, por encima de las novelas de Miguel Gutiérrez o Iván Thays. Sencillamente porque tuvo más votos...

Me detendría a pensar de dónde viene esa designación, si esta empresa o institución tiene como único criterio de calidad («la mejor del año») el número de votos (y no digo ventas, solo votos), lamento decir que es lo suficientemente mediocre como para no destacar otros valores del libro y de la lectura.

¿No crees que esta banalización de la cultura debiera combatirse en la escuela? ¿No pone en riesgo, por ejemplo, el carácter transgresor de la literatura?

En la escuela y en el hogar. Pero es cierto que son los y las docentes quienes han sido preparados (o debían estarlo) para formar el gusto por la lectura en sus alumnos y alumnas, lamentablemente esto no suele pasar y son los propios docentes quienes, lejos de estimular este gusto, promueven su hastío por no contar con las metodologías y estrategias adecuadas. Y lo que es peor, ellos mismos no han formado su gusto por la lectura.

¿Puede resolverse el problema de la lectura cuando se lleva a cuestras un descrédito cívico de la palabra? No solo por la pérdida de confianza sino por el desinterés estético.

Las palabras y los libros pueden hacer cosas maravillosas, tienen un poder transformador que pueden revertir situaciones extremas; en ese sentido, la lectura debiera plantearse más como una práctica lúdica y recreativa que

como una actividad pedagógica. Si empezamos por cambiar el enfoque, la credibilidad por la palabra y la escritura será tan sólida que un mal uso que hagan de ella otros actores no mellará su calidad.

Hemos visto inaugurar miles de obras a nuestros gobernantes, ¿recuerdas que hayan inaugurado alguna feria del libro? ¿Qué ejemplos nos ofrecen ellos de la lectura?

Los gobernantes no leen, recordemos que muchos ni escriben, pues hemos escuchado en varias oportunidades que algunos congresistas plagian proyectos de ley de otros países.

¿Qué lugar de importancia ocupa la competencia lectora en el proceso de aprendizaje del ser humano?

Un lugar primordial, pues desde que nacemos nuestro cerebro va captando todo lo que sucede alrededor, es decir, va aprendiendo a leer los sonidos, colores, gestos, etcétera. La lectura no es solo el desciframiento de un conjunto de letras y sonidos, es la capacidad de interpretar aquello que leemos. Eso se forja desde la primera infancia.

¿Conoces iniciativas valiosas de promoción de lectura en nuestro medio? ¿En qué nivel estamos con respecto a América Latina?

Existen muchas experiencias valiosas aunque dispersas, por lo que pareciera que no existieran. Pienso que la articulación de estas experiencias en verdaderas políticas y estrategias de promoción de lectura a nivel nacional, sería un buen inicio para su fortalecimiento. Los ejemplos de

MundoBus y de las Bibliotecas Comunitarias de Cajamarca son muestras de los excelentes trabajos que pueden hacerse en el país. Aunque con respecto a América Latina seguimos en la cola, el Perú es uno de los países de la región que menos lee y menos aún escribe; incluso en el nivel universitario.

¿Cómo afrontar un plan lector ante la diversidad de nuestra cultura?

Un plan lector es una estrategia para el desarrollo de actividades que fomentan el gusto por la lectura, no es una plantilla o modelo único; por lo que será necesario elaborar más de un plan lector según la realidad sociocultural de la población peruana.

En medio del actual *boom* empresarial de la literatura infantil, ¿por qué no se atiende la literatura infantil como una reflexión cultural y académica?

Por los prejuicios que siguen habiendo, se sigue pensando que es una literatura menor (porque el público objetivo es infantil) e incluso centros de formación superior no se plantean programarla como parte de la formación de alumnos y alumnas en las escuelas pedagógicas o en disciplinas relacionadas con la Literatura. Se ha subvalorado la literatura infantil, cuando se trata de la etapa en que más debemos fomentar la lectura para asegurar su gusto y consumo literario posterior.

CAMILA HA ESTADO MUY NERVIOSA HOY. Desde que llegué a casa noté su intranquilidad; se prendió de mi cuello y me abrazó fuerte como si hubiera dejado de visitarla unos días o como si me estuviera despidiendo. Ni uno ni otro, ayer estuve con ella y mañana también vendré a verla; aunque, ahora que lo pienso, el fin de semana no la veré pues su madre tiene planeado salir de viaje con ella. No sé si también con él (nada me ha dicho, pero lo sospecho). Yo llegué a la hora de costumbre y Camila veía televisión; corrió a saludarme sin decir una palabra. Caminé con ella colgada del pescuezo hasta la sala, haciéndome el abrumado y bromeando con lo de siempre: «¡Caperucita, mi amor, estás tan grandota que pareces el lobo!».

Otras veces era Blancanieves o Alicia después de haber comido el pastel. Siempre me pareció pavorosa la escena en la que Alicia crece tanto que toca el techo con la cabeza y se ve obligada a sentarse de costado en el suelo de la casa y mirar el jardín con un solo ojo por la ventana. Después suelta a llorar; son litros de lágrimas hasta que forma un gran charco a su alrededor. Si me parece aterrador, ¿por qué se lo he contado con lujo de detalles? Tal vez para que vaya aprendiendo lo que es el miedo y adquiera cierta seguridad; creo que después del amor, vencer la inseguridad de nuestros hijos es lo más importante que podemos brindarles. El psicoanalista Bruno Bettelheim escribió un libro titulado *Con el amor no basta* (1983) en el que muestra la necesidad de forjar el carácter del niño con lími-

tes y pautas de conducta. Esa actitud del adulto, sostiene Bettelheim, ayuda a desarrollar capacidades y emociones infantiles para hacer frente al entorno social.

Lo cierto es que esa tarde para saludarla utilicé el personaje de la Caperucita Roja —¿o fue la Sirenita?—, pero ella no abrió la boca. Tampoco quiso soltarse de mi cuello. Lo habitual era empezar un diálogo más o menos ingenioso. Me senté con ella en el sofá, apagué la tele e intenté sonsacarle unas palabras. Permaneció muda y aferrada a mí durante largos minutos; luego sentí que gemía, que humedecía mi camisa y moqueaba el lóbulo de mi oreja. «Llora, mi hijita», se me ocurrió decirle. Consideré que lo necesitaba y que pronto me confesaría algo importante.

—Papi, ha muerto el abuelito de E.

—¿Emi? ¿Tu amiga del colegio?

—Sí, su abuelito.

Eso era. Ni más ni menos que la muerte. La miré a los ojos, los tenía enrojecidos y llenos de lágrimas. «Ha estado llorando desde antes que llegara», pensé. «Y ahora qué pasará en su cabecita: la muerte, con su túnica negra, rondará en busca de su abuela o su madre. O quizás ahora la muerte sea menos formal y más competitiva: presionará un botón y en el acto desatará una catástrofe familiar. Se llevará de un santiamén a los abuelos y al padre por andar contando tantas historias sangrientas, con dedos pinchados por agujas y ojos arrancados por cuervos justicieros».

—Los abuelitos son personas mayores y casi siempre son los primeros en dejarnos.

—Pero ella quería mucho a su abuelito.

- Todos queremos a nuestros abuelitos.
- Pero ella lo quería más que a su abuelita. Me lo ha dicho.
- Es muy triste, pero a veces las personas que más queremos son las que primero se van. No podemos evitarlo.
- Aunque los amemos con todo nuestro corazón.
- Aunque los amemos con todo nuestro corazón.
- ¿Y quién elige quién se muere antes?
- Mmm...
- ¿Y los que mueren se mueren para siempre?
- Mmm...



Hace exactamente quinientos cuarenta y seis días que vivo separado de mi mujer. Desde que mi hija Camila cumplió cuatro años; esa misma noche, después de que ella se durmiera, yo abandoné la casa. He acordado con mi exmujer las visitas: de lunes a viernes, todos los días, después de mis clases; y los domingos todo el día, salvo que ella decida salir el fin de semana. Como tiene una casa familiar en el campo, las salidas son bastante frecuentes. En buena cuenta, debo conformarme con las quince horas semanales que veo a Camila y que son tan fugaces.

Este tiempo ha acentuado mis hábitos solitarios. Los serenos paseos por el malecón —mi exmujer vive en un edificio de los acantilados de Barranco— y por otro lado la concurrencia un poco a ciegas al cine, cuando, camino a casa, me quedo en el Cinematógrafo o en alguna de las

salas de Larcomar. Las caminatas son una bendición: me oxigenan, divago a mis anchas y suelo fumar menos que cuando estoy en casa. Además llego exhausto, inundado de brisa marina, con el cuerpo dispuesto a hundirse en la cama y soñar.

Pero esta última noche volvía muy triste. Es verdad que había conseguido distraer a Camila; después de un momento en el sofá, terminamos bromeando, la acompañé a comer, jugamos a la memoria y veíamos uno de sus programas en televisión, cuando sonó la llave en la cerradura. Era la señal. Desde el acuerdo que tomamos con su madre, nunca la había omitido ni postergado: abracé muy fuerte a Camila y le deseé un lindo fin de semana. Cumplí con el ritual de siempre: le robé una uva, la lancé al aire y la encajé en mi boca. Saludé a su madre, recogí mis cosas y partí. Partí sin haber podido contestar algunas de las preguntas que Camila me hizo.

El sábado estuve dedicado a quehaceres domésticos. El departamento donde vivo es un lugar pequeño y húmedo, en el segundo piso del Leuro, acaso el edificio más antiguo de Miraflores. Hacia las cinco de la tarde salí a almorzar en un restaurante vegetariano que queda a un par de cuadras, de regreso pasé intencionalmente por la librería de la avenida Larco. Sabía que no disponía de mucho tiempo, pues debía corregir una pila de exámenes y no dejar nada para el domingo —había quedado con mis padres en ir a su casa, hasta La Punta, a pasar el día—, pero siempre surge una corazonada y decidí cruzar el umbral.

Pocas sensaciones más felices que hallar un libro impen-sado. Podemos entrar a una librería con un título memorizado o incluso con una lista de libros en la mano y

ciertamente nos producirá un gran placer hallar el libro o los libros que durante un tiempo nos parecían imposibles. Pero no dejará de ser una repetición, un gusto advertido; habremos recibido la recomendación de un amigo, averiguado algo del libro o picoteado porque lo tuvimos prestado y lo quisimos propio. Pero cuando de pronto un libro descende del cielo, nadie nos anunció nada de él, por lo tanto ese libro no existía, hasta que viene al mundo para despertar ante nuestros ojos.

Eso me ocurrió con *El pato y la muerte*, del artista alemán Wolf Erlbruch.⁴ Uno de los trabajos más delicados que he visto en mi vida, por la fineza estética del texto y de las ilustraciones, y además por el modo tan cuidadoso que aborda el tema de la muerte. Era el libro que necesitaba para leer con Camila; estaba todo contenido en esa historia de encuentro entre un pato silvestre y una criatura descarnada, de cuencas vacías y boca inmóvil como una cicatriz. El atuendo que lleva parece la bata insignificante de un jubilado antes que el capote oscuro que esconde una guadaña. La conversación que sostienen ambos es de gran inteligencia, con levísimos toques de humor:

—¿Quién eres? ¿Por qué me sigues tan de cerca y sin hacer ruido?

La muerte le contestó:

—Me alegro de que por fin me hayas visto. Soy la muerte.

El pato se asustó. Quién no lo habría hecho.

—¿Ya vienes a buscarme?

4 Granada: Barbara Fiore Editora, 2007.

—He estado cerca de ti desde el día en que naciste... por si acaso...

—¿Por si acaso?— preguntó el pato.

—Sí, por si te pasaba algo. Un resfriado serio, un accidente... ¡nunca se sabe!

—¿Ahora te encargas de eso?

—De los accidentes se encarga la vida; de los resfriados y del resto de cosas que os pueden pasar a los patos de vez en cuando, también. Solo diré una: el zorro.

El pato no quería ni imaginárselo. Se le ponía la carne de gallina.

La muerte le sonrió con dulzura.

El lector acomodará los escalofríos donde menos duelan y sentirá el regocijo en las andanzas de los dos personajes: juntos se bañan en el estanque, suben a un árbol, se asientan con ternura y contemplan una vida que se extingue. Son los últimos días del simpático animal sobre la tierra, mientras, sin aspavientos, hace preguntas que la muerte tampoco podrá contestar. Como yo o quizás como cualquiera. Porque para ese instante final no hay respuesta convincente, solo un gran río de color misterioso:

Hasta que un día, una ráfaga de aire fresco despeinó las plumas del pato y este sintió frío por primera vez.

—Tengo frío —dijo una noche—. ¿Te importaría calentarme un poco?

La nieve caía. Los copos eran tan finos que se quedaban suspendidos en el aire. Algo había ocurrido. La muerte miró al pato. Había dejado de respirar. Se había quedado muy quieto. Le acarició para colocar un par de plumas ligeramente alborotadas, lo cogió en brazos y se lo

llevó al gran río. Allí lo acostó con mucho cuidado sobre el agua y le dio un suave empujoncito. Se quedó mucho tiempo mirando cómo se alejaba. Cuando lo perdió de vista, la muerte se sintió incluso un poco triste. Pero así era la vida.



No soy ninguna autoridad en el tema de la muerte. Es más, aún me turba demasiado. Tengo un gran temor, no a la muerte personal (aunque no sabremos nunca cómo la enfrentaremos), sino a la de mis seres queridos. Mis padres están vivos y desde niño me angustiaba, sobre todo cuando discutían, que uno de los dos dejara de respirar. Me aterraba la imagen que veía de ellos, enardecidos y fuera de sí, diciéndose cosas terribles. Corría a encerrarme a mi cuarto para rogar a dios que ninguno de los dos muriera y sollozando, como lloran los niños cuando están solos, deseaba morirme pronto.

He despedido a tíos mayores y dolientes, cuyas muertes eran previsibles. Nadie muy cercano. No conozco, por lo tanto, el torrente de sufrimiento que arrastra la enfermedad de un pariente en casa, el desconsuelo de un velorio, el duelo incomprensible. Esas carencias han dramatizado mi relación con la muerte y no quisiera esa condición para mi hija. Los cuentos primitivos, que eran ritos de formación, hablan a menudo de la muerte como una presencia doméstica permanente. Las familias vivían hacinadas en sus viviendas; los niños veían morir a sus animales y plantas, a sus abuelos y padres. Los enterraban, celebraban misas y los guardaban un tiempo en la memoria. Después todo era olvido.

No obstante, el arte ofrecía paliativos como la religión: atenuaba el dolor y prolongaba la vida terrenal en una dimensión casi sagrada. Aún hoy la literatura nos enseña a hacer frente al acabamiento biológico y curar sus heridas emocionales. No quiero recordar las grandes obras universales, sino algunos libros álbum que he leído últimamente: *Ramona la mona*, de Aitana Carrasco; *Regaliz*, de Sylvia van Ommen; *¿Cómo es posible?*, de Peter Schössow; y una historia de un abuelo, cuyo título...⁵ El primero presenta un niño de casi seis años, quien vive en casa con su familia y una pequeña fauna. De a pocos, a algunos les «llegará su hora»: al abuelo, a los pececitos. Pero también nacen otros seres como su hermanita, a quien llama «Ramona la mona». En *Regaliz*, un gato y un conejo conversan si cuando suban al cielo disfrutarán de todo lo que tienen ahora. Y la pequeña protagonista, en *¿Cómo es posible?*, carga un gran bolso, con ciego pesar y reprendiendo a medio mundo... es que ha muerto Elvis, su canario, a quien lleva a enterrar.

Preciosos libros, en armonía de texto e imagen, que me traen inevitablemente la poesía de Luis Valle Goicochea,⁶

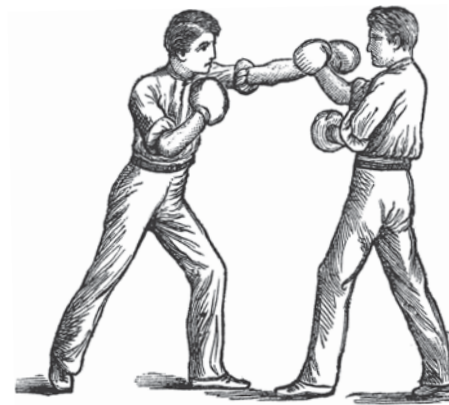
5 No recuerdo... lo he buscado en mi biblioteca hasta el delirio. De los mencionados: *Ramona la mona*. México: Fondo de Cultura Económica, 2006. Libro ganador del IX Concurso de Álbum Ilustrado «A la orilla del viento». *Regaliz*. Madrid: Kokinos, 2005. *¿Cómo es posible?* Salamanca: Lóñez Ediciones, 2006.

6 Junto con José María Eguren, Valle Goicochea ha legado una obra valiosa vinculada al mundo de la infancia. Aunque ambos han seguido una suerte opuesta: la devoción por Eguren crece con el tiempo, mientras la poesía y la prosa de Valle Goicochea es cada vez menos conocida y, por consiguiente, menos valorada. Autor nacido en el pueblo de La Soledad (La Libertad) en 1909 y fallecido en Lima en 1953. Además

tal vez nuestro mejor poeta de literatura infantil. Sus primeras ofrendas *Canciones de Rinono y Papagil* (1932) y *El sábado y la casa* (1934) están atravesados por la muerte —el tío viejo, la nodriza, el compañero de escuela, la hermanita—, pero ninguna escena me parece más conmovedora y representativa que la que dedica a su humilde mascota, que «no tenía lindos colores: era oscuro pero bueno». Ha desaparecido, voló más allá de los eucaliptos y acaso ha muerto. «¡Dios no lo quiera!», exclama el poeta, para terminar con estos versos: «¿Qué será del pajarito lindo? / Papá me dice a mí, el mayor de los hermanos, / que ese no saber dónde está / se llama incertidumbre».

de los títulos mencionados, *Al oído de este niño* (1935) es otro poemario indispensable. También son apreciables sus relatos «Los zapatos de cordobán» (1938) y «El naranjito de Quito» (1939).

Lección segunda



HE DUDADO SI ESCRIBIR ESTAS PÁGINAS. Después de un fin de semana bastante culposo, en el que he tenido que pensar, principalmente, con qué cara me presentaré el lunes ante mis alumnos y sobre todo qué explicaciones daré al director académico cuando me llame a su despacho, al fin he tomado la decisión de registrar lo que pasó aquel viernes por la noche. Para bien o para mal, sirva o no, es un ejemplo de los ensayos que hacemos los profesores para aplicar modalidades eficaces de lectura. Algunos de esos intentos pueden ser verdaderos disparates e incluso peligrosas barbaridades.

En el salón habíamos leído una colección de cuentos titulada *Cosas del demonio* —textos de Poe, Jacobs, Bierce, Maupassant, Saki y otros poseídos— y les había proyectado dos películas de terror; una clásica (que fue motivo de burla) y otra muy reciente: *El orfanato* (2007) que funcionó muy bien. Los mantuvo con los ojos inyectados, la expresión paralizada y los latidos a mil. La película no me gustó mucho, me entretuvo más observar la reacción de mis alumnos. Fueron cinco semanas en las que junto con el máximo común divisor, las batallas por la independencia y los modos verbales, nuestras lecciones estuvieron impregnadas de sombras perturbadoras, aullidos de criaturas y cuerpos hervidos en aceite. ¡Linda manera de cumplir con el currículo escolar!

—Escuchen, chicos —les dije empezando la semana—. Para terminar el bimestre vamos a leer una novela de fantasmas.

—¿Pero es de terror? —preguntó uno de ellos.

—Más bien de suspenso —contesté—, aunque tiene momentos de espanto.

—Ah... solo momentos —dijo alguno con desánimo.

—De eso depende el miedo, de dosificarlo —repliqué—. Si viviéramos todo el santo día rodeados de fantasmas no nos llamarían la atención. Imaginen que jugáramos *playstation* con ellos, que nos hicieran las tareas...

—Qué más quisiera yo.

—Pero nos hartarían también —intervino otro—. A mí no me gustaría compartir mi lonchera con ellos.

—¿Acaso los fantasmas comen?

Hubo unos segundos de silencio.

—Claro que comen —afirmé muy seguro—. Solo claras de huevo transparentes y por eso no pueden verse en el espejo.

Los chicos se miraron extrañados. Y antes de que alguien saliera con alguna ocurrencia.

—Ven cómo no saben nada de fantasmas —dije—. Entonces, ¿quieren o no leer la novela de fantasmas?

Quedamos en que empezaríamos a leerla al día siguiente. La obra era *Otra vuelta de tuerca* (1898), de Henry James. El martes llevé un antiguo ejemplar ilustrado de la Editorial Bruguera y me puse a leer convencido del efecto magnético que tuvo en mí hacía muchos años. En casa

había picoteado algunos pasajes y volvió a estremecerme el estilo del escritor norteamericano, colmado de sugerencias y matices psicológicos.⁷ Ya sabía cómo sortear, durante la lectura en voz alta, los enunciados digresivos y las descripciones minuciosas.

Para terminar la novela en una semana, había calculado cuatro o cinco capítulos diarios. Las primeras páginas fueron de esforzada lectura; no conseguí, sin embargo, provocar en mis alumnos ningún efecto espeluznante. Es verdad que mejoró después, pero siempre estaban los chicos más dispuestos a la chacota que al estremecimiento. Harto de tanto desaire, decidí retarlos:

—Faltan tres capítulos. Son los mejores.

—¿Ahora sí nos dará miedo? —preguntaron.

—Muchísimo, les prometo.

Abrigaba un pequeño plan que, les prevengo, no se trata de una estrategia de lectura ni de una recomendación pedagógica.

—Vamos a terminar de leerla en la biblioteca —anuncié—, pero de noche y con velas. A ver quién se atreve.

La noche pactada, en medio de bolsas de dormir y estantes de libros, con sombras fluctuantes a nuestras espaldas, empecé a leer los últimos capítulos... todos estaban pendientes del desenlace y de pronto una maraña de ruidos superpuestos vinieron del salón contiguo. Parecían quejidos escalofriantes, arrastre de cadenas y aullidos de

7 Ninguno de sus relatos me ha sobrecogido más que *La lección del maestro* (1892). Narra las relaciones sentimentales entre un consagrado y decadente escritor, su mujer y un joven y promisorio escritor.



Lo que parece una afortunada iniciativa del Estado es una operación de salvataje. Recordemos cómo surgió el Plan Lector. La prueba PISA 2000, auspiciada por la UNESCO, fue aplicada a nuestros estudiantes de quince y dieciséis años de colegios públicos y privados, con la finalidad de conocer el nivel de conocimientos y habilidades en matemáticas y lenguaje. La publicación de los resultados provocó una conmoción, pues ocupamos el último lugar de un grupo de cuarenta y tres países. Para las siguientes pruebas PISA 2003 y 2006, las autoridades del Ministerio de Educación decidieron declinar y aguardar una futura tentativa. Los resultados anteriores habían expuesto crudamente nuestra realidad y el Gobierno optó por someter a cuidados intensivos al sistema institucional y declarar el estado de emergencia educativa.

Por temor a una nueva deshonra, tampoco participó Perú en la prueba PISA 2006. Según lo ha anunciado, lo hará tres años más tarde.⁸ Por el momento, y con el propósito de corregir la crisis en comprensión lectora, el Gobierno

8 La prueba PISA 2009 se aplicó en nuestro país en agosto de ese año. La muestra comprendió doscientos cincuenta colegios públicos y privados de Lima y provincias. Los resultados, publicados en diciembre, son todavía lamentables: de sesenta y cinco países participantes, Perú ocupó el puesto sesenta y dos en comprensión lectora. Remontó tres lugares, pero no superó a ningún país que hubiera participado en la prueba PISA 2000. (Nota del editor).

ha creado el Plan Lector para los estudiantes de Educación Básica Regular. Aunque resulta una reacción tardía del Estado —las editoras transnacionales vienen aplicando programas de lectura desde hace quince años—, se trata de una propuesta plausible por su ánimo y discutible por sus procedimientos. Es evidente la intención por estimular el hábito de lectura en los estudiantes, dentro y fuera del aula, considerando además textos no solo literarios, y erradicar la costumbre de leer únicamente el significado literal del texto: «el Plan Lector —dice la Resolución Ministerial de julio del 2006— es la estrategia pedagógica básica para promover, organizar y orientar la práctica de la lectura en los estudiantes de Educación Básica Regular. Consiste en la selección de doce títulos que estudiantes y profesores deben leer durante el año, a razón de uno por mes».

Finaliza el documento con la aprobación de las «Normas para la organización y aplicación del Plan Lector en las Instituciones Educativas de Educación Básica Regular». Aquí se establece que es competencia de cada colegio «definir los títulos... en función de las intenciones educativas». Y que los títulos seleccionados deben guardar una correspondencia «transversal» con los contenidos de las áreas curriculares y estar comprometidos con los valores de la institución. La potestad de elegir es una muestra de espíritu democrático e independiente —derecho indispensable de nuestra diversidad cultural y educativa—, pero, enseguida, incurre en una contradicción: el concepto de lectura aparece subordinado a las asignaturas y los credos ideológicos.



Con el texto anterior, he cumplido con la primera tarea que me comisionaron: elaborar un informe sobre el Plan Lector del gobierno. En realidad me ofrecí a hacerlo, pues es parte de mi tesis y era un pretexto para retomarla. Al comienzo de la lectura, los rostros de mis colegas parecieron alentarme. Al cabo de media hora, tenía frente a mí la sensación que conocemos muy bien: ser observado por las mismas miradas de nuestros alumnos, detenidas en el objetivo, pero sin brillo. Ojos sin preguntas ni respuestas, vaciados de deseo como los ojos de los peces.

A medida que me acerco a los cuarenta años, nada me atormenta más que el sentimiento de desesperanza que encubre nuestro oficio. Muchas veces la duda, que es un signo de la inteligencia y que impulsa a un renovado esfuerzo, resulta en la docencia una parálisis emocional: impide hablar u obrar por la certidumbre de inutilidad. A menudo me he preguntado delante de un alumno: «¿Valdrá la pena decírselo?», sabiendo que puedo ganarme una molestia. Freud sostenía que la enseñanza es una tarea imposible; todo lo que hagamos por el otro, golpeados por el sufrimiento, jalados por las miserias, dejará un sinsabor.



La campaña de lectura debía empezar sin retraso y la dirección dispuso organizar un festival de lanzamiento: «Nuestro colegio es lector», que congregaría a todos los grados de primaria y secundaria y además a los padres de familia. Se llevaría a cabo al final del bimestre, un sábado de sol a sol, con premios a los mejores lectores de

cada sección y un nutrido programa de cuentacuentos, canciones y juegos alusivos a la lectura. Se formaron cinco comisiones: una de inicial, dos de primaria —de primero a tercero y de cuarto a sexto— y dos de secundaria, solo hasta cuarto año.

—¿Y los chicos de quinto? —pregunté al director académico.

—Ellos no participarán.

—¿No era para todo el colegio? —me atreví a insistir.

—Menos ellos —me respondió secamente—: es inconveniente interrumpir su preparación de ingreso a la universidad.



Una de las tareas de cada comisión consistiría en acordar un libro de lectura y preparar una evaluación común. Casi no trataba con mis colegas y temí que elegir un libro con ellos sería difícil, pero no imaginé cuán difícil sería establecer criterios de evaluación. Lo que sí sabía es que esos resultados tendrían que revelar «los mejores lectores de cada sección». Las profesoras de primero a tercero de primaria decidieron trabajar con una antología de fábulas. Me dio gusto imaginar al viejo Esopo paseando sus bestezuelas entre las mesitas y loncheras de los pequeños estudiantes. Cómo me encantaban de niño aquellos relatos populares que, a decir verdad, no me parecían tan sencillos ni tan doctrinales como las fábulas de Iriarte o Samaniego. Si el autor vivió en Grecia o Egipto, si fue un adonis o un esclavo contrahecho, jamás me importó con tal de valorar sus enseñanzas morales en «El león y el ratón» o «La zorra y las uvas».

—¿Qué les parece una novela de Roald Dahl? —fue mi primera propuesta en la reunión que tuve con los profesores.

—¿Roald Dahl? —vaciló una de las profesoras.

—Sí, ¿no te acuerdas? El autor de *Matilda* —dijo la otra.

—¡Buenaza!

—¿Han leído la novela? —pregunté ilusionado.

—No, vimos la película.

—Y por casualidad vieron *Las brujas*. Un niño que se encuentra en un congreso lleno de mujeres horrendas...

—Creo que sí la he visto en televisión.

—Yo también, es terrible.

—Ese autor tiene otras novelas que también han sido llevadas al cine: *Charlie y la fábrica de chocolate*, *Jammes y el melocotón gigante*, *Danny el campeón del mundo*...

—Pero ni hablar. Ahora que recuerdo, en *Matilda* hay unos papás espantosos y la directora del colegio es de lo peor.

—Ah sí, una gorda mandona —intervino otra profesora—. Les daríamos en la yema del gusto a los chicos.

—Entonces sí —resolví con entusiasmo.

—¡Estás loco! ¡No pararían de fastidiarnos! —exclamaron las dos que, a decir verdad, eran algo rollizas.

«No les vendría mal ser menos cascarrabias ni bajar unos kilos», fue lo que pensé. Pero dije de manera conciliadora:

—Puede ser otro libro... que no contenga nada explosivo.

—Habría que evaluarlo. ¿Podrías prestarnos unos libros?

—O mejor por qué no nos cuentas antes algunos argumentos.

—Es genial —en mi cabeza hervían varias historias de Dahl, todas de alto calibre—... pero tal vez convenga pensar en otro escritor.



Alberto Manguel ha publicado *Una historia de la lectura* (2005) —acabo de ver la edición de Lumen en la vitrina de El Virrey—, que pronto debo adquirir... tengo varios libros en lista, ya encontraré qué sacrificar a fin de mes. Mi visita a la librería fue breve y compré un librito de memorias titulado *Leer y escribir* (2002). No fue el asombroso nombre del autor, Vidiadhar Surajprasad Naipaul, lo que me incitó a elegirlo entre las últimas novelas de Murakami y John Fante, sino la humilde fotografía de la carátula: un lugar desolado para un tema tan prodigioso. Escritas con maestría y devoción, estas páginas evocan el origen colonialista del escritor, los libros de infancia, el descubrimiento de la escritura y los primeros ejemplos literarios... un intenso itinerario de los primeros pasos de quien llegaría a ser premio Nobel de Literatura 2001.

No pude, sin embargo, disfrutar plenamente el libro de Naipaul. La imagen de la mujer en la cubierta de Manguel distrajo una y otra vez mi atención. Imposible sacarme de la cabeza la pintura de Van Gogh, donde figura una mujer adulta que lee y que, curiosamente, tiene la mirada perdida en algún punto fuera del libro. Me convencí de la genialidad del pintor: había retratado en ese gesto la auténtica lectura, aquella que entrelaza el texto impreso con las reflexiones y devaneos personales. Porque

algo escudriñan los ojos suspendidos de la mujer, algo en su mundo interior o entre los objetos de la casa que, de pronto, fue evocado por una línea del texto. Solo ella lo sabe: de los hilvanes de las palabras a su espíritu, en ese ir y venir, obtendrá el tejido múltiple de su lectura.



Nueva reunión de las comisiones de Inicial y Primaria, pero esta vez con el director académico. Cada vez que nos vemos las caras en su oficina —seis profesoras y dos profesores— es como si fuéramos a enfrentarnos a dentelladas. No es que nos hayamos llevado mal durante la jornada ni que alguno de nosotros sea insoportable, sino que ante el poder algo de incivilizado surge en nuestras personalidades. Es como una invocación ancestral, porque ni el propio director académico parece dispuesto a imponer su autoridad. Basta su presencia: un señor alto y de aspecto infantil, como de niño revejido, que da la impresión de haber sido un colegial camino a la escuela atacado súbitamente de gigantismo. Nos recibe bien peinado, anteojos de montura gruesa y nudo de corbata Windsor, que ya nadie usa.

—Buenas tardes, tomen asiento.

Nuestra naturaleza más baja —la estupidez, el individualismo, la agresividad— brota tan pronto ingresamos al despacho. Lo primero que observo es el lugar que ocupa cada uno de mis colegas; cuanto más cerca al director académico, mejor. Es evidente que tienden a expulsar cualquier atisbo de solidaridad, quieren congraciarse con él. Son como una banda de sobones alrededor del chico chancón que va a salvarlos en el examen. Han traído,

sin embargo, sus comprimidos: papeles con apuntes de sus rápidas indagaciones de fin de semana. Teníamos que proponer y sustentar algunos títulos para el segundo semestre. Casi todos exponen obras de la literatura clásica, que recomiendan por sus valores pedagógicos: paz, autoestima, compañerismo, esfuerzo personal...

—Usted primero, por favor.

Cedo mi turno al otro profesor del segundo nivel de primaria. Terminará en diez minutos y después seré yo quien exponga. A juzgar por el tono de las propuestas que he escuchado, temo que la mía sacará roncha. ¿Acaso no buscaba esa reacción? ¿No venía también con ánimo de venganza? ¿No era, al fin y al cabo, tan ordinario como mis colegas esta tarde? Verifico las notas que traigo, me detengo en unas líneas de la estudiosa Marcela Carranza: «Se toma de la literatura su carácter gratuito, se la despoja de su libertad y se la transforma en vehículo útil y eficiente para construir seres humanos mejores que harán un mundo mejor (según nuestros proyectos)».⁹

Había empezado a irritarme la perorata de mi colega. Observé la hora: llevaba veinticinco minutos y no dejaba de pontificar una sarta de lugares comunes. Había memorizado ideas referidas al placer de leer y reseñas que aparecen en los catálogos de las editoriales. Conozco bien esas notas llenas de frases como «maravillosa historia», «comparte la fantástica aventura», «atrévete a descubrir» que funcionan como eficaces eslóganes de publicidad; son la

9 «La literatura al servicio de los valores, o cómo conjurar el peligro de la literatura.» En: <www.imaginaria.com.ar/18/1/literatura-y-valores.htm> [24 de mayo del 2006].

quintaesencia de la creatividad editorial que resume toda una filosofía empresarial. Entonces fue que se me ocurrió acometer una verdadera irreverencia.

—He traído algunas novedades —dije, cuando al fin pude tomar la palabra.

Suelto de huesos me lancé a disertar sobre *El caballo que llegó del mar*, *El cuaderno de las quejas*, *La sortija del obispo* y *El ropero de los juguetes*. Obras magníficas, que nunca existieron. Escritas por autores que no pasaron un solo día en el mundo. Improvisé desvergonzadamente, mezclé intrigas y personajes, reproduje una que otra peripécia de mis lecturas y me abstuve de dar los finales, como un recurso sagaz para hechizar a mis colegas. Hoy que lo pienso me parece una revelación: ¿No es un acto como este la mayor aspiración de un maestro: enseñar lo que se ignora? ¿Tener la osadía y la destreza de hacerlo? Incluso más: ¿Saber a fondo lo que imaginamos y dar vida a lo que no existe?

Claro que no se trató de grandes inventos; en cada uno de mis relatos reconocía retazos de otros libros, apenas atisbos de mi imaginación y el incontenible deseo de burlarme. *El cuaderno de las quejas* estaba inspirado en un pasaje de *El barón rampante* (1957), de Ítalo Calvino; *La sortija del obispo* en una de las historias del *Decamerón* (1351), de Giovanni Boccaccio; y *El ropero de los juguetes* en un capítulo de *Las aventuras de Pinocho* (1883), de Carlo Collodi. Mientras que *El caballo que llegó del mar* era un cuento que quise escribir hace años, cuando mi hermano, navegante empedernido, me regaló un desvencijado caballo de carrusel que encontró flotando en altamar. Ahora que lo he recordado, creo que vale la pena escribirlo.



No estuvo mal la decisión que tomamos: de cuarto a sexto grado leeríamos *El Principito*, la célebre novela de Saint-Exupéry. En el camino quedó un reguero de libros clásicos, de superventas, de autoayuda y de autores nacionales recién lanzados al mercado. Me resultó sugestivo el debate: las profesoras abogaban por un libro de literatura en valores, mientras el profesor —un hueso duro— defendía una literatura de raíces folclóricas.

Cada vez reflexiono más sobre estas segmentaciones literarias. Ya no es solo la época lo que está en discusión —tal vez antes lo barroco y lo neoclásico, lo realista y lo romántico eran corrientes más duraderas—, sino que hoy cada periodo temporal contiene mayor diversidad temática y estética y es susceptible, además, de un creciente poder mediático. Establecer en la literatura infantil actual un canon occidental, al modo de Harold Bloom, supone contemplar numerosas variables. Y de todas ellas, la más peligrosa me parece el *marketing*.

En un género difícil de delimitar y que carece, sobre todo en nuestro medio, de una mirada académica —cursos, seminarios, congresos o crítica periodística—, la expansión y jerarquía de la literatura para chicos está librada al dictamen de las editoriales. Mejor dicho, a sus áreas de promoción y venta. Los criterios son previsibles: cultivar la «pedagogía de la rutina» y garantizar una ventajosa rentabilidad. Alterar lo menos posible los hábitos culturales de consumo es siempre poco riesgoso. No desvarío, como creen mis alumnos, cuando me refiero al vínculo entre nuestros niveles de lectura y la televisión o el fútbol peruano. Es un común tramado social de pasividad e ignoran-

cia, urdido con propósitos conservadores y mercantilistas.



Durante el primer recreo, el director académico me mandó llamar a su despacho. Me presenté en el acto y me notificó, algo ceñudo, que no había encontrado información alguna sobre los libros que expuse la semana pasada.

—Es usted un peligro —me dijo con sarcasmo.

—Es verdad.

—¿Lo reconoce usted? ¿Y se dedica a enseñar niños?

—Lo que admito es que son libros raros, tal vez no haya fácil información...

Me miró peor que cuando manda callar a los alumnos formados en el patio.

—Imposible. En internet está todo —afirmó categórico.

—Creí interesante proponerlos, así combinaríamos obras clásicas con curiosidades de la literatura infantil. ¿No le parece?

—Lo que me parece es que tiene usted demasiada imaginación...

—Es usted muy amable, señor.

—Lo llamo por otra cosa: ¿Me permite entrar a su clase de lenguaje la próxima hora?

—Con el mayor gusto.

Fue gracioso verlo encajonado en una pequeña carpeta. Casi ni podía moverse y hasta pensé que el tablero, hundido en sus costillas, le impedía respirar y podía desmayarse

en cualquier momento. Me paseé por el salón, bastante perturbado, mientras repartía el cuento que íbamos a leer.¹⁰ Con el tiempo, los profesores nos acostumbramos al paisaje de un salón de primaria: estaturas promedio, caras transpiradas, ojos inocentes, pelos revueltos. La presencia del director académico era un accidente: una formación rocosa o un témpano de hielo en medio del horizonte.

Terminamos de leer y me divertí haciendo preguntas que iban desde la retención memorística hasta la recreación de escenas o nombres de personajes. El accidente geográfico que tenía al frente no dejaba de acecharme. Indagué por las palabras que no habían comprendido: «¡Agolpa!», dijo uno de mis alumnos. Le siguieron otros: «¡Blandíase!», «¡fraguaba!», «¡formón!», «¡gazapado!». Le pedí a uno que leyera la línea completa de la primera palabra: «Hay momentos en que a uno se le *agolpa* la vida». Hice un gesto representativo y ellos dieron pronto con el significado. Repetí la experiencia con las otras palabras, menos con una.

—Usted, por favor —dije señalando el iceberg—. ¿Me lee la frase de blandíase?

Me miró sorprendido, bajó su mirada a la hoja.

—«*Blandíanse* a ratos las manos encallecidas» —leyó claramente.

—Muy bien —dije y piqué la mole de hielo—. Dígame, ¿qué significa esa palabra?



10 «Calixto Garmendia» (1958), de Ciro Alegría.

Durante el refrigerio, en la biblioteca, una alumna de secundaria me contó la siguiente historia: En mi excolegio, el bibliotecario no salía jamás de su vitrina. A pesar de que era lectora e iba seguido, no conocía ni su nombre. Era una persona de mediana estatura y semblante inexpresivo; me imagino que su vida carecía de emoción y cumplía con su labor de la manera más monótona posible. Recibía los títulos que había solicitado y después de unos minutos de observarme, los guardaba sin decir una sola palabra.

Un día decidí probarlo. Le pedí que me recomendara un libro, tardó unos minutos, me lo entregó y fui a sentarme a una de las sillas del fondo. ¡Era un libro aburridísimo! No me quedó otra que sacar mi Blackberry para chatear con alguien. Como no había nadie, decidí mirar mi Facebook y descansar un rato. Cuando estuve a punto de sucumbir ante un profundo sueño, una ronca voz me sobresaltó.

—Disculpe, este no es un sitio para dormir.

Indignada por tener que escuchar órdenes de un muerto, levanté la mirada y le respondí en un tono burlón que la lectura que me había recomendado era la culpable de mi sueño. Sin decir más, dio media vuelta y regresó a su vitrina de trabajo. La ausencia de respuesta me dio una sensación de tristeza, porque significaba el triunfo de mi familia —todos ingenieros y empresarios—, que siempre me repiten que llegar a ser exitosa no depende de leer un buen libro.



Estoy detrás de una entrevista a Constantino Carvallo, el

director del Colegio Los Reyes Rojos. No es fácil: después de la publicación de su libro —sumada a la participación que ha tenido como dirigente deportivo— se ha convertido en un personaje asediado por la prensa. *Diario educar* (2005) es una obra primordial para docentes y padres; además de ser la compañía perfecta del lector, pues se presta para llevar en el bolso y hojearlo antojadizamente, como para esperarnos en casa y abismarnos en la soledad de la noche. Me he cansado de ir a su colegio y R, su secretaria, ya me reconoce y ha prometido llamarme.

Entrevista a Gemma Lluch

No una sino muchas lecturas

Todavía experimento una suerte de embeleso cuando estoy frente a una personalidad que conozco a través de su obra. Me ha ocurrido con artistas e intelectuales que llegan al Perú y que, de pronto, me entero de la visita y vuelo a su encuentro. Me anima la intención de verlos y escucharlos, pero, un giro favorable de los astros, me permite a veces sostener un breve diálogo con ellos. Aunque nunca tan inoportuno como el que tuve con la profesora y ensayista valenciana Gemma Lluch, a quien mi insistencia la dejó con el primer bocado del almuerzo suspendido a escasos centímetros de sus labios.

La doctora en Filología Hispánica y catedrática de la Universitat de València, quien acababa de dar una charla a una multitud de profesores y tenía seguramente un hambre voraz —el vacío que produce dejarlo todo en la sala de conferencia—, accedió, sin embargo, a conversar con la mejor disposición. En un santiamén estábamos sentados en un apartado del hotel: ella erguida y sonriente, el cabello corto y la blusa blanca. En el cuello, una discreta cadena de oro. Evoqué sus largos años de docencia, sus investigaciones y trabajos de promoción en torno a la lectura, su mirada innovadora de las narrativas paraliterarias y audiovisuales, y su publicación más reconocida: *Cómo analizamos relatos infantiles y juveniles* (2004). Le expresé toda mi gratitud y mis excusas por interrumpir su entrada de camarones al pastis.

¿Puede considerarse la saga de Harry Potter —libros de notoria repercusión mediática— como un fenómeno cultural que enriquece la literatura de género?

Hay gente que dice: «pasará al canon literario». Yo sostengo que no, que no pasará al canon literario porque es lectura de entretenimiento. Lo que sí creo es que aporta muchísimo a la sociedad de la lectura y es que han cambiado muchísimas cosas en lo que es la comprensión de lectura para jóvenes; para empezar, el número de páginas. Yo recuerdo que antes de Harry Potter, en los premios de literatura juvenil se consideraban menos de ochenta páginas, porque afirmaban que los jóvenes no podían leer más. Ahora los libros tienen trescientas, cuatrocientas páginas.

Son cientos de páginas, es verdad. ¿Pero de calidad?

Creo que los tres últimos tomos de la saga de Harry Potter son fascinantes y es que consiguen reunir todos los lugares comunes, pero visitados de otra manera de lo que ha sido en toda la historia de la lectura. Aglutina los libros de cuadrilla, de chicos. Están los libros de internado, típicamente ingleses; está toda la narrativa de tradición oral del norte de Europa, está el enigma, el relato de iniciación de toda la tradición oral. Es que está todo.

Como lectora exigente de literatura, ¿no reclamas una propuesta original y un lenguaje especialmente significativo? ¿No te parece que Harry Potter es una urdimbre de *clisés* con un lenguaje repetitivo?

Harry Potter no engaña, no ofrece literatura. Lo que ofrece es lectura y entretenimiento, que es diferente. A mí lo que me preocupa son esos libros de espacios intelectuales que prometen lo que no son.

Tu observación me lleva a un tema que has tratado en tu libro de análisis, cuando te refieres a los elementos exentos de literatura, pero que sin embargo enriquecen el texto. Así puede lanzarse al mercado cualquier libro empobrecido de significados...

Hay que diferenciar lo que es literatura de lo que es paraliteratura, y la paraliteratura no necesariamente es mala. Ella cumple una misión de entretener. Su característica es la repetición y el estereotipo; presentar lo mismo de manera diferente para que continúe siendo lo mismo. Lo vemos en la narrativa de tradición oral, de donde nace la paraliteratura actual: unos esqueletos narrativos de tradición oral, que los narradores reacomodan para un público diferente y con una visión muy comercial.

Dispénsame, voy a insistir: la literatura oral tiene sus códigos lingüísticos y un público presente, por lo tanto está obligada a ofrecer un relato sencillo. La literatura moderna, por el contrario, está obligada a ser más compleja. En ese sentido, ¿no te subvierte el alienato comercial de ciertos libros actuales?

Yo creo que no, porque es otro circuito. A mí lo que me fastidia es cuando el docente utiliza ese tipo de texto para hacer educación literaria. Y también si el docente no utiliza los textos tradicionales y canónicos. Obviamente un adolescente no puede leer solo y completo *El Quijote* o *Cien años de soledad*, pero sí puede leerlo acompañado y estudiar algunos fragmentos, porque lo que está haciendo es crear una educación literaria, unas raíces con su pasado literario. Ese es un recorrido lector. Pero luego hay otro recorrido lector que es este, donde se busca el placer

inmediato. Y como placer inmediato funciona bien la estructura corta, la frase simple, el pensamiento fácil.

¿El lugar de lo paraliterario está entonces fuera del circuito de la escuela?

Teóricamente, sí. Pero luego, cuando tú estás en la escuela ante treinta adolescentes...

... que han leído más de lo otro que de lo que uno quisiera...

Exacto. Entonces haces lo que buenamente puedes. Porque si en la lectura ayudaran los padres y también trabajara el Estado, las funciones se podrían repartir y la lectura no sería solo obligación de la escuela, sino de todo el mundo.

¿No crees que la lectura escolar postula un sentido muy convencional? ¿Cómo hacer para abrir la noción de lectura?

Yo creo que con actos como este congreso. Ahora vengo del taller de Jaén, en España, que propone un plan lector abierto a todo tipo de lectura: de prensa, internet, textos de no ficción... libros de cuarenta mil cosas. Eso trae un nuevo discurso, que tiene que venir del Estado haciendo planes de formación del profesor, porque el mundo cambia muy aprisa y el docente no puede hacer todo su trabajo solo, necesita de programas de formación continuos.

Junto al compromiso de los padres.

Claro, que colaboren porque al fin y al cabo tener un hijo lector o no tenerlo es su responsabilidad, casi su decisión.

Si en el colegio dices una cosa y el niño llega a casa y no tiene un libro, o los padres no hablan de libros, se convierte en la loca de la profesora; porque tampoco en la televisión salen chicos leyendo y en el noticiero nunca se habla de libros.

Tu exposición de hoy, que calificaba la lectura como un ejercicio plural y compartido, no excluye por supuesto la lectura como una conquista íntima. ¿Crees que una conduce a la otra?

Claro. O pueden darse en paralelo. Lo que pasa es que como habitualmente hablamos de la lectura como algo individual, hay que hablar también de las otras lecturas, sobre todo cuando nos referimos a adolescentes. La adolescencia es una etapa de compartir y muchas veces la lectura no funciona en solitario, hay que buscar entonces canales de participación colectiva.

¿Qué tanto importan los métodos de evaluación del profesor para la consecución del placer de sus alumnos?

Es fundamental, porque si evalúas en el sentido de medir qué has conseguido y qué mejoras puedes aplicar, entonces, cuando repites la actividad puedes establecer pautas diferentes. Pero si solo haces una cosa detrás de otra, nada cambia. Lo digo siempre en los cursos que doy: vale la pena hacer menos y bien hecho, que mucho y mal hecho.

¿Cómo evaluar en salones atiborrados de alumnos y con profesores poco capacitados, que deben correr para cumplir con el programa, desesperados por la llamada «literatura de valores»?

Es muy complicado, yo no me atrevo a contestar esa pregunta. Es que es muy compleja para contestar...

Necesitaríamos un seminario...

Sí. (Risas)

Si me permites, demos un salto al cine. ¿No es molesto que después de ciento diez años que ha cumplido el cine no se aprenda a ver películas en las escuelas? Se trata de un arte de consumo para los jóvenes y sin embargo rara vez se les enseña a analizar un relato audiovisual.

En España sí se trabaja mucho el cine en relación con la lectura y los relatos; sobre todo en secundaria. Hay muchas publicaciones al respecto. Lo que creo además es que hay que trabajarlo con los padres. A los niños hay que enseñarles a aprovechar el relato audiovisual como apoyo a la lectura, pero también a mirarlo críticamente y ver que muchas veces la función que cumple es transformarlos en consumidores pasivos. Cosa que ocurre mayoritariamente con los relatos para los niños; por ejemplo, muchos dibujos animados son un continuo anuncio de venta de productos: engánchate a este dibujo y luego cómprate toda la mercadería alusiva. La finalidad que tienen es crear ciudadanos consumidores, no ciudadanos críticos.

¿Qué hacer para que en las escuelas y en las casas se asuma una actitud crítica frente a lo que consumen niños y jóvenes?

Con educación. Hay que enseñar, hay que actualizar los conocimientos de los docentes con muchos cursos. Hay

que gastar dinero en actualización de conocimientos de profesores e impartir muchos cursos para los padres.

También hay que depurar lo que los chicos ven en televisión.

Es que si no el imaginario de los niños va a estar dissociado... es como el aceite y el agua, están juntos hijos y padres, alumnos y docentes pero no se tocan. Los vemos, les hablamos pero no conocemos su bagaje cultural.

Tú apuestas por la lectura como un motor de cambio social. ¿Dirías que la lectura es un arma democrática?

Sí, puede serlo. También depende de cómo la uses y lo que des a leer, porque de la misma manera que puede ser democrática y aleccionante, puede ser negativa. Obviamente, la persona que más lee, más crítica será para buscar lo que quiere.

CAMILA NO SALIÓ A RECIBIRME y eso me pareció extraño. Estaba en su cuarto coloreando un cuaderno de dibujo; sobre una mesita redonda, de pino Oregón, había regado sus lápices de colores en una lámina de la Sirenita. Era una imagen que mostraba a Ariel con el cangrejo Sebastián (claro, en la afectada adaptación de Disney) y Camila estaba en pijama, recostada en la mesa y con el cabello en mechones sobre el rostro. La saludé y ella apenas levantó la vista. «¿Está enferma mi princesa?», le pregunté. Meneó la cabeza. Recogí los brazos a la altura de mis hombros y sacudí las manos, ligeras como pequeñas aletas, mientras mi cuerpo flotaba a su alrededor en un torpe afán de semejar un pez.

—¿No le contestas a Flounder?

Ella levantó la mirada y negó con la cabeza. Me senté en su cama y no dejé de observarla. Era evidente que algo había pasado... o que yo había hecho algo mal. No sé por qué tiendo a sentir culpa de inmediato. Recordé rápidamente lo que había sido el día anterior: estuve con ella, le traje el libro del pato y lo leímos, cenamos juntos porque su madre tenía un compromiso de la oficina y llegaría más tarde que de costumbre.

Me coloqué al borde de la cama a fin de alcanzar a la mesa. Estiré los brazos, cerré los puños y los dejé deslizarse sobre el tablero, ejecutando cortos y veloces movimien-

tos con los dedos, como si fueran pequeños bichos que se abrían camino entre los lápices de colores.

—¿Te han comido la lengua los muymuys? —le pregunté, mientras los menudos animales corrían en distintas direcciones y parecían acechar sus manitas. Enseguida abrí mis dedos y surgieron unas inmensas patas de arácnidos. Engrosé la voz para preguntarle—: ¿O han sido las peligrosas arañas de mar?

Entonces ella, sin mirarme, cogió un lápiz en cada mano y empezó a atacar a las arañas. No lo hacía de broma. Actuaba con ímpetu, con una minúscula rabia de su corazón. Estaba convencida del daño que podían provocarle y las hincaba con la punta del lápiz. Me rendí: dejé mis manos extendidas sobre la mesa, mientras ella lastimaba el dorso. «Malo, malo, malo», la escuché repetir y era como si con cada palabra desactivara el encono que tenía contra mí. ¿Por qué? ¿De dónde venía ese resentimiento?

Estuvimos un rato abrazados. La sentí gemir, muy queda, pero no le pregunté nada. Temía que pudiera hacerme algún reproche que no esperaba; pero también temía lo que pudiera decirle. Las palabras son a veces tan difíciles cuando sostenemos una criatura frágil. Buscaba las más apuradas y delicadas, pero esas huían de mí. Así había sido desde mi separación, no había palabra que no me pareciera amenazante. Todas, salvo su nombre.

—Camila, Camilita... —le susurré al oído.

—Papá, ¿tú no eres malo, verdad?

—Claro que no, hija.

No hice más que contestar y advertí el riesgo de mis palabras. La dudosa alarma de mis actos. ¿No había sido la separación un episodio, a todas luces, desaprobatorio? ¿No me convertía acaso ese hecho en un causante del desconsuelo de mi hija? Fuera de manera voluntaria o no, nada me libraba de mi condición de execrable agente de su inseguridad. Me eché con ella en la cama y la senté a horcajadas sobre mi abdomen. Retiré los mechones de su carita húmeda y le sonreí:

—Cuéntame, Camila, ¿qué ha pasado?

—Mi mamá dice que eres malo porque me trajiste ese libro.

—¿Qué libro?

—El de la muerte, papá.

—Ah... *El pato y la muerte* —dije el título y maquinalmente voltee hacia el estante—. ¿Dónde está?

—Mi mamá lo desapareció.

—¿Lo ha regalado?

—No, dijo que lo iba a quemar.



Lo primero que pensé, como es natural, fue en el índice. Aquella censura que aplicó la Iglesia católica desde el siglo XVI, a través del Tribunal de la Santa Inquisición, a los libros considerados «perniciosos para la fe». Uno diría, después de cuatrocientos cincuenta años, ¡eso hoy es una locura! Pero si supiéramos que el «Índice de libros prohibidos» —suena lindo en latín: «Índex librorum prohibito-

rum et expurgatorum»— se mantuvo hasta mediados del siglo XX, dejaría de sorprender que aún ahora se proceda a utilizar esos métodos de quema de libros. Una barbarie. Si consideramos el libro como la herramienta más humana —para Borges: la extensión de nuestros recuerdos y de nuestra imaginación—, incinerar libros es como arrojar a los propios autores a las llamaradas de fuego.

Repasé las circunstancias con cierto ánimo individualista: que hayan ocurrido quemas de libros en gobiernos militares y en algunos colegios; vaya y pase. Pero que venga a ocurrir en la casa donde vive mi hija —estuve a punto de escribir: en mi propia casa— me llenó de indignación. Decidí quedarme a esperar a mi exmujer y aclarar el asunto. Camila ahora coloreaba nuevamente su cuaderno, tan tranquila como si nada hubiera pasado.

A menudo los adultos nos admiramos de la capacidad de los niños para reponerse de las embestidas; por eso afirmaba el cineasta François Truffaut, quien trabajó espléndidamente con niños, que ellos tienen la piel acorazada para desafiar el peligro. No lo decía en el sentido de ser indiferentes, sino de que «son como una roca —en voz del maestro, uno de los personajes del filme *La piel dura*—. Tropiezan por la vida sin quedar lastimados. Ellos se encuentran en estado de gracia y eso les permite tener la piel dura. Son mucho más resistentes que nosotros».

Camila alternaba los lápices, los pasaba de una mano a otra, garabateaba con devoción el dibujo de la lámina, tenía los mechones sobre la frente y los ojos consagrados en su obra maestra; yo, en tanto, halagaba su actividad, pero esta vez poco me interesaba. Más bien hurgaba en las repisas —donde no solo faltaba *El pato y la muerte*—,

la llevaba al terreno de mi curiosidad y la bombardeaba a preguntas sobre su madre; actuaba de una manera desaprensiva, muy interesada porque quería conocer la verdad.



Había sido primero la profesora y luego su madre quienes pusieron el libro en la picota. En la antigüedad, se acostumbraba colocar el cuello del reo —en este caso el autor— sobre una piedra afilada para volarle la cabeza; se hacía a vista y paciencia de todo el pueblo, para dar un ejemplo de escarmiento. Brutal manera de ajusticiar. Pobre Wolf Erlbruch, alemán, nacido en 1949, dedicado a escribir e ilustrar libros para niños, cuyo mayor exceso es haber sido galardonado recientemente con el premio Hans Christian Andersen. Nada menos y a él, hombre discreto, esteta guiado por la filosofía, estas dos buenas mujeres decidieron decapitar.

Ninguna investigación, que yo sepa. Tampoco me citaron para conversar; como padre de la niña y profesor de literatura, como desalmado comprador del libro, creo que me asistía el derecho de dar mi opinión para defender la cabeza de Erlbruch; y de paso, la mía. Sigo la crónica de mi hija: ella llevó el libro al colegio, se lo mostró a Emi —quien había perdido a su abuelo— y a una bandada de amiguitos, gran revuelo de curiosidad, picotean a preguntas a la maestra, la pájara guía recibe el libro y lo hojea, pone el grito en el cielo, reprende a Camila y escribe una nota a la madre. Guarda el arma del delito en un sobre, junto con la nota, y le pone el sello lacrado. Horas más tarde lo abre la madre, lee la nota con preocupación, pasa

enfurecida las hojas del libro. «Sin leerlo, papi», me dijo Camila.

El desenlace, al menos de este acontecimiento, no ha podido ser más triste. Camila sufrió la reprimenda de ambas mujeres, *El pato y la muerte* debe ser un montoncito de ceniza y mi hija me ha odiado a rabiar una noche. Una eterna noche para ella y para mí. Ahora está acostada y a punto de dormir. Me pide que le cuente alguna historia, lucha contra el sueño, con toda inocencia y temor, porque sabe que espero a su madre. Discutiremos, sin duda. Pero finalmente se duerme antes de que suene la cerradura; acomodo su cabello, despejo su frente para el beso de buenas noches que me reconcilie con ella.

—No es un libro apropiado y punto.

—¿Punto final?

—La profesora es una especialista en Educación Inicial y no vas a saber más que ella.

—Seguramente, pero a Camila la conozco mejor que ella.

—Estamos discutiendo de nuestra hija en la escuela, no en la casa. Además, ya no vives acá hace tiempo y no sabes cómo está creciendo.

—Justamente sé cómo está creciendo. La veo todos los días, converso más con ella que tú...

—Claro, de literatura y de cine, como si fuera una universitaria. Hay que ser didáctico, Camila tiene solo cinco años.

—Casi seis. ¿Y tú crees que solo educan los libros didácticos? Hay mil formas de aprovechar pedagógicamente la literatura, el cine o los deportes.

—¿Qué puede ayudarle a su formación ver Chaplin o esa antiquísima película del otro día?

—¿*Cero en conducta*? Es una belleza... ¿Acaso pretendes que vea y lea con ella lo mismo que le da la maestra?

—Debe seguir un ritmo de acuerdo a su edad.

—Lo que debe seguir es su ritmo. No todos los niños son iguales. Ella tiene muy buena disposición, una cultura de aprendizaje...

—¡Ah sí, gracias al sabio de su padre!

—Sí, claro, ¡un profesor primario! —repliqué muy disgustado.

—Sabes que no lo digo por eso —sonó muy conciliadora—... sino porque eres demasiado mental con ella.



*El pibe*¹¹ la habíamos visto por primera vez cuando Camila tenía tres años y pico. No presumo que la haya entendido cabalmente, pero los gestos y movimientos de los personajes —Charlot, el niño y el policía— no los olvidaré jamás. Rio con ganas de las escenas del biberón y los panqueques, de las correrías en la calle, padre e hijo perseguidos por el guardia después de quebrar los cristales de las ventanas. Sintió desasosiego ante el doctor que llegó a examinar al niño y lloró cuando los funcionarios del orfelinato cargaron con él. La escena en la puerta, con los bracitos estirados y el rostro contraído, es descorazonadora.

11 *The kid* (1921), película muda dirigida y protagonizada por Charlie Chaplin. Actúan Jackie Coogan y Edna Purviance.

Sobre los acordes de la música que acompaña la película, compuesta por el propio Chaplin, iban montadas mis palabras: narrando, sorprendiéndose, explicando. Así fueron dos o tres veces más, hasta que Camila decidió que ella debía ocupar mi lugar; era la que me narraba y me explicaba las escenas, la que fingía sorprenderse ante alguna pillería de la genial pareja. El blanco y negro de las imágenes la desconcertó mucho al principio: «Papi, ¿así era el mundo antes?, me preguntó. «¿Cómo así?». «Sin colores, pues». Luego se acostumbró e incluso jugábamos, en ocasiones, a quitarle la gama cromática de las películas modernas, con el mando de control, a fin de verlas como si fueran antiguas.

Y la mencionada película antiquísima del otro día es *Cero en conducta*, de Jean Vigo.¹² Tengo un especial fervor por este filme francés, posvanguardia, tan realista y salvajemente poético que lo acerca a la infancia más libre. Es un ritual anticatolicismo de la enseñanza, un paisaje que descubre los hilos de la autoridad docente junto al comportamiento nada santo de los niños; los «Pequeños diablos de la escuela», dice uno de los carteles de la película para mostrarnos lo revoltosos y tiránicos que pueden ser. Pero no se tome como una celebración de la anarquía infantil ni como una exaltación del sistema escolar, con sus maestros extravagantes y dictadorzuelos. Todo parece más bien servir a un complot contra la norma, sin orden ni concierto, tocado por una desesperada belleza.

12 Director francés de dos filmes fundamentales: *Zéro de conduite* (1933) y *L'Atalante* (1934). Murió de tuberculosis a los veintinueve años.

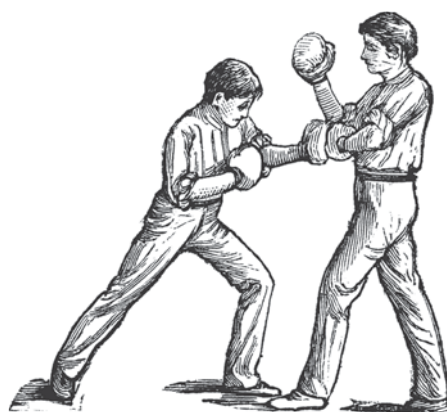
Imagino que este flujo onírico de sedición, a medio camino entre la verdad y el deseo, que lo encontramos en el arte y la vida, es lo que perturba a la institución educativa. El colegio es el orden y la reproducción de ese orden, con las mínimas fisuras que puedan concederse. Refiriéndose a los niños, advierte el director de la escuela al supervisor de normas en *Cero en conducta*: «Es necesario vigilarlos»; pero él cumple el encargo a medias, es un adulto divertido y cómplice, un buen imitador de Chaplin. «El celador sucumbe al encanto de los niños. Es como si fuera uno de ellos», exclama el director. Un personaje enano, con traje y barba, como si fuera un niño anormal.

¿Una alegoría de Vigo? ¿La representación de una farsa? Porque lo que encarnan los maestros, con sus doctrinas morales y sus métodos de enseñanza, va siempre a contracorriente de la naturaleza humana. Mal que nos pese, educar es una forma de represión, de desconfianza, de ausencia de placer. No en balde los créditos de la película empiezan con un coro de niños, pura algarabía, pero pronto las imágenes muestran las aulas y las habitaciones de la escuela, semejante a una cárcel —se trata de un internado— a donde vuelven los chicos después de las vacaciones. Aquí se busca sacudirlos del sueño, reglamentar su vigilia y controlar sus movimientos; pero sin hacer mucho por descubrir el secreto de sus vidas.

El pibe y *Cero en conducta* son dos filmes clásicos que inauguran una larga tradición en el cine, con algunas películas notables, de la figura del niño y su formación educativa. Son expresiones artísticas de riesgo, como *El pato* y *la muerte* de Wolf Erlbruch, que imagino descolocan a las maestras, quienes necesitan sentirse seguras en su papel

de ave guía. Es razonable que su poder orientador repose en el conocimiento y la experiencia, pero cuán dispuestas están de poner sus convicciones en tela de juicio. Negar la heterogeneidad parece parte de su función, por eso aspiran a un modelo de alumno y ordenan la lectura de los libros que ellas eligen. Afuera de la escuela, el mundo es una simple apariencia.

Lección tercera



LA COMISIÓN VOLVIÓ A REUNIRSE. Después de acordar la lectura de *El Principito* debíamos definir el tipo de evaluación que aplicaríamos. Fue como salir al *ring* y enfrentar un peso completo. Los profesores se aliaron para castigarme: proponían preguntas para marcar y con muchas opciones; yo planteaba un diálogo sin evaluación cuantificada y luego una redacción personal sobre dos o tres temas. El argumento de mis colegas era ganar respeto por la lectura, a costa de reprobar a los alumnos en la primera prueba.

—Sería una masacre —dije.

—Pero después todo sería más fácil.

La consigna era clara: provocar miedo con un control que, además, diera poco trabajo para corregir.

—¡Revisar cuarenta textos! ¡Te imaginas las tonterías que escribirán!

—Están como los chicos —dije—. Lo que quieren es no leer.

Ni les afectó, les causó gracia. Debí haber sacado un mejor golpe. Para mí era incomprensible evaluar la comprensión lectora de los alumnos, dentro de un plan de animación a la lectura, cuando los profesores —llamados «facilitadores» del aprendizaje— eluden leer los resultados.

—¿Y por qué no pedirles exposiciones? —preguntó una profesora.

Me sentí salvado por la campana.



El combate fue duro. Yo estaba algo ofuscado. Gracias a la profesora de tercer grado convenimos que la evaluación sería un proceso: un libro fórum, así lo denominó, donde se dialogaría con los alumnos sobre la obra leída y luego se tomaría una detallada prueba objetiva; al final se realizarían trabajos alusivos como dibujos, representaciones teatrales, instalaciones artísticas o videos. Al término del proceso —que fijamos en un mes para la primera lectura— expondríamos los trabajos en la biblioteca.

—Es una manera no tradicional —dijo la profesora—. Recordemos que el Plan Lector debe ayudar a fomentar la lectura.

Quise levantarla en hombros, pero solo aplaudí. Presentí que la principal aprensión era cómo debatir sobre el libro. ¿Qué preguntar? ¿Cuánto entusiasmo se requiere? Muchos de mis colegas son lectores peregrinos, carecen de formación literaria y alejarlos del consabido cuestionario es privarlos de una segura referencia. Mencioné el libro *Dime* (2007) de Aidan Chambers, que ofrece recomendaciones sobre la conversación literaria en el aula y reclama del profesor una exaltación por compartir los hallazgos. Porque dialogar sobre una novela o un cuento supone comprometerse con la lectura y poner la pasión a flor de piel.



«¿Tiene una biblioteca en casa?». Es una de las preguntas del test que formulé a profesores de colegio para mi tesis. Hay dos opciones: sí y no. La pregunta siguiente presenta tres opciones: pequeña, mediana y grande. Casi todos marcan sí y mediana. En una oportunidad, durante un conversatorio en el Centro Cultural de España, lancé una interrogante a mis colegas: «¿Cuánto dinero se necesita para formar una biblioteca personal?». Luego de un prolongado silencio, un despabilado respondió: «Ahora, nada». Ante mi sorpresa, explicó que en internet se conseguía todo gratis y que él acostumbraba leer en la pantalla.

Me quedé desarmado... navegando en *Google*, ufano como uno de los Ptolomeos, aquel profesor parecía pasear entre los jardines y salones de la Gran Biblioteca de Alejandría. Unos segundos duró el hechizo y pronto parte del público deshizo la burbuja: «¡En internet hay harta basura!». «¡Critizamos a los alumnos y no vamos a caer en lo mismo!». «¡Nada reemplaza a los libros!». Aproveché el viento a favor para recoger opiniones sobre lo que puede considerarse una buena biblioteca personal: el promedio, doscientos libros y de preferencia literatura clásica.



Encuentro a la misma alumna de secundaria en la biblioteca, esta vez acompañada de una amiga. Ambas son nuevas, entiendo por qué están juntas. Indago y consigo una nueva anécdota: En mi excolegio la biblioteca era un inmenso librero con llave. No había ningún encargado, simplemente cuando alguien necesitaba un libro del es-

tante, «a la muerte de un obispo», teníamos que ubicar al señor de la limpieza para que nos abriera la puerta. Él tenía la llave y conocía exactamente dónde se guardaba cada libro. «Una vez me recomendó un libro buenazo: *Capitanes de la arena*, de Jorge Amado. Creo que era el hombre más culto de mi colegio».

Les pregunto cómo evaluaban la lectura sus profesores. Una me cuenta que nadie en su clase terminaba el libro, pero todos conocían el argumento. «Por suerte tenemos esa panacea llamada ‘El rincón del vago’ para salvarnos del rojo seguro y luego nos entregábamos a una epidemia contagiosa: empezamos a subrayar frenéticamente cualquier línea del libro, tratando de aparentar una máxima dedicación y escribíamos sandez y media en los bordes. Total, la profesora nunca revisaba bien el libro. Sabíamos que obrábamos mal, pero nadie quería ser tildado de pavo».

La otra alumna corrobora los beneficios del rincón y agrega «no puede faltar la rica ‘Wiki’. Para qué leer un mamotreto si para el control bastaba memorizar los resúmenes de internet. Además, el cuestionario era siempre igual: características de personajes y escenarios, argumento y mensaje; puras superficialidades». «¿Y ahora es igual?», pregunto. Ambas se miran: «¿Te decimos la verdad?». «Por supuesto», respondo. «Peor», contestan al unísono y se quedan mirándome. Esperan que me alarme o que actúe de defensor. Una de ellas trata de justificarse: «Porque cuando alguien no hace la tarea, el profesor lo manda a la biblioteca a cumplir la penitencia de leer *Cien años de soledad*».



En su portentoso manuscrito de mil doscientas páginas, el noble cronista Guamán Poma de Ayala confirma un detalle que conocíamos: el primer libro que ingresa a la historia del Perú es el que porta fray Vicente Valverde —en la mano izquierda, para mayor precisión—, la tarde de la captura del Inca. En la mano derecha llevaba la cruz. Sabemos de cierto que no era una colección de sonetos del poeta Juan Boscán ni el *Amadís de Gaula*; sin embargo, no es claro el contenido de dicho libro, pues en la *Nueva crónica y buen gobierno* queda registrado indistintamente como Evangelio y como Breviario, que no es lo mismo.

La escena de este pasaje trascendente de nuestra historia aparece en el dibujo 154, de los cuatrocientos que contiene el documento original de Guamán Poma. Con trazo fino, sobre pliegos de papel marfileño, la tinta dibuja la imponente silueta del Inca. Está en su Trono Usno, al centro de la lámina, ataviado de guerra y rodeado de una multitud de indios armados con lanzas y escudos. En un primer plano, los conquistadores Francisco Pizarro y Diego de Almagro; hacia la izquierda, el pequeño fraile dominico. Entre ellos, el indio Felipillo Guancabilca.

—Abandona al dios que adoras y cree en este —exhorta Valverde, blandiendo la cruz.

Traduce Felipillo, el mala lengua de corazón emponzoñado.

—Solo debo adorar al sol que nunca muere —responde Atahualpa.

—Aborrece la voz de las Uacas y sigue las santas palabras de este libro —reclama Valverde.

—Dame el libro para que me lo diga.

El Inca lo recibe en sus manos. Lo mira, no brilla. Lo acerca al oído, ni el más leve rumor. Tampoco huele a flores aromáticas. Lo hojea, busca sentir entre sus dedos algún temblor divino.

—Nada me dice el libro —exclama airado el Inca y lo arroja de mala gana.

—¡A ellos, caballeros! —grita el sacerdote a voz en cuello—. ¡Estos indios gentiles están contra nuestra fe!

Entonces se vino la noche. La noche del mal presagio que dura hasta hoy, pues el catecismo se impuso en el reino: eternizó el gran libro doctrinal, pero aquellos que ofrecen extrañeza y regocijo siguen siendo objetos expatriados. Como los profesores de un solo libro, cuya fe ciega en el manual del curso los lleva a expulsar los demás libros.



Hora libre y luego recreo. Me refugio en la biblioteca y reviso el segundo tomo de *La nueva crónica y buen gobierno*. Ayer examiné el primero. Tengo una curiosidad: saber cuántos libros aparecen en los dibujos de Guamán Poma. Son pocos y todos figuran en manos de clérigos castigadores y lascivos. Tal vez la lámina que más importe para esta libreta de apuntes sea la 266 titulada «Maistros. Los Maistros de Coro y Escuela». Al lado derecho, frente a un alto atril con una partitura de música, destaca un maestro de distinguido atuendo: sombrero con flor de cantú y tres plumas de avestruz, manta sobre los hombros. En la mano izquierda, un libro contra el pecho. En la otra mano, un látigo de mango y tres correas, con la que escarmienta

a una criatura semidesnuda. Sentados en una banqueta, varios niños trabajan muy concentrados, sin prestar atención a la paliza que inflige el maestro; leen sus libros, escriben en sus cuadernillos. Se lee en uno de los cuadernillos: «Sepan cuentas» y al pie del dibujo: «Doctrina»; al lado del maestro figura un nombre: «Francisco de Palacios de Luna Guanca».

—Por favor —le digo a la reservada bibliotecaria del colegio—, ¿conoces algún profesor llamado Francisco de Palacios?

—Nnno —me responde extrañada.

—¿Estás segura? —insisto—. ¿O tal vez alguna profesora apellidada Luna o Guanca?

—Mmm... Luna, sí. Era una compañera en el colegio...

La miro con fingida atención durante los minutos que dura su remembranza (desde mi ubicación, la bibliotecaria tiene el gran reloj sobre su cabeza) y sufro al comprobar cómo transcurre el tiempo de mi ocio. Se ha desatado en un torrente de palabras. «Para qué pregunté», me repito antes de que suene el timbre. Riiinnn. Debo retornar a clases. Devuelvo el ejemplar y me retiro de la sala sabiendo, una vez más, que las personas solitarias y silenciosas solo están esperando que alguien abra la escotilla.



Vuelvo a la salida del mismo día y le pido a la bibliotecaria el ejemplar que tuve frente a mis ojos antes de la bendita pregunta. «Solo cinco minutos», le ruego; ella refunfuña, ya no está de humor. A esta hora la sala se transforma en

una verdadera barahúnda. Llegan los chicos designados cargados con rollos de mapas y pilas de libros que han usado en clase y van dejándolos regados sobre las mesas. Ella se toca de nervios, pega algunos chillidos, debe ordenar todo en sus respectivos estantes. Sin embargo, me pone el libro en las narices de mala gana. A cambio, le doy un chocolate princesa. Ubico la ilustración de los «maistros» y copio el texto que figura debajo:

Los maistros de Coro y Escuelas de este reino, están encargados de la enseñanza de los muchachos: niños, niñas, mozos y doncellas; dando las lecciones a los varones en la Escuela y a las niñas y doncellas en sus casas. Les enseñan a leer y escribir, a fin de que sean buenos cristianos y al morir vayan al cielo.

La enseñanza se llevará a cabo de acuerdo con un convenio establecido por año en cada doctrina, debiendo efectuarse el pago según dicho convenio y con las entradas de la Iglesia o tomando de los bienes que posee ésta.

Los maistros serán exceptuados de los servicios personales y del pago de los tributos según tasa; debiendo estar en su condición de maistros independientes del control de los Padres de la doctrina, quienes tienen la costumbre de servirse de ellos y de las muchachas de la Escuela en otros trabajos ajenos a la enseñanza, de manera que estos no aprenden eso, los padres dicen, «es un buen maestro» porque los tienen contentos a ellos pero con perjuicio de la instrucción de los muchachos; asimismo los caciques también llaman buenos maestros a los que se emborrachan con ellos...

Salgo de la biblioteca, son casi las cuatro de la tarde y vuelo a la cafetería. No he almorzado, así que me vendría bien un *shawarma* y un café. Debería reducir mi consumo

de café y comer más... además, quiero empezar a hacer deporte. Pateo una tapita de lapicero un par de veces, la acomodo con el empuje entre las dos paredes de cemento de una banca del patio. Estoy a unos metros de la mayor alegría que existe en el mundo. Apunto bien y disparo. Maldigo. Entro a la cafetería amoscado. No me merezco el café, de modo que le pido a la señora un *shawarma* y un jugo de papaya. Mientras espero el pedido, saco mi libreta de apuntes y releo lo que escribí hace unos minutos:

El trabajo de los maestros no será considerado como mita, sino que debe ser abonado como salario, pagándose doce pesos, seis medias de maíz, seis de papas y seis pacos por año; pero si se llega a comprobar que no ha enseñado o no ha aprendido, durante el año ninguno de sus discípulos en la Escuela, no debe pagársele en plata.

Como la cantidad que se abona por este concepto es de la doctrina o de los pueblos, es preciso que el contrato no se haga con los Padres ni con los Caciques, sino con el Administrador de la Iglesia o con el Corregidor; porque aún que el Maestro sea muy bueno, si no quiere servirle, el padre con los muchachos le levantarán falsos testimonios; lo mismo harán también los Caciques principales, porque no se emborrachan con ellos, valiéndose de cualquier pretexto lo echarán del cargo.

Si enseña cristianísimamente y no es borracho ni coque-ro, puede ser Maestro toda la vida y procurará enseñar a los indios niños y niñas la cristiandad y la letra de Dios; por eso en todo pueblo debe protegerse esta clase de Maestros, para que enseñe en la escuela la doctrina cristiana y haya policía y orden en todo el reino; aunque no quieran los Padres, Caciques ni los Corregidores.

Es preciso que en todo el reino, tanto en los pueblos chicos como grandes existan escuelas, donde puedan

aprender a leer, escribir, contar y sepan tocar el órgano todos los niños y niñas, porque así conviene para el servicio de Dios y de su Majestad, a fin de que haya orden, cristiandad; haciéndose obligatorio si es posible la enseñanza o estudio de los hijos de los principales.



Nueva junta de la comisión y las fuerzas parecen equilibrarse. El debate de la semana pasada nos ha alertado y suscitado temas de interés que hemos discutido esta tarde, con una profesora de tercero más expansiva —la tenía por tímida— y una de sus compañeras de grado como aliada. Pese a mis recelos, no me costó sumarme al grupo. Fue un alivio, dejé de sentirme como el personaje de un poema de Roque Dalton:¹³ «En el pasillo el anciano se prepara para la pelea / teme particularmente los jabs al hígado / y no va dar razón a la colmena ávida (...) / El pasillo le queda un tanto corto / porque al fin y al cabo el campeón es el campeón / pero no todos pueden tocar el arcoíris...».

—Los padres son los principales responsables...

—Y los primeros responsables. La sociedad tiende a culpar de todo a los maestros.

—La pita se rompe por el lado más débil. Los modales, el conocimiento, la lectura no son asuntos puramente escolares. A veces pienso que el colegio es como un taller de reparaciones...

13 Escritor y político salvadoreño. Días antes de cumplir cuarenta años, Dalton fue asesinado por sus compañeros del Ejército Revolucionario del Pueblo. El poema se titula «Solidaridad».



No he hecho más que terminar de leer *El lector* (2000), del profesor alemán Bernhard Schlink, y me entero de que empezarán a rodar una película inspirada en la novela. Empiezo a temblar. El libro apareció publicado hace más de una década en Alemania y su tema de fondo es el holocausto, deflagración que no cesa de lacerar el espíritu germano. Tiemblo porque es un testimonio de carácter íntimo y moral, difícil de llevar a la pantalla.

Compré el libro por dos razones: interés por las relaciones paterno-filiales, expresadas en las colisiones generacionales de la posguerra entre el protagonista Michael Berg y su padre; y la línea narrativa guiada por la lectura en voz alta que hace un adolescente Michael a Hanna, una mujer veinte años mayor subyugada por las historias. Casi todas de la literatura clásica. Aunque el título original de la novela es *Der Vorleser* —«el que lee en voz alta»—, debo indicar que son también las ceremonias sexuales las que intensifican el vínculo entre ambos personajes.

La trama nos conduce por el sendero tortuoso de la guerra y sus efectos devastadores, a través de una revisión histórica que hace el protagonista a lo largo de cuarenta años de su vida. No tiene la novela un desenlace feliz, es más bien perturbadora de principio a fin, pero en todo ese tiempo la lectura juega un papel esencial; representa la pasión del cuerpo y del espíritu que sirve como sustancia reveladora de una verdad oculta. Temo por las imágenes que pueda ofrecernos la versión cinematográfica; acaso más propensa a mostrarnos la crudeza de los campos de concentración que a indagar en el proceso interno de un Michael desmoralizado y, no obstante, con esperanza.



Emilio o De la educación (1762), de Jean Jacques Rousseau, es una novela de tesis sobre la condición humana y su vínculo con el mundo. Es considerada la primera obra filosófica de la educación occidental. Bajo la máxima: «El hombre es bueno, la sociedad lo corrompe», Rousseau narra la historia del joven Emilio y su preceptor para proponer, cerca de la generosidad y la cortesía, alejado de nociones de obediencia y castigo, un modelo ideal de formación ciudadana. La enseñanza subraya la importancia del ejemplo, mucho más que el poder de las palabras:

Dado que los libros nos son absolutamente necesarios existe uno que, para mi gusto, proporciona el tratado de educación natural más logrado. Este libro será el primero que ha de leer mi Emilio; solo formará durante mucho tiempo toda su biblioteca y tendrá siempre en ella un lugar distinguido. Será el texto al que todas nuestras conversaciones naturales no servirán sino de comentario. Servirá de prueba, durante nuestros progresos, al estado de nuestro juicio y, mientras nuestro gusto no se eche a perder, su lectura siempre nos agradará. ¿Cuál es ese maravilloso libro? ¿Es Aristóteles? ¿Es Plinio? ¿Es Buffon? No: es *Robinson Crusoe*.

Cambio de perspectiva. Tal vez *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (1605),¹⁴ de Miguel de Cervantes Saavedra, sea la novela que con mayor lucidez ha tratado el tema de la locura por leer. Es preciso el retrato que se hace del personaje más ilustrado y rematado de juicio de

¹⁴ Fecha de la primera parte. La segunda se publicó diez años más tarde con el título *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*.

la literatura universal, cuyo nombre poco importa, basta con sus menciones de Quijote, Quijada o Quesada:

Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años, era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro; gran madrugador y amigo de la caza (...) este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda (...) se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio, y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos, como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores...

Muchos pasajes de esta novela pueden llevar a algunos padres o maestros a considerar la lectura como riesgo de autismo o de conducta disfuncional. No habrá quien acuse al barbero y al cura, quienes echan los libros del Quijote a la hoguera, de incitadores a incendiar la biblioteca del colegio. Me he preguntado por los destinos de la lectura, qué mecanismo secreto opera en nosotros.



En la vitrina de la librería de Diagonal han colocado una ruma de libros de Ray Bradbury que acaban de llegar. Pego mi rostro al cristal: *El verano de la despedida* (2008). Un hermoso título. Hay autores que tienen buen gusto para los títulos: *Crónicas marcianas*, *Remedio para melancólicos*, *El árbol de las brujas*, *Memoria de crímenes*, *Las*

maquinarias de la alegría son algunos de sus volúmenes de cuentos y novelas. Me recuerda la certeza de Salgari para bautizar sus potentes relatos. Es tarde, debo esperar hasta mañana para hojear el nuevo libro del viejo escritor, quien pronto cumplirá noventa años y lleva un buen tiempo rumiando la amargura de comprobar la extinción de su vaticinio.

La celebridad de Bradbury ha dependido, en gran medida, de su novela *Fahrenheit 451* (1953), cuya amenaza futurista empieza a perder su efecto devastador. Declaró el autor en una entrevista: «Ya no es necesario quemar los libros para destruir la cultura, sino que basta con dirigir a la gente para que no los lea» y «eso es lo que está ocurriendo». Esta novela distópica —llevada al cine por Truffaut—, cuyo título hace referencia a la temperatura en que empieza a arder el papel, narra la historia de una sociedad totalitaria y dominada por la cultura audiovisual, en la que la palabra escrita está prohibida y solo sobrevive en la memoria de una comunidad clandestina.

Como en la ética, cualquiera puede vivir comportándose como un crápula y no preocuparse por ser cortés o solidario con los demás. Ni enterarse siquiera de lo que es conveniente para sí mismo. Creo que algo semejante ocurre con la lectura: podemos pasar por la vida cerrando los ojos a los libros, arrojando revistas al tacho, envolviendo pescados con los diarios. O lo que sería infame: incinerando bibliotecas y condenando a muerte a los lectores, que es la visión aterradora en *Fahrenheit 451*. Son los bomberos quienes incendian bibliotecas y condenan lectores, pues los libros constituyen un virus de infelicidad y angustia.



Los gobiernos dictatoriales han obrado en este sentido: pilas de libros de *La ciudad y los perros* (1963), de Vargas Llosa, fueron calcinados como desagravio en los patios del colegio aludido en la novela; los regímenes militares de Chile y Argentina desataron una quema de libros indiscriminada, que convirtió en pavesas cualquier indicio de crítica ideológica. He leído documentos del Ministerio de Educación y Cultura de Argentina que ordenaba incinerar libros infantiles. Todo despertaba sospecha, todo podía ser subversivo. Se tejieron crónicas urbanas que se quemaron libros de arte cubista por temor de que fueran loas al gobierno castrista.

Conozco casos de colegios que censuran libros y los mandan, real o figurativamente, a las llamas del infierno. Instituciones, en su mayoría de monjas, cuyas autoridades, más papistas que el papa, condenan libros para adolescentes que se exceden de fantasías góticas o escarceos eróticos. Nada de vampiros, nada de caricias. Proscritos, como fueron en el pasado, *Lazarillo de Tormes* o *Gargantúa y Pantagruel*, hoy clásicos de la literatura universal. Los buenos maestros entienden que un libro puede ser el mejor motivo para acercarnos a un tema, por espinoso que sea, para explorar y debatir con los estudiantes en el aula.



Así como hay mañanas luminosas «ed è subito sera» —Salvatore Quasimodo dixit—, también hay tardes grises que repentinas se encienden. Venía desganado de correr por el malecón de Barranco, cuando descendí por

el parque Melitón Porras y me encontré con el maestro Luis Jaime Cisneros. Paseaba acompañado de bastón y enfermera. Crucé unas palabras con él: me confesó que se reponía de una fractura a la cadera y que podíamos conversar brevemente. Era todavía un hombre altivo de ochenta y siete años.

—¿Usted fuma? —me preguntó.

Negué con la cabeza.

—Muchacho sensato —sonrió. Se ha sentado en una de las bancas del parque—. De joven fumaba veinticinco Chesterfield diarios y un día el otorrino me dijo: voy a ser bien claro: siga así y morirá de cáncer dentro de diez años. Regresé al día siguiente, abatido. Acostúmbrese, me dijo el doctor. También olvídense del café y del whisky. Beba leche fría y luego fúmesse un cigarrillo negro. El primer día vomité como un animal, el segundo día como dos animales. Santo remedio. Nunca más probé un cigarrillo.

—¿Como cuántos animales tenemos que vomitar para salvar la educación peruana?

Rio de buena gana y el bastón, sujeto con ambos puños, vibró sin alterar su eje.

—La escuela se equivoca al exigir demasiado al profesor —me respondió—. Es imprescindible cuando conduce a los alumnos a descubrir el saber y acompaña la experiencia con anécdotas de su propia vida académica.

—¿También la universidad recibe alumnos dependientes del profesor?

—Y del internet, que es el maestro supremo. Al alumno de hace quince años se le podía dar textos de Descartes o

Spinoza, ahora no. Por eso interesa poco ser maestro, dejó de ser una profesión favorecida por la mano de Dios.

—¿No cree que idealizamos el pasado?

—Mire usted. Yo leía habitualmente, no como una obligación escolar, a Unamuno, a Ortega y Gasset. Era culpa de mis maestros salir de secundaria preocupado por leer, porque mis maestros leían. Eran un ejemplo.

—¿Cuántos años lleva en la labor educativa?

—Sesenta, casi nada. Y creo que uno de los problemas centrales de la escuela es que al estudiante no se le enseña a dudar. Quien no duda no descubre la verdad. Un alumno sin capacidad crítica es una persona que no tiene la principal herramienta para realizar una investigación.

—¿Usted cree que es indispensable investigar?

—Todo profesor universitario necesita gente inteligente, estudiosa, lectora. No la tengo, qué pena. Ahora hojeas un periódico y junto a las ofertas de Saga están las de las universidades. Empiezan a engatusar a los chicos desde tercero, cuarto de media. Entonces los chicos andan medio perdidos, no saben si están terminando la secundaria o ya son cachimbos.

La enfermera ha regresado; nos dejó solos unos minutos y ahora muestra signos de intranquilidad. Luis Jaime Cisneros ha recordado sus estudios escolares y universitarios en Buenos Aires, donde siguió Medicina y Filología. Ha lamentado que hoy las universidades se alejen de los cursos interdisciplinarios, que supriman materias como si fueran pérdida de tiempo.

—Sobre todo de humanidades, ¿no cree?

—Cuando me plantean estas cosas yo hago esta reflexión: ¿Por qué Aristóteles era filósofo? Porque escribió libros sobre retórica, poética, botánica, política... se preocupaba de todas las cosas con las que el hombre estaba relacionado.

—¿Cree que en los colegios debe leerse a los clásicos?

—Los alumnos salen del colegio con cierto temor y es notorio que tiendan a evitar los problemas. Si hubieran leído a los griegos se habrían dado cuenta de que los problemas son para descubrir de qué son capaces, cuánto pueden dar.

Nos ponemos de pie y caminamos hacia la avenida La Paz. En la esquina, a manera de despedida, le solicito una entrevista para tratar la lectura escolar. Me mira con la cabeza inclinada. «Lo mejor que puede hacer es caminar en esa dirección», me señala con el bastón hacia Barranco, «y llegar a la casona de Constantino Carvallo. Nadie como él para hablar de la escuela».

Entrevista a Daniel Cassany

La palabra desafiante

2008, último día de julio. Ha venido invitado al X Congreso Latinoamericano de Lectura y Escritura y tan pronto supe de su presencia corrí a buscarlo por las amplias instalaciones de la Universidad Champagnat. Buen chasco me he llevado: a quien he leído con admiración desde hace unos años, al teórico más importante de la didáctica de la lengua, lo imaginaba un profesor mayor y distante. Es por el contrario un hombre joven, de cabello y barba al rape, anteojos de diseño y conversación chispeante. Lo noto ensimismado ante cada pregunta y enseguida despliega un discurso sapiente y renovador, impregnado de intereses marginales. La conferencia que dará en una hora: «Prácticas literarias vernáculas de adolescentes y jóvenes, del canon a la calle». Terminamos la entrevista y vuelvo al Aula Magna, solo con su USB en el bolsillo. Es la tercera ocasión que viene al Perú, siempre con una agenda recargada de charlas que lo llevará esta vez a Trujillo y Piura. A mi curiosidad sobre su secreto para mantener el buen talante —entre tantos compromisos de viajes y en-

cuentros pedagógicos—, me contesta que practicaba yoga y que ahora nada con frecuencia hasta quedar exhausto.

Muchos padres consideran que la lectura de sus hijos concluye con el primer aprendizaje y dan por acabada su responsabilidad, casi no se preocupan por el ejercicio posterior. ¿Es que tiene fin el aprendizaje de la lectura?

No y de algún modo la pregunta lo presupone. Mi punto de vista es que todos somos parcialmente analfabetos, no hay nadie que sepa leerlo todo. Leer no es solamente una actividad funcional o lingüística sino que varía de un momento a otro, de un lugar a otro. No tiene nada que ver leer un soneto o un artículo de biología o una sentencia judicial o una columna de periódico o un blog. Son actividades totalmente distintas, además la lectura es dinámica y nunca se agota porque ofrece un campo inmenso.

He recordado una declaración de George Steiner: «No hemos sabido darles a los jóvenes el error de la esperanza, la ilusión del sueño». Creo que esta idea traduce el derecho a la curiosidad, que es el motor de la lectura.

Así es. Vivimos en una comunidad letrada que está construida por textos escritos, entonces es posible también odiar la lectura y sin embargo tener que leer, y además continuar aprendiendo a enfrentar nuevas formas de lectura. Ahora, en muchos lugares, para comprar un billete de autobús necesitas leer una máquina que te ofrece varios boletos y debes elegir y escribir con botones, cuando antes tenías una persona con la que podías dialogar. También

interactuamos por escrito con los cajeros del banco, con las máquinas expendedoras de bebidas, con los servicios de información en el aeropuerto... pero sí, evidentemente, para la gente que le gusta leer, también es cierto que está constantemente aprendiendo, precisamente porque le gusta y le interesa aprender más. Por eso no se acaba nunca.

Los eslóganes utilizados en la promoción de la lectura aluden básicamente al placer. Se insiste tanto con esta idea que profesores y profesoras terminan por creer que solo debe buscarse el gozo de la lectura. ¿Dónde queda el esfuerzo y la constancia que exige leer?

Creo que la concepción que tenemos de la lectura está excesivamente vinculada a la literatura y, por lo tanto, al goce estético. Es cierto que la lectura genera estas emociones en muchas personas y es bueno que la escuela intente fomentarlas, pero no estoy tan seguro de que sea siempre una empresa factible, porque las personas podemos elegir lo que nos gusta y es lícito preferir otras formas de ocio. Además, la lectura sirve para muchas cosas. A medida que avanza la sociedad cada vez es más importante leer, pues todo funciona a partir de textos: leemos para buscar información periodística, farmacológica o comercial, para hacer gestiones administrativas, para aprender, para mantener el contacto con nuestros amigos que viven en el extranjero, para organizar un viaje... también utilizamos la escritura para elaborar intervenciones orales, para planificar entrevistas o acciones. A partir de aquí, leer es forzosamente un instrumento fundamental y el gozo es una variable importante, pero no la única. Es inaceptable, por ejemplo, que alguien diga: «Puesto que odio leer, no voy

a aprender», porque está descartando muchas más cosas que el goce estético.

Borges admitía consultar diccionarios de sinónimos, no para elegir palabras exquisitas sino las más sencillas. En su libro *La cocina de la escritura* usted recomienda el uso de palabras concretas y sencillas a contrapelo de un imaginario social que reclama un lenguaje rebuscado.

Yo diría que estamos hablando de valores que consideramos útiles e importantes en la escritura en la comunidad. Aquí y hoy el lenguaje escrito tiene que ser claro y asequible; debe poder escribirse cualquier cosa para que la entienda de manera fácil todo lector que esté interesado o afectado por lo dicho. Que se crea que un escrito ampuloso o barroco es mejor que uno sencillo y claro, es algo culturalmente construido, elaborado a lo largo de la historia de la comunidad; es muy probable una herencia de una organización social autoritaria, que no favorece la expresión de todos los ciudadanos y que se interesa más por ocultar que por mostrar. Por suerte, estamos en un momento de cambio y esos valores están evolucionando hacia concepciones más democráticas y transparentes. Yo creo que el Perú ha heredado muchas cosas de España —lamentablemente no siempre las mejores— y una puede ser esta idea de que un texto difícil y complejo es mejor que uno sencillo.

Ese mismo libro ofrece distintos modelos de escritor: espontáneo, programado, maniático corrector, distendido, gran lector, obsesivo... ¿cómo se calificaría usted?

Soy muy metódico como escritor, muy trabajador y doy mucho valor a la creatividad y al humor. Estas son líneas que hay que potenciar en un escritor. Quizá vengo de una tradición más seria y estoy evolucionando hacia una línea más humanística y sarcástica. Por otra parte, me siento mucho más científico que literato, aceptando que todos llevamos dentro algo de ambos. No me gusta mostrar mi ego ni hablar de mi vida privada; lo que me interesa son los hechos empíricos y los argumentos que fundamentan las opiniones.

En su libro *Reparar la escritura*, más que tachar y desaprobando las composiciones de los alumnos, usted sugiere el diálogo en el aula sobre el significado de cada texto. ¿Cuáles son los beneficios de dicho procedimiento?

En primer lugar: explicarle a alguien una cosa que está mal es muy complicado si tienes que hacerlo por escrito; escribir explicando los errores que tiene un texto, supondría hacer otro texto más extenso que el que estás corrigiendo. En segundo lugar: los errores son muy discutibles. Es fácil señalar la falta de una tilde o una palabra equivocada, pero es bastante complicado indicar un error de puntuación o una idea confusa, incoherente, inadecuada. Dialogar con los aprendices es una bonita idea para entender que reparar o mejorar un texto no es solo enmendar un error, sino que es cuestión de intercambiar voces respecto a cómo produce un significado el mismo texto a distintas personas. Es también abrir una puerta para constatar las limitaciones y las ambigüedades que tiene el lenguaje escrito.

Algo que me gustó muchísimo es su recomendación de no efectuar correcciones exhaustivas de los textos que terminen por desalentar al estudiante. La corrección debe entenderse como un proceso gradual...

Hay un cantante catalán muy interesante llamado Jaume Sisa, que decía que vivimos en el país de las faltas de ortografía. Y sigue siendo cierto. Tú realmente puedes decir una barbaridad absoluta o escribir un texto totalmente incoherente, un párrafo que no tiene ni pies ni cabeza y nadie se fija. ¡Pero cuidado con la ortografía! También está la idea psicológica conductista, que si dejas al alumno con una falta, el alumno ya no podrá enmendarla nunca más porque se va a acostumbrar a ella. Eso no tiene ningún sentido, creo que lo más sensato es corregir solo lo que el alumno pueda aprender. No hay razón de corregir un texto de un alumno como si fuera un original de editorial para publicar.

En su «Decálogo didáctico de la enseñanza de la composición» usted propone un trabajo de taller, con mucho diálogo y cooperación entre maestro y alumnos. ¿Cómo conseguirlo en aulas numerosas y con postulados pedagógicos que buscan resultados inmediatos?

Muy difícil. Los norteamericanos, que son muy amigos de las estadísticas y las cifras, consideran que una persona calificada para ser un buen profesor de redacción en un curso no debería tener más de quince alumnos. Solo de este modo vas a poder hablar con ellos y corregir los textos que estén haciendo. Si nosotros tenemos cuarenta alumnos en clase y una hora o dos, es muy complicado, pero hay algunas recomendaciones: dos alumnos pueden

escribir por pareja, no es perfecto pero escribir por parejas un solo texto es algo que se considera muy positivo, porque al tener que escribir con otra persona tienes que enunciar con el otro lo que quieres decir, entonces tienes que verbalizarlo, eso es positivo, eso también es escribir. Y luego aprendes también al ver cómo el otro lo hace.

¿Usted cree que es posible conocer a los alumnos y sus secretos a través de la escritura? ¿No cree que sea mejor plantear las tareas de composición como un trabajo personal, ilusoriamente fuera del curso y del registro de notas?

Buena pregunta, ¡no lo había pensado! Puedo decir cosas ambivalentes o paradójicas: por un lado yo creo que ser escritor inevitablemente requiere construir una identidad de escritor. Incluso tomando la palabra escritor como redactor, como redactor de informes o como periodista; incluso como periodista de notas de prensa sin firma personal. Tú tienes que construir de algún modo una identidad, tienes que visualizarte a ti mismo como el autor de esos textos y las personas que leen tienen también que saber que ahí hay alguien, independientemente de que lo sepan por ti. Entonces, hablar de cuestiones personales en la escritura —me refiero a cómo te sientes, si estás contento de ese texto, si te gusta— es aprender a decir: «lo he escrito, te lo he presentado, no tiene mala nota pero me parece espantoso» o decir: «he sufrido un horror o me lo he pasado bien», es tomar conciencia de estas cosas y eso me parece relevante.

Pero como profesor, desde una perspectiva más didáctica, más pedagógica...

Pues tampoco me imagino psicoanalizando a los estudiantes a partir de la escritura que han hecho y profundizando a partir de allí, cuando sabes que existe una tradición psicológica y terapéutica que utiliza la escritura como un instrumento. Porque la escritura es un instrumento sistémico que genera aprendizaje; solo tener a alguien que te haga preguntas ya te permite elaborar un pensamiento, decir cosas que nunca antes habías dicho, entonces estás aprendiendo. A partir de aquí es que podemos utilizar la escritura para explorar nuestra identidad, para explorar la identidad de nuestros lectores e incluso para (re)construir esas identidades; pues sí, la escritura es el espejo del alma. Pero te imaginas tener que profundizar en veinte almas... ¡me parece terrible!

(La versión completa de esta entrevista puede encontrarse en <<http://www.ulima.edu.pe/node/3482>>).

CAMILA SE EMOCIONÓ CUANDO RECIBIÓ EL LIBRO. Aunque no era para ella, sino para su maestra, se sentía importante de mi encargo: llevar al colegio un raro ejemplar, muy ilustrado y a todo color, con troqueles en la cubierta que hacen de ventanas y dentro de una cobertura que representa un vagón de pasajeros. El título ya dejó de ser desconocido: *El contador de cuentos*, del escritor británico Héctor Hugh Munro, quien firmaba con el seudónimo de Saki. Ahora muchos educadores han encontrado en este cuento el mejor aliado para dinamitar las historias virtuosas, atiborradas de moralejas, pero que aburren y espantan la lectura de los pequeños.

El empaque del libro me garantizaba que la maestra recibiría con agrado el presente y la nota que había incluido, redactada a mano y con mucha delicadeza, aunque no exenta de malicia, despertaría su curiosidad. Al día siguiente llegó Camila con la respuesta de su profesora —juzgué, por la caligrafía y el vocabulario, que era una persona mayor—; era claro que estaba más que agradecida, palabras como «gentileza» o «muy complacida» revelaban que no había advertido la subrepticia intención de mi nota. Me citaba dentro de dos días, afortunadamente al final de la tarde, de modo que bastaría con salir una hora antes —con autorización, desde luego— y llegaría a tiempo.

Conseguir el permiso no fue difícil, aunque reconozco la habilidad del director de Primaria para contrariarme; esta

vez me pidió que corrigiera un texto suyo, «por encima nomás», que había escrito sobre el Plan Lector del colegio. Al parecer quería publicarlo en un tríptico dirigido a los padres de familia. En fin, se lo llevé al día siguiente con algunas anotaciones y me firmó el permiso. Un día después llegué puntual a la cita con la profesora y me sorprendió su buena disposición. Debo haberla visto antes, durante la inauguración del año escolar. Aunque no recuerdo haber reparado en ella, tal vez por el protocolo de la ceremonia o el simple hecho de ver a los profesores uniformados, al lado del atril, alineados de pie como si fueran parte de una exposición de armaduras. Además esa noche estaba con un humor de perros.

—¿Por qué debo sentarme a tu lado?

—Somos los papás de Camila, ¿no?

—Acaso dejo de ser su padre si me siento allá.

—No te hagas... sabes cómo son en este colegio.

—Claro, las apariencias.



Conversé con la profesora A cerca de cincuenta minutos. Era muy joven y su primer gesto me desarmó: admitió haberse apresurado cuando reaccionó contra el libro de Erlbruch. Era evidente que buscaba ser amable: «Después de todo el autor no tiene la culpa de la muerte del pato. A todos nos llegará». Sonreí sin mirarla. Me confesó que después había investigado «un poquito» sobre el modo de tratar este asunto con los niños y que le habían parecido fascinantes los trabajos que había encontrado. «Sobre todo en psicología y educación», me dijo con entusiasmo.

Tomé nota de su interés, le mencioné que no conocía sobre el tema y que yo tampoco había sabido cómo hablar con Camila cuando me contó lo de su amiguita.

—Me quedé de una pieza —dije—. Además me hizo unas preguntas...

—Es que los niños hacen las preguntas más inesperadas.

—E indiscretas.

—Los mata la curiosidad. Quieren saberlo todo y van registrándolo sin que nos demos cuenta. Nosotros, por el contrario, vamos escondiendo las evidencias...

No dije nada, pero puse cara de extrañeza. Ella soltó el lápiz que tenía en la mano, lo alejó de sí unos centímetros, lo suficiente como para dejar de golpear la mesa de su escritorio, tal como lo había venido haciendo con el extremo del borrador, levemente, desde que empezamos la charla. Ese repetido movimiento había distraído mi atención sobre sus rasgos. Ahora levanté la mirada y reparé en sus vivaces ojos negros, su nariz recta que denotaba cierto carácter y su cabello oscuro recogido en la nuca. Usaba unos pequeños aretes de plata de tipo artesanal.

—Digamos que está muy enferma la mascota del niño —dijo como si dictara una clase— y el veterinario ha decidido sacrificar al animalito; los adultos preferimos escamotear la verdad y después, cuando llega el día, no sabemos cómo comunicarle a los chicos.

—Es verdad —afirmé. Había recordado de improviso un suceso—: Una vez una mamá me contó que echó el pececito de su hijo por el wáter. No se atrevió a decírselo, optó por cerrar la boca.

—Y también los ojos.

Cruzamos por un segundo nuestras miradas. Algo turbada, A recogió el lápiz y lo guardó en su bolso que colgaba del respaldo de la silla. Sacó un libro del interior y me lo mostró. «Mire...» me dijo y parecía muy orgullosa del objeto que tenía entre sus manos. Leí el curioso título en la cubierta azul cobalto: *¿Todos los caracoles se mueren siempre?*¹⁵ Le pregunté por su impresión. «Excelente», me contestó. Añadió que lo acababa de comprar y que había avanzado una buena parte.

—Es increíble la opinión de los especialistas —dijo. Abrió el libro y lo hojeó. Me preguntó—: ¿Puedo leer unas líneas?

—Con mucho gusto.

—«Creemos que si desde las aulas no se incluye el tema de la muerte como un contenido global y ordinario, no se estará enseñando a vivir completamente». ¿No le parece genial?

Asentí con la cabeza.

—¿Me permite? —pregunté e hice el gesto de recibir el libro.

—Por supuesto.

Con el libro actué como siempre, de manera instintiva: lo observé, palpé las tapas y las arqueé hacia uno y otro lado.

15 Lleva de subtítulo *Cómo tratar la muerte en educación infantil*. Madrid: Ediciones de la Torre, 2000. Firmado por los psicólogos Agustín de la Herrán, Isabel González, María Jesús Navarro, Soraya Bravo y Vanesa Freire.

Comprobé el cosido de la encuadernación. «Oh perdón», le dije cuando la noté sobresaltada. «Es una manía», añadí a manera de explicación. Después leí la contra, las solapas y me detuve en el índice.

—¡Qué interesante! —exclamé—. El último capítulo está referido a mitos y cuentos relacionados con la muerte.

Conversamos sobre algunos cuentos infantiles muy populares. Ella recordó «Blanca Nieves» y comentó algo extraordinario; aludió a las dos muertes de la hermosa protagonista: la que ordenó la reina (rabiosa de envidia) y que incumplió su fiel cazador, y el desvanecimiento en que sucumbió al comer la manzana envenenada. Hasta donde recuerdo, en aquel pasaje no se menciona la palabra muerte, aunque se insinúa el sueño eterno: de regreso de la mina, los enanos encuentran inmóvil a la muchacha y hacen lo posible por reavivarla; al final, uno de ellos acerca un espejo a esa boca descolorida y el aliento no empaña el cristal.

Un rato después me dijo que debía salir. Nos pusimos de pie y caminamos hacia la puerta del salón. Yo iba adelante. Advertí los pegotes de cartulina que había alrededor —personajes de cuentos en versiones del cine americano—, las mesitas limpias con unos portalápices repletos y la blanca pizarra de acrílico. Todo en orden e inmaculado, pero sin vida. Me volví. Le agradecí que me hubiera recibido, que estuviera tan atenta a los episodios de su clase... «pero nada hablamos del comportamiento de mi hija», pensé. Le pedí que me mantuviera al tanto de Camila... «aunque me iba sin haber escuchado una palabra sobre su rendimiento académico». Le recordé que cualquier in-

quietud me la hiciera saber... «pero para qué ha servido esta entrevista».

—Ha sido una buena conversación.

—Lo mismo digo, gracias.

Parado en el umbral de la puerta, observé el patio de recreo desierto:

—Siempre es así a esta hora —dije y le pregunté—: ¿No le parece un hangar?

Creo que no me entendió. Nos dimos la mano y, antes de soltarla, con el mejor tono, quise saber si había leído el libro que le envié. Se llevó la otra mano a la cabeza y dejó escapar su primera expresión traviesa:

—¡Qué cabezota la mía! Todavía no...



Era domingo y mi exmujer me recibió recién bañada, con la cara sin maquillaje y una blusa turquesa de algodón, bordada en el escote y las mangas. Era de estreno y se le veía muy atractiva, la hacía lucir más moderna. No lo sé, tal vez me delató algún gesto y ella me preguntó si me gustaba. Me sorprendí, no es el trato que tenemos hace tiempo. Balbuceé algo sin embargo, como que le quedaba bien o que le asentaba el color. Me dijo que era una camisola típica de Ecuador y yo pensé, casi con resignación, que también en la ropa que no reconocemos en la pareja se manifiesta la distancia y el tiempo que pasa.

—Camila está en el baño —me dijo—. La pobrecita está mal del estómago.

—¿Qué tiene?

—Hace dos o tres días que no va al baño normalmente. Esta mañana temprano le he dado leche de magnesio.

Recordé su sabor y sentí arcadas. Fue una sensación que tiene historia. Me acerqué al baño, la puerta estaba entreabierta y me detuve. Imité el timbre del teléfono un par de veces.

—Aló, papi—me contestó Camila desde adentro.

—Hola, muñeca, ¿cómo estás?

Era la manera como nos comunicábamos cuando uno de los dos estaba en el baño. Aunque un poquito decaída, no estaba de mal ánimo. Le dije que iríamos al Parque de la Exposición, que veríamos una función de títeres al mediodía, que almorzaríamos por ahí y que por la tarde podíamos ir al teatro o al cine. Lo que quisiera...

—¿Qué van a ver? —preguntó su madre.

Le mencioné la obra de teatro y la película.

—¡Ah me encanta Tim Burton! —exclamó—. Además hemos leído *Charlie y la fábrica de chocolates*.

Me pareció que estaba invitándose, pero no me di por aludido. Hablé unas cuantas cosas más con Camila, simulando nuestra conversación telefónica, hasta que sentí unos ruiditos característicos —sin duda eran los efectos del medicamento— y le dije que escuchaba interferencias en la línea, que debía colgar.

—Ya, chau, papiiii.

Hice clic y regresé a la sala. Tomé una sección del periódico que estaba desperdigada en el sofá y me senté a leer.

Mi exmujer me ofreció un café pasado. Era muy extraño su comportamiento, pero por qué no iba a aceptarle. Después de todo no éramos enemigos ni habíamos dejado de hablarnos. Es más, era indispensable hablar. Aunque últimamente, y al parecer no podíamos evitarlo, intercambiar más de tres frases nos precipitaba a una discusión inútil y no sabía si ahora estábamos por despenarnos.

—Gracias. Sin azúcar, por favor.

Debía aclarárselo porque era una de las pocas costumbres que había cambiado. Unos segundos después tenía una linda taza de diseño en la mano. Un café humeante, aromático como los de antes. Ella se sentó frente a mí, también tenía una taza hirviente en la mano. «Vaya, pensé, tomaremos juntos un café como en los buenos tiempos».

—¿Qué has pensado para el viernes?

—¿El viernes? Mmm... supongo que venir como todos los días.

—Pero no es como todos los días —me dijo con buen tono, no libre de reproche—. Es cumpleaños de Camila.

—¡Verdad! ¡Qué cabezota!

Temí de pronto que fuera a descubrirme, pero qué tontería: acaso ella estuvo presente la tarde que escuché la misma expresión en el salón de Camila. Me fastidió, sin embargo, haberla utilizado. Tuvimos un breve diálogo, casi sin respuestas de mi parte. Me notificó que había decidido comprar un regalo grande —debíamos compartir el gasto—, que llevaría una torta a la escuela por la mañana y que por la tarde vendrían unas amiguitas a casa... que si quería podría quedarme un rato.

—Y el domingo supongo que estará conmigo.

—No, lo siento. Nos vamos a Chacabayo.

—Pero...

La vocecita de Camila, medio llorosa, cruzó el aire y su madre voló a verla. Apuré el café, ahora frío y más amargo, cerré el diario y me dispuse a aprovechar cada minuto de ese domingo con mi hija.



Hoy Camila me entregó un sobre de la profesora que contenía una entrevista a Daniel Pennac. Ella había anotado, a lápiz, un pequeño mensaje: «Estas opiniones me han recordado a usted. Saludos, A.» No conocía esta entrevista, que es muy reciente y a propósito de su nuevo libro titulado *Mal de escuela* (2007).¹⁶ Me enfrasqué de inmediato en la lectura, quería conocer las declaraciones de Pennac y, sobre todo, descubrir en qué podría haber coincidido. Era un doble honor que me hacía: tener alguna concordancia a priori con un escritor que apreciaba y además ocupar un espacio en la memoria de la profesora, a quien acababa de conocer.

En una primera lectura no conseguí descubrir qué respuestas de Pennac podrían vincularse a mis opiniones de aquella tarde en el salón de mi hija. Una segunda lectura y ningún rastro. ¿No estaría presumiendo? ¿Era capaz de

16 Pennac ha sido profesor veinticinco años, los suficientes para conocer a fondo el engranaje humano del colegio. El libro habla del alumno inútil —como confiesa el autor haber sido— y de los padecimientos que significa la etapa escolar. ¿Puede y debe el buen maestro evitar este calvario?

decir algo tan sugestivo como Pennac? Tal vez ella solo había querido establecer un nuevo contacto conmigo por el interés que tengo en la lectura y no se le ocurrió mejor idea que enmascarar el envío de las copias con esa línea que empezaba a intrigarme. Porque, la verdad, tampoco recordaba haber expresado mis puntos de vista sobre la lectura. En realidad solo la recordaba a ella con el cabello recogido, sus pendientes artesanales y golpeando con el borrador del lápiz la superficie del escritorio, mientras me hablaba entusiasmada y, ahora que me esforzaba, hasta podía escucharla...

—Papi, ¿qué te parece mi dibujo?

Camila me sacó bruscamente del ensueño. Me estaba mostrando una ilustración pintada a todo color, donde dos niñas parecían flotar sobre el prado: la hierba alta era atravesada por un riachuelo y en el cielo sobrevolaban unas nubes coposas. Las niñas miraban al observador con una sonrisa casi imperceptible y detrás de ellas un animal cuadrúpedo y con cola cruzaba indiferente el paisaje.

—Está lindo, hijita —dije—. Déjame adivinar: una eres tú y la otra es Emi.

—¡No! Esta soy yo y esta es mi mamá.

—Ahora que las miro bien... las has retratado igualitas. ¿Y el perro... o es un caballo?

—¡No, papi! ¡Es un burro! ¡Eres tú!

—¿Yo soy un burro?

—Es lo que le dices a mi mami cuando discutes con ella.

—Camila cambió de tono de voz, tratando de imitarme—: «Claro, yo no sé nada, soy un burro».

Volví a mi departamento muy fastidiado. Esa noche le escribí a la profesora un mensaje al correo del colegio. Solo dos líneas: una de gratitud y otra de sorpresa. Dejaba insinuado que me esclareciera en qué momento de la entrevista encontraba alguna afinidad entre el maestro escritor y el profesor primario. A la mañana siguiente me descubrí alterando mi rutina: abrí el correo a primera hora, antes de meterme a la ducha. Jamás lo hacía, me lo había impuesto para no caer en la ciberdependencia. Ningún mensaje. Salí de bañarme y volví a mirar la pantalla; lo mismo. Lo repetí varias veces, hasta un segundo antes de salir. Al medio día, durante el refrigerio, abrí en la biblioteca el correo... Inbox (11), pero ninguno de ella. Estuve en todas mis clases con la cabeza volada...

Por la tarde me comporté como un miserable: aprovechándome de la inocencia de Camila le hice varias preguntas interesadas. No me explico por qué tiendo a obstinarme con una mujer que apenas conozco. Basta que encuentre una minucia de mi agrado —un timbre de voz, una referencia común, un leve estrabismo— y mi suerte está echada. No soy de sentirme hechizado por una mujer a la distancia: me gustan los encuadres cerrados, el plano detalle. Además soy bastante necio, por más de que trate de convencerme de que tiene novio, de que es demasiado joven —le calculo veintisiete, veintiocho años— o de que sería un disparate intentar algo, cuando es la profesora de mi hija.

Igual esperé y dos días después llegó su mensaje. Muy escueto, no aclaraba mi intriga; más bien la amplificaba, pues al pie de su nombre aparecía el número de su celular y su correo personal. Me pregunto si haría bien en escribirle.

Lección cuarta



LA BIBLIOTECA ES UN LUGAR DE ENCUENTRO. Dentro de mí hay una cámara de cine que opera continuamente. Durante la hora de refrigerio de hoy, crucé la sala de lectura y mi mirada efectuó su acostumbrado desplazamiento: registraba el barullo habitual de chicos y chicas que circulan para gestionar un libro —ningún respeto al orden de llegada, igual a los adultos—; cuando apuré en suspender el *traveling* de mi visión interior. Lo hago siempre ante algún estudiante retraído en su lectura o un despistado, pero esta vez era la presencia de una desconocida. Una señora grande y atractiva, que se movía con majestad entre los estantes. Su rostro, sin embargo, parecía asomarse en algún lejano lugar de mi memoria. Con un gesto a la bibliotecaria, indagué por la visitante.

—Es la nueva profesora de literatura.

—¿Y el profesor V?

La bibliotecaria me hizo una señal de partida con la mano. Comprendí. Me senté a observar a la nueva profesora: enfoqué y apliqué un acercamiento detrás de *Diario educar* de Constantino Carvallo. Ella sacó un volumen, lo hojeó y colocó en una de las rumas que había formado en la mesa cercana. Sin distraer mi campo visual, releí los párrafos subrayados de mi libro y elaboré mentalmente las preguntas que haré al autor. R, su secretaria, me llamó y tengo cita en dos semanas. Estoy ilusionado. De súbito, tomé conciencia del momento en que conocí a la profe-

sora: fue en una función de cine en el Centro Cultural de España. Ella acompañaba a un grupo de alumnos de tercero de secundaria a ver una antigua adaptación cinematográfica del *Lazarillo de Tormes* (1959).

Ensayé una cortesía. Me presenté, le di la bienvenida y entablé conversación. Se llama G, se hará cargo del curso de Literatura y del Plan Lector en secundaria. No pude controlar mi curiosidad.

—¿Es un regalo de la memoria creer que antes los chicos leían más?

—Leían más y mejor —me respondió sin rodeos—. Sus niveles de atención y los lapsos de tiempo que permanecían concentrados en una lectura eran más extensos.

—¿No era solo un mayor respeto a la palabra y al conocimiento?

—Pues son fundamentales en el proceso de aprendizaje. Y ambos se han devaluado. Mire el uso verbal que hacen los medios de comunicación. Eso es nuestra cultura, que se ha masificado hacia abajo.

Se enfrascó en explicarme las raíces: la relativización y la proletarización. La primera como signo de adelgazamiento y banalización de la educación; y la segunda como falsa democratización de la cultura. Le pregunté por el lugar del maestro en este precario andamiaje.

—Mis abuelos fueron lectores, mis padres fueron lectores. En mi colegio había una hermosa biblioteca donde me enseñaron a leer en silencio. Mis profesoras me transmitieron una pasión por la lectura: conocían al derecho y al revés cada libro que leíamos, poseían datos sobre el autor

y su época, vinculaban la literatura con la historia. Ellos fueron mis maestros...

Asentí con la cabeza. Sonreí porque la recordé en su papel de maestra. Ella me miró extrañada. Empecé a contarle cuando la vi por primera vez: había ingresado a la sala de cine con sesenta o setenta chicos en perfecto orden; la acompañaban dos o tres profesores más, pero ella tenía la voz de mando. Empezó la película y un rumor de desazón adolescente desaprobó la versión en blanco y negro, la sobriedad de las imágenes y la pronunciación castiza. Ella no se amilanó: se puso de pie y exigió silencio. Unos minutos después, sin moverse de la butaca, empezó a hacer acotaciones a voz en cuello: «Recuerden que se trata de una novela de aprendizaje...», «¿Se dan cuenta de que es una carta dirigida a alguien de rango social superior...?», «Reparen en esa parodia a las narraciones caballerescas...», «¿No les parece súper crítico de la moral de la Iglesia...?». Y muchas apostillas más, sin reparo ni pudor; entregada a la enajenación propia del oficio.



Un café con la nueva profesora de literatura. Después del encuentro anterior, me he propuesto ser moderado con ella. Empecé por disculparme y le entregué mi único libro publicado: un poemario que obtuvo el premio Copé y punto. Ofreció comentármelo en unos días. Me contó que los chicos la habían recibido bien y que estaba abocada a revisar los últimos catálogos de una editorial extranjera. Los señaló, estaban sobre la mesa y me dijo con fastidio: «Frente a la inoperancia del Estado, esta empresa advirtió un hueco en el mercado y ahora tiene prácticamente el

monopolio de libros infantiles y juveniles». Le pregunté si confiaba en el Plan Lector propuesto por el Ministerio de Educación.

—Durante veinticinco años tuve cargos administrativos en dos colegios y parte de mis obligaciones era decodificar y explicar documentos oficiales a mis compañeros de trabajo. ¡Con lo que me molestaba el lenguaje de los autores! Debería haber un premio por la habilidad que tienen para desconocer la realidad del medio y la falsedad de todas las metas que proponen. Para mí, los únicos profesionales capaces de diseñar proyectos de lectura eficaces son los egresados de una buena Facultad de Lengua y Literatura.

—¿Y cómo capacitar a los docentes?

—Los creadores literarios y los intelectuales de cierto nivel no lo tendrían fácil con una audiencia masiva de maestros. La capacitación en pequeños grupos sería lo indicado, y confiar en el efecto multiplicador; es caro y el Estado tiene otras prioridades: inaugurar locales inconsistentes y regalar laptops baratas.

—Creo, además, que todas las escuelas deberían tener una biblioteca por ley —agregué entusiasmado—. Y también una ley que otorgue descuentos a los profesores en todas las librerías; eso no va a traer abajo ningún negocio, al contrario, incorporaría un sector importante a su consumo natural. Es insólito que los agentes del saber vivan de espaldas a los libros.

—Es que somos un país donde el herrero come con cuchara de palo.



Me entretengo hojeando libros de arte en la biblioteca, atento a alguna imagen pintoresca. Llama mi atención un grabado del libro *De fide concubinarum* (1501), de Paul Olearius, que tiene un asno como maestro, con gafas y varas de castigo. Esta sátira contra la escolástica evoca *El asno en la escuela*, de Pieter Brueghel. El grabado fue impreso en 1557, cincuenta y nueve años antes de que Guamán Poma terminara la redacción de su manuscrito en algún pueblo andino de nuestro país. *La Nueva Crónica y Buen Gobierno* fue una obra dedicada a Felipe II, rey de España, y jamás llegó a su destino; se quedó, por caprichos de la historia, en las cortes de Dinamarca. No hay otra explicación para que apareciera, trescientos años después, en la Biblioteca Real de Copenhague.

El dibujo de Brueghel es extraordinario¹⁷: en un aula que hoy se denomina multigrado, cincuenta personas de edades y condiciones variadas rodean a un alto profesor que, como en el dibujo de Guamán Poma, viste con elegancia y lleva una palmeta en la mano derecha. Tiene a un chico con el fondillo al aire sobre sus piernas y está a punto de propinarle una tunda. También la letra con sangre entra en esta escuela, pues ninguno de sus compañeros se inmuta. Todos leen o simulan leer hojas, cuadernillos y libracos que sostienen con negligencia. Parecen representar

17 Aunque menos que el prodigioso *Juego de niños*, donde una gavilla de chicos chivatea en una comarca de los Países Bajos. Los estudiosos han registrado un centenar de juegos populares. Es una turumba gozosa de zancos y muñecas, canicas y cometas, piñatas y caballitos de palo. Quisiera proyectar el cuadro en clase: descubrir los juegos, distribuirlos entre mis alumnos y pedirles que investiguen. Hasta podríamos resucitar algunos juegos.

el letargo de la última hora de clases. Algunos comentan la lectura con su compañero de al lado, otros miran al vacío y repiten la lección como autómatas, y unos pocos —¿los chicos problema?— están embutidos en enormes cestos o sombreros ridículos. Solo uno escapa del aburrimiento y busca la complicidad del lector, pues nos hace directamente una mueca...



Medida general: leer quince minutos diarios en el aula. Según la norma, cada uno lo que quiera y como quiera. Los primeros días descubro el desfile de ilustres adefesios por sus carpetas... los más socorridos: Rhonda Byrne y Paulo Coelho. Pregunto si han pedido recomendación en casa. Ninguno, simplemente han echado mano a los ejemplares de la biblioteca familiar. Propongo leer un cuento diario durante una semana; si vamos bien, continuamos.

Dos semanas después tenemos leídos diez cuentos peruanos. Formo grupos y distribuyo el trabajo: ilustrar la carátula de cada texto y escribir una reseña de su autor. Me piden también retratarlo. ¡Qué miedo! Unos días más tarde tengo a unos irreconocibles Izquierdo Ríos, Diez Canseco, Arguedas, Vargas Vicuña, Ribeyro, Gálvez Ronceros... y unas lindas escenas como portada. Formateo el libro en la computadora, escribo unas líneas de presentación, buscamos un título y estamos orgullosos de nuestra propia antología.¹⁸

18 *Cuentos por gusto. La mejor selección peruana*. Lima: Ediciones del Perro Calato, 2008.



Hay veces que la desidia me lleva a probar nuevas llaves pedagógicas. Estaba sentado en la biblioteca, con pocas ganas de volver al salón. Me había desvelado la noche anterior —culpa de Renato Cisneros y su *Busco novia* (2008)— y tenía la certidumbre de que me esperaba una jornada larga. Evité pensar en las tareas escolares de Camila, la cita con mi próxima entrevistada y la preparación de un informe de lectura para la dirección, porque debía encontrar la fórmula de hacer trabajar a mis alumnos y esquivar las dos últimas horas de clase de ese viernes. Abrí mi libreta de notas: «Un montón de libros en cualquier mesa del colegio se ha vuelto, a la vista de los chicos, tan ordinario como un pomo de sal en la cocina».

Observé a mi alrededor. Era verdad: libros de todas dimensiones, antiguos y modernos, cubiertos de texturas distintas, escritos con la furia y el amor de la especie humana; casi todos perdidos en la montaña de la indiferencia. Recordé una máxima del surrealismo: «Tan hermoso como el encuentro casual de un paraguas y una máquina de coser sobre una mesa de quirófano».¹⁹

—Miren, chicos, iremos a la biblioteca —anuncié tan pronto entré al salón—. Ahí vamos a jugar a las escondidas: tienen dos horas para encontrar el libro más rarífico...

—¿Cómo más rarífico?

19 Frase de Isidore Ducasse, Conde de Lautréamont; poeta visionario y apóstol de la vanguardia.

—El más insólito, el más violento, el más horrible, el más secreto... el libro que no debería estar en una biblioteca escolar.

—¿Existe ese libro?

—Acabo de verlo. No sé qué mano inescrupulosa lo ha filtrado en los estantes.

—¿Lo sabe el director?

—Todavía no. Quiero que ustedes lo descubran y se lo comuniquen...

Organicé pequeños grupos. La única condición era actuar con orden y silencio; nada de despertar sospechas. Ellos estaban muy intrigados y yo actuaba como cabecilla de una conspiración. Lo sentí un gesto emancipador. Fue agradable verlos durante dos horas hurgando en todos los rincones, presa de una nueva bribonada de su tutor, mientras él hojeaba los libros recién adquiridos por la biblioteca: *El curioso incidente del perro a medianoche* (2004), del inglés Mark Haddon; *El niño con el pijama de rayas* (2006), del irlandés John Boyne; *Amphigorey*, antología del ilustrador norteamericano Edward Gorey. ¡Vaya compras!

—¿Quién recomendó estos mamarrachos? —pregunté a la bibliotecaria.

—La profesora G.

Quise salir disparado para buscarla en su salón y darle un beso. Tomé conciencia de que cualquiera de esos libros reunía las características del objeto de búsqueda de mis alumnos. Cuando llegó la hora de salida, cada grupo tenía uno o dos libros elegidos y lo compartían entre ellos.

—¡No lo enseñen! —advertí alarmado—. ¡A nadie, por favor! Se los llevan a su casa y el lunes me explican por qué lo han escogido. Cada grupo debe preparar una exposición convincente.

—¿Y el premio?

—Ya verán...



A menudo me sorprende disertando más de la cuenta. Ocurrió esta mañana; estaba exaltado y no era para menos: exponía sobre la sublevación de Túpac Amaru II, su captura por traición, el martirio de su mujer Micaela Bastidas, el afán de descuartizarlo vivo y de pronto advertí que algunos de mis alumnos estaban muy lejos de la Plaza de Armas del Cuzco. Es cuando me imagino en una de sus pantallitas y ellos pulseando el menú para desaparecer mi imagen. Cuántos estudios habrá sobre el poder actual de los pulgares; como antes, que para nuestros antepasados erguirse fue el primer paso y luego la función de la mano el paso decisivo en la transformación del hombre.

Si bien la mano de ciertos simios ha servido para alimentarlos, construir refugios y defenderse de sus enemigos, nunca logró nada que se acerque a nuestra perfección; ni siquiera una herramienta tan simple y valiosa como la rueda. Friedrich Engels sostuvo que «primero el trabajo y luego la palabra articulada fueron los dos estímulos principales bajo cuya influencia el cerebro del mono se fue transformando gradualmente en cerebro humano». Ahora el proceso se ha acelerado: en pocos años hemos llegado a los ordenadores personales y los celulares inteligentes,

para convertir la especie humana en un género de clientes consumistas. El comercio ha ganado la batalla a la educación. La prueba: mis alumnos, que cada día quieren verse complacidos en sus deseos más inmediatos.



De los libros raríficos escogidos en la biblioteca, salvo dos, los demás estuvieron vinculados a la religión: *Bestiario de Cristo* (1996), de Louis Charbonneau Lassay; un viejo *Diccionario infernal* (1963), sin autor; *El clérigo maligno y otros cuentos* (1997), de H. P. Lovecraft; *La cruz del diablo y otras leyendas* (2007), de Gustavo Adolfo Bécquer; *La muerte del papa* (2006), de Luis Miguel Rocha; y las novelas para niños *Brujas* (1999), de Roald Dahl, y *El pequeño vampiro* (2000), de Ángela Sommer-Bodenburg. Escuché con atención las sustentaciones... recordé algunas respuestas de profesores y profesoras consignadas en mi tesis:

«El Plan Lector debe aplicarse a la realidad del país. Un niño campesino que vive en Puno, donde el frío es muy fuerte, no debería leer un cuento de la costa. Pero eso sí, todos los libros deberían ser católicos». / «Se trata de mandar libros a las chicas de acuerdo a su edad y, por supuesto, acorde a nuestra enseñanza. Ningún libro debe atentar contra el Opus Dei o la Iglesia, porque hacen mal al alma». / «Evitamos temas relacionados con la religión. Hay libros que toman una posición contraria a nuestras creencias y pueden generar dudas en las alumnas. También evitamos temas de divorcio, homosexualidad o abortos porque no son agradables para una mente sana». /

«Como docente debo leer libros de muchos autores, pero no leo autores que puedan herir mi integridad. Vargas Llosa o Saramago, por ejemplo». / «Claro que hay lecturas que afectan la vida de las alumnas, porque generan dudas y ellas no entienden mucho de la fe. Las adolescentes son tan rebeldes y creen en cualquier tontería».

Al final de las exposiciones reclamaron mi veredicto. Lo demoré, me hice el gracioso, provoqué la conversación: quería saber si eran sus opiniones o solo buscaban mi aprobación. Me quedó claro que lo que querían era el premio, que optaron por lo políticamente correcto; poco me importó, habían leído buena parte de los libros...

—Ha ganado *Brujas* y el premio es general. Un ejemplar para cada uno.

—¡Yeeeeeeeeeeeeee!

—¿Y lo comunicamos a la Dirección? —preguntó alguien.

—Ni locos.

—¡Yeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee!



Otra maniobra para la lectura escolar:

—¿Han destripado alguna vez un sapo?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

—¿Y les ha gustado?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

—Entonces vamos a destripar un cuento.



Tengo la sensación de que escribo inútiles conjeturas; vanidosas suposiciones de un idealismo *demodé*. A quién importa esta limpieza del espíritu, con qué finalidad me esmero en borrar líneas sobre educación y lectura. Esta mañana, por ejemplo, he visitado la biblioteca de una Gran Unidad Escolar y me ha dejado abatido, boqueando sobre el entarimado. ¡Qué desperdicio de espacio, qué abundancia de desechos! Era un vetusto salón, la Torre de Babel, con un vertedero de libros y periódicos que se descomponían.

—Acá tenemos de todo —me dice orgulloso el maestro que me sirve de cicerone—. ¡Debe haber cada joya!

Observo esos enormes andenes de papel. “Alimento para polillas y termitas”, me digo. Ninguna metáfora para identificar lectores escolares. Aunque sí otros lectores... recuerdo que existe una especie de carcoma bibliófago —*Nicobium castaneu*, según los entendidos—, que destruye bibliotecas enteras sin distinción de antigüedad o excelencia. Es un torpe vicio por tragar libros de cualquier procedencia, incunables u ordinarios, geniales o bastardos; atracarse de aquellas obras que cuanto más se lee, menos transforma. ¿Queremos esos lectores? La biblioteca no es una inmensa naturaleza muerta ni el lector un rostro anacrónico y artificioso.²⁰ Nadie ha dado, a mi juicio, una mejor definición del libro vinculado a nuestra humanidad que Jorge Luis Borges: «El microscopio, el telescopio, son

20 Véanse los retratos de Giuseppe Arcimboldo, en especial *El bibliotecario* (1566).

extensiones de la vista; el teléfono es extensión de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones del brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es extensión de la memoria y de la imaginación».



Apartarse del ruido de la escuela y descubrir el silencio. No comprendo la necesidad, o mejor dicho la necedad, de trabajar como un galeote para las actuaciones del Día del Maestro. Mal formados y peor pagados, social y políticamente desacreditados, son una masa de energía perdida. ¿Qué buscan celebrar? Dos semanas antes, en la comisión, propuse que ese día los alumnos de los últimos grados de primaria visitaran las aulas de los más pequeños, durante un par de horas, a fin de leerles cuentos y comentarlos con ellos. Argumenté: se pondrían en nuestros zapatos, nos aliviarían un rato de labor y probaríamos la capacidad de los mayores para promover la lectura. Me quedé solo, una vez más, como un impostor.²¹ Abrigo una esperanza secreta y de mayor envergadura: conformar en el futuro una suerte de brigadas con alumnos y profesores para elaborar el Plan Lector de cada grado y aplicarlo con el brío que da la sangre nueva.



De visita en Cochas Grande, la tierra de los mates burilados. He venido después de años a Huancayo —donde se

²¹ Eso creí. Más adelante supe que mis colegas hicieron encuestas anónimas a sus alumnos sobre los libros que habían leído en el Plan

lleva a cabo una feria del libro— y he tenido ocasión de conversar con un grupo entusiasta de maestras, que me ha devuelto una piel intacta de ilusión por la enseñanza. Una de ellas se ofreció, al final de la jornada de ayer, traerme a la casa de Irma Poma, también maestra de niños y artesana de la comunidad. Ella vive ahora consagrada a su chacra, es una mujer entusiasta que nos habla de su proyecto con plantas medicinales de la región. Se trata, así lo define, de una nueva contribución educativa. Mientras Irma nos muestra sus hermosas calabazas,²² observo a las dos maestras, tan amorosas e inagotables.

El encuentro se prolonga amablemente. Nos invita a chachar y a probar una infusión de sus hierbas; termino por comprarle a buen precio un mate con escenas de juegos infantiles. De regreso en el bus siento una especie de revelación: ¿Por qué este desconsuelo mío ante la educación peruana? ¿No hay acaso en las escuelas del país muchas personas como Irma o esta maestra que va a mi lado o las treinta reunidas ayer en torno de la lectura? Me pregunto si no será mi sentimiento el resultado de una superposición de desilusiones y pesadumbres, tantas que distorsionan la naturaleza de mi herida.

Y en Lima, recién llegado, veo un par de películas magníficas que me destrozan el alma, realizadas por dos directoras de sudoeste asiático. *La pizarra* (2000), de Samira

Lector. Incluyeron, además, preguntas acerca de los libros que sugerían para el próximo año.

22 Entre ellas la ganadora del concurso organizado por el Museo de la Nación (2005), a propósito del cuarto centenario de la edición de *El Quijote*. El mate resume la obra de Cervantes en treinta y ocho cuadros.

Makhmalbaf, quien con diecinueve años ha testimoniado el calvario de unos profesores que atraviesan las montañas kurdas, en la frontera entre Irán e Iraq, con sus pizarras a la espalda, en procura de alumnos a los que enseñar. La historia se focaliza en uno de ellos, quien se introduce en una gavilla de niños contrabandistas, donde consigue un efímero estudiante que volará en pedazos.

El segundo filme, *Buda explotó por vergüenza* (2007), es dirigido por su hermana menor Hana Machmalbaf, quien narra otra odisea: la de una niña por aprender a leer el abecedario. Para conseguirlo, la pequeña hace lo imposible por comprarse un cuaderno y asistir a la escuela. En el camino, sin embargo, sufre una espiral de violencia que alegoriza las colosales estatuas talladas en los acantilados del valle Bāmiyān, que representaban a Buda y que fueron destruidas por el gobierno talibán hace unos años. Aquí sí se prodiga, me digo, lo peor de nosotros.



Comencé en la docencia cuando era estudiante universitario; en diciembre cumpliré quince años como profesor. No sé cuándo empezaré a sufrir la pérdida de entusiasmo que advierto en muchos de mis colegas. Durante estos últimos años he visitado muchos colegios y he estado frente a cientos de profesores. No ha sido difícil constatar la frágil ilusión de los maestros, una suerte de frenesí que irradia el Plan Lector. Pero pronto caen en el desconcierto y la impotencia. Saben que carecen de formación literaria, que los buenos libros son caros, que no disponen de bibliotecas ni de tiempo para leer. Entonces se refugian en la oscura tradición de maldecir la mala estrella del

magisterio o lamentar lo poco que leen actualmente los estudiantes.

¿No habrá un error de origen? Creo que hace varias décadas, cuando nuestros maestros eran estudiantes, tampoco sus compañeros eran grandes lectores. Salvo dos o tres, en mi promoción de colegio nadie leía. Tal vez mis colegas fueron excelentes lectores, raras avis con respecto a sus compañeros de entonces. No teníamos Plan Lector ni mediciones de comprensión lectora, ni bibliotecas de aula ni industria editorial de libros infantiles y juveniles que nos amparen. De dónde la peregrina afirmación de que antes se leía más. El libro y la lectura, en nuestro país, ha sido siempre un objeto y una práctica de minorías. Ahora que empuñamos la bandera del Plan Lector como una actividad plural y urgente, es cuando se hacen evidentes las enormes grietas de nuestra democracia.

Entrevista a Claudia Vásquez

Deleite de nadar entre libros

Una joven de *jeans* y talante deportivo, estudiosa y de mirada vivaz es Claudia Vásquez, licenciada en bibliotecología por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Es además egresada de la Maestría en Literatura Infantil y Juvenil de la Universidad Católica Sedes Sapientiae. Ha trabajado como auxiliar en la Biblioteca Central de la Universidad de San Marcos y en la Biblioteca de la Facultad de Educación de la misma universidad. Más tarde —ya como bibliotecóloga—, en la Sala de Investigadores y en la Sala de Lectura infantil Francisco Izquierdo Ríos de la Biblioteca Nacional del Perú, en la Biblioteca Municipal de San Isidro y en la Biblioteca Municipal Ricardo Palma de Miraflores. Escogió su profesión porque representa para ella una suma de «muchos mundos enlazados en uno solo: el mundo de los libros». Le ha permitido desarrollar, además, su vocación por la docencia: orientar a personas de toda edad y en especial a los niños.

¿Cómo te interesaste en estudiar una profesión poco común y sin mayor prestigio social?

Mis padres son profesores y yo siempre quise ser docente de primaria. Cuando era pequeña acompañaba a mi mamá a alfabetizar en la nocturna a las personas que venían de sus chacras. Me conmovió ver que personas ancianas tenían muchas ganas de aprender. Yo observaba

todo, me creía muy lista y pensaba que ser profesora era muy fácil.

¿Tu madre estaba de acuerdo con tu opinión y sobre todo con tu decisión?

No recibió la noticia como esperaba. Tuvimos una pelea de las buenas y hasta derramó unas lágrimas. Me dijo lo sacrificado que era ser maestra y de los bajos sueldos. Era verdad, pero fui terca hasta que ella me sugirió estudiar bibliotecología. «Bueno», le dije, «pero de allí brinco a Educación». El resultado no pudo ser mejor.

¿Cuál es básicamente la función de un profesional de biblioteca?

Dentro de una biblioteca tenemos áreas de trabajo que son, más o menos, Jefatura y Procesos Técnicos. La primera se ocupa de la administración y gestión, y la segunda es más intelectual: cataloga, clasifica, indiza y analiza la información de diversos documentos; sean libros, revistas, artículos, discos compactos, videos, folletos, afiches, fotos, mapas... y está también el área de Circulación, que es la atención al usuario lector.

¿De qué modo puede un bibliotecario ampliar sus conocimientos?

Depende de los intereses. Algunos se orientan al manejo de bases de datos o tecnología de digitalización o preservación y restauración de libros. Otros se perfilan hacia la investigación, para ayudar al usuario lector investigador a armar la bibliografía para su trabajo.

¿El egresado de la facultad posee competencia para trabajar indistintamente en bibliotecas municipales, universitarias, escolares, especializadas...?

No es fácil encontrar un profesional que maneje todo; desde administración, gestión, desarrollo de colecciones, investigación o procesamiento técnico. Cada profesional tiene un perfil específico, aunque no quiere decir que no tenga las otras nociones.

Cuando empezaste a trabajar, ¿en qué condiciones encontraste la Biblioteca de Educación de San Marcos, que funcionaba en el pabellón de Letras?

Era un espacio pequeño, de un solo ambiente, muy consultada es cierto. Tenía cubículos personales de lectura en una mitad; en la otra, mesas grandes en donde los alumnos hacían papelotes y trabajos grupales. Esto era perjudicial porque interrumpía la concentración del resto. En cuanto a la colección había un cincuenta y cinco por ciento de libros actualizados y un cuarenta y cinco por ciento de libros antiguos. Aun así la Facultad de Educación destinaba una pequeña cantidad de presupuesto para compras de nuevo material e invertía en encuadernar los libros importantes de la colección antigua.

Dos años después, en el 2006, pasas a trabajar a la Sala de Humanidades de la Biblioteca Nacional. Creo que tú preferías la Biblioteca Pública de Lima, de la avenida Abancay.

El servicio es diferente en cada una de las sedes de la misma institución. La Gran Biblioteca Pública de Lima —en la avenida Abancay— tiene sus salas de lectura distribui-

das por temas que fijan el contenido de la colección. Por ser un servicio público, no hay restricción de acceso y los espacios cuentan con el servicio de «estantería abierta». Entonces aquí el trabajo del bibliotecólogo es orientar al lector a acercarse al estante indicado. ¿A qué lector no le gusta nadar entre los libros? Es un placer tocarlos, olerlos, verlos, ojearlos, así no sean los que se necesitan.

¿Pero te benefició trabajar en la Sala de Humanidades y bajo la dirección de un intelectual de la talla de Hugo Neira?

Fue toda una sensación nueva para mí. La colección de la Sala de Humanidades era numerosa y la conformaban libros de 1985 hacia atrás y era una colección extranjera en su totalidad. Era impactante; nunca había visto algo así y en su gigante depósito nadé entre sus libros cuanto pude. Poco tiempo después el señor Hugo Neira me propuso su proyecto de una sala infantil.

Entiendo que fue un proyecto discutido.

La implementación de un servicio de biblioteca para niños no es común en una Biblioteca Nacional. Usualmente, este tipo de servicios solo deben estar en una biblioteca pública, donde el acceso no es restringido, y en la Biblioteca Nacional de San Borja se limitaba el acceso.

Pero terminó por implementarse. En marzo del 2007 se inauguró la Sala Infantil Francisco Izquierdo Ríos y tú pasaste a esa área. ¿Cómo fue enfrentar el reto de trabajar con libros infantiles, y sobre todo alternar con niños?

Había tenido alguna experiencia enseñando en un colegio la asignatura de Ciencia y Ambiente a niños de todos los grados de primaria. Mi jefa se enteró —no lo tenía registrado en mi currículum— y fui nombrada responsable de la sala; a decir verdad nadie quería trabajar con los niños. Por fin mi sueño se cumplía, iba a trabajar con niños y desempeñando mi profesión.

¿No fue difícil en un momento de explosión de libros para niños y de tantas otras formas de lectura?

Claro, noté que el conocimiento que tenía era personal y no global. Que era necesario prepararme mejor y decidí cursar una maestría en Literatura Infantil y Juvenil y Animación de Lectura; porque esa es la forma de afrontar un desafío: con preparación y no con experimentos improvisados.

Como lectora, ¿qué libros valiosos descubriste en esa sala?

Una pequeña colección de títulos de Francisco Izquierdo Ríos, todas primeras ediciones. Libros que me fueron asignados porque se había decidido bautizar a la sala de niños con el nombre del autor peruano. También solicité títulos del fondo patrimonial y me cedieron libros peruanos que tenían terceros ejemplares, en ediciones medianamente antiguas: *Cuentos de teatro para niños*, de Sara Joffré, y cuentos de Carlota Carvallo y Rosa Cerna Guardia.

¿Qué disposición tenían los chicos frente a la lectura, o iban obligados por sus padres, y básicamente a cumplir con sus tareas escolares?

Los niños pequeños eran llevados por sus padres, porque era un requisito. Para los niños más grandes eso era opcional. Claro que había padres que llevaban obligados a sus hijos para hacer las tareas escolares; cambiar esta idea no es fácil porque los padres creen que la lectura para el disfrute era una pérdida de tiempo. Un día llegó una madre de familia con su hijo casi a rastras, era un niño que no había cumplido aún los once años y estaba muy molesto. Ni siquiera me saludó. Su mamá lo dejó solo después de decirle que tenía que leer por lo menos tres cosas —quiso decir: libros— y que ella volvería a «tomarle la lección». En casos como estos lo único que se puede hacer es hablar con los padres, y eso hice. Entonces me enteré de que el niño tenía de todo: juegos electrónicos, internet, televisión por cable, un buen colegio; pero no tenía libros en casa ni el ejemplo de sus padres leyendo.

Es muy frecuente. También existen padres que temen la fantasía de la literatura.

Es verdad. Recuerdo que una madre llegó con su hija y me pidió libros con historias que estuvieran contextualizadas en lugares reales. Nada de hadas, ni brujas, ni princesas, ni animales que hablaran, ni temas de miedo porque eran de una religión no católica y su niña no podía leer nada de esas cosas. ¡Casi me desmayo! Intenté persuadirla de los beneficios psicológicos, sociales, estéticos de esos cuentos. Claro que con mucho tacto y utilizando lo que había aprendido en la maestría.

Supongo que llegaban también chicos que gustaban de leer cuentos maravillosos.

Gracias a Dios. Y sus padres también lo entendían, creo que debido a que estábamos en un distrito con cierto poder adquisitivo. También recibí niños de escasos recursos que venían para disfrutar de una visita guiada y era gratificante ver cómo sus caritas se iluminaban. A unos y a otros trataba de recomendarles autores peruanos; sobre todo los clásicos.

¿Cuál es tu sueño como bibliotecóloga? ¿Descubrir un manuscrito de la Colonia o encontrarte a Valdelomar sentado en una mesa apartada?

Regresar a la mejor época de mi vida que fue mi niñez, sin preocupaciones, y pasarme horas leyendo. Quisiera encontrarme con los autores de las obras que más me impactaron y preguntarle a José Mauro de Vasconcelos cómo se hace para conversar con una planta de naranja lima o pedirle a Lewis Carrol que me muestre la entrada de la conejera para llegar al gran tablero de ajedrez. O encontrarme con Carlota Carvallo para que me presente al duende Oshta y que me enseñe cómo enfrentar a los zorros y pumas de mi país.

CAMILA PASA HORAS EN EL BAÑO. Me ha contado su madre que el estreñimiento se le ha agravado y que una de las causas, según el médico, se debe a la alteración del sistema nervioso. Su madre descarta las otras causas —dieta baja en fibra o poco consumo de líquidos—, por el esmero que pone ella en la alimentación de la casa. De eso no tengo ninguna duda. Me ha explicado con pormenores que el estrés produce la pereza del músculo peristáltico y entonces se aletargan los movimientos del intestino grueso. Y como Camila vive en tal estado de tensión...

—Porque no terminamos de separarnos. Es una situación ficticia.

—No entiendo qué pretendes.

—Vienes a la casa casi todos los días, te tiras en su cama, ves televisión... es como si vivieras acá.

—Por favor, apenas si estoy con ella. Procuro ser de lo más cuidadoso. Jamás me sirvo siquiera un café.

—No sé, pero Camila debe tener más claro que nosotros ya no estamos juntos.

—Podemos conversarlo con ella.

—Ella es muy sentimental...

—¿Quieres decir que no vale la pena conversarlo?

—Creo que no basta...

Yo conocía ese punto de la conversación. Sobre mi tendencia a especular y llevar cada circunstancia al terreno de la reflexión intelectual, por insignificante que fuera, había sido una constante en nuestros años de relación. Cada vez mi comportamiento con H me parecía más fatuo; a veces pensaba que ella no me ponía obstáculos, que por el contrario, se mostraba más que tolerante, pero era yo que me negaba a aceptar su sentimentalismo.

—Entonces —dije—: seguimos a nuestros corazones.

Me miró con una mezcla de tristeza y rencor.

—Hablaemos —consintió—, antes de que se te ocurra traerle un libro que trate sobre la separación y le crees otro problema en la escuela.

—¿Otro problema?

—¡Cómo, ya te olvidaste del libro del pato...!?

—Está bien, prometo no traer ningún libro sobre el divorcio ni la muerte ni el estreñimiento...

Tras una breve discusión acordamos conversarlo con Camila una vez que pase su cumpleaños. Era cuestión de esperar un par de días. Mientras tanto quedamos en llevar la fiesta en paz y me pidió acompañarla, junto con Camila, al día siguiente a encargarse de la torta.



Hoy volví caminando por el malecón. Recordé que apenas unos años atrás salía a correr todas las mañanas por esta vereda, al borde del acantilado... completaba unos cinco kilómetros y después en el gimnasio me entregaba a fondo con los fierros y los abdominales. Estaba en

muy buen estado físico. Sábados y domingos practicaba sombra y golpeaba el saco hasta quedar exhausto; a veces hacía algo de guantes con el instructor. Ahora estoy delgado, he perdido masa muscular y me canso rápido. Tampoco duermo bien. Estoy seguro de que podría ponerme en forma en dos o tres meses... todo es cuestión de empezar.

Al llegar a mi departamento, busqué en mis estantes el libro *Paroles* de Jacques Prévert.²³ En ese libro había leído un poema que describe una singular pelea de boxeo. No fue difícil ubicarlo. Copié tres versos en un cartón y lo coloqué en el corcho, al lado de mi mesa de trabajo. Lo leí un par de veces y lo repetí de memoria, rítmicamente, con un juego de piernas y una breve combinación de doble recto y cruzado: N'y va pas / tout est combiné d'avance / le match est truqué (No vayas / todo está preparado de antemano / el combate está trucado). Es que ahora me sentía débil, falta de reflejos e incapaz de enfrentar el encuentro del sábado. Había quedado con la profesora en un café de Barranco —¿después de cuánto tiempo volvía a salir de noche para una cita?— y me costaba calzarme los guantes. Era como si temiera el fogonazo de los reflectores.

Mañana estaré en el cumpleaños de Camila, rodeado de la familia de mi exmujer, a la que no frecuento desde hace años. No será fácil llevar una conversación con ninguno de ellos; son ligeros y simpáticos, gustan de la

23 París: Éditions Gallimard, 1975. En la cubierta la clásica foto de Robert Doisneau: el autor calado con boina francesa y el *galloise* colgado de su labio inferior.

moda, el mundo del espectáculo, la culinaria y el chisme político. Todo eso me interesa tanto como asistir a un partido de golf. Además me resultan presumidos, en especial la madre de H, quien nunca hizo el menor esfuerzo por disimular la animosidad que me guarda desde que aparecí en escena. Claro, yo no soy sociable y carezco de aspiraciones.



Aspecto de tabaco mojado, como hebras apiñadas y brillantes. Así habían sido siempre las mesas de aquel café bar. Tableros pardo-rojizos y acogedores, humanizados con la fibra rasgada del vetusto pino y los arañazos del uso continuo. Elegí una mesa del fondo y me senté a esperar, con una copa de vino, la llegada de mi oponente. Preferí anticiparme unos quince minutos para adaptarme al ambiente: la luz marchita, una exposición de fotos en blanco y negro y los acordes del único cantautor que detesto. Por suerte, ningún cenicero. Desde ese día no lo necesitaría más: la noche anterior, cumpleaños de Camila, había decidido dejar de fumar; y en la mañana había salido, al fin, a trotar por el malecón y hacia el mediodía devoré un pastel de verduras con atún. De regreso me detuve en la librería de Camino Real y compré un libro de filosofía que llamó mi atención. Me tumbé en la cama a hojearlo y dormité un buen rato. En suma, una nueva vida.

El libro que me condujo a la siesta, amable y vaporosa, merece un minuto de atención. La escena de pesca de la cubierta —una pintura postimpresionista—, con un hombre de sombrero sentado de espaldas en un bote y que ha suspendido los remos a una palma de la superficie

del agua, parece concentrarse en la serena acción del muchacho, quien, de pie y en mangas de camisa, sujeta una caña en sus manos y aguarda la presa. No obstante, nada parece apurar a los personajes de la carátula.

Ahora tenía el libro sobre la mesa. Lo abrí y me entretuve picoteándolo. Ya había marcado algunas líneas con lápiz en el borde —uno o dos trazos rectos hacia abajo, dependiendo de la importancia—, cuando me detuve en el siguiente párrafo: «Vuelvo a encontrar en las relaciones entre maestro y discípulo una distancia que no se podrá abolir deprisa y corriendo. El discípulo se encuentra en la necesidad de esperar la palabra del maestro, porque se da el caso de que ninguna otra persona, ninguna obra, podrá dispensársela... Cuando la palabra del maestro está separada de una escucha carnal, ya no posee el mismo alcance. Su presencia muda sigue siendo preferible a los largos discursos que conforman su enseñanza».

—Disculpa, ¿tardé mucho?

Era la profesora de Camila, ya casi había olvidado que la esperaba. Llevaba una pequeña trenza, los mismos aretes artesanales de la vez anterior, un suéter de lana cruda y un bolso tejido a crochet con asas de cuero. Su presencia tenía un tono terroso y cálido. Parecía una muchacha universitaria, pero de otro tiempo. «De mi época», pensé, y estuve a punto de contestarle que había llegado demasiado tarde.

—No, apenas llevo dos minutos aquí.

Arrimó la silla y se sentó. Giró ligeramente para colgar su bolso en el respaldo.

—¿Qué estás leyendo?

—Un libro precioso —se lo acerqué.

—Pierre Sansot. *Del buen uso de la lentitud*²⁴ —leyó en voz alta—. Me gusta el título.

—Es un ensayo...

—«A mis ojos, la lentitud es sinónimo de ternura, de respeto —ahora leía la contratapa—, de la gracia de la que los hombres y los elementos a veces son capaces...».

—Lo he comprado hoy. Si quieres, cuando termine, te lo presto.

—¿Has notado que empezamos a tutearnos?



El domingo, Camila y su madre no salieron al campo. Estaba durmiendo cuando timbró el teléfono. La carrete-
ra central, me dijo H con tranquilidad, está interrumpida
a causa de un huaico que arrasó un sector populoso de
Chosica. Me preguntó si podría pasar por Camila. En-
mudecí, dudé unos segundos, los suficientes para que ella
levantara el tono de su voz: parece que no te ha importado
lo que pasó en el cumpleaños, es necesario resolver esta
situación, yo estoy cada vez más preocupada. También yo
estaba alarmado, pero tenía otros planes para ese día. No
se lo dije.

—Está bien. ¿Te parece si voy al mediodía?

—Tengo una idea mejor: quedemos a la 1:30, en el Chili's
del Óvalo.

24 Barcelona: Segunda edición de Tusquets Editores, 2001.

—¿Almorzaremos juntos?

—Sería bueno, ¿no?

—Entonces a esa hora en el Govinda²⁵ —dije con ironía.

Salí de la cama y me estiré. Me dolían las piernas y los brazos como si me hubieran apaleado, pero no renunciaría a correr. Yo sabía que las dos primeras semanas son muy duras, requieren de una voluntad espartana. Me enfundé un polo grueso, un pantalón deportivo y unas zapatillas con cámara de aire. Bebí dos vasos de agua, guardé la llave en el bolsillo y cerré la puerta del departamento 20 del Leuro. «Hasta en ese número se nota que soy profesor. Es como una maldición», pensé sonriente mientras bajaba las escaleras.

Salvo un perro inamistoso, no tuve ningún contratiempo. Parecía mentira que me cansara mucho menos que el día anterior; quizás estaría ilusionado por la cita de anoche, no lo sé. Podría ser también la resolana que apareció aquella mañana de inicios de septiembre y la transpiración que me produjo. Era una sensación invariablemente estimulante para mí. Me había propuesto correr solo hasta el final del malecón y regresar caminando, a buen ritmo y realizando ejercicios de respiración, pero esta vez probé correr un tramo adicional y las piernas no me traicionaron.

En la ducha empecé a temer lo que sería el almuerzo. Con H siempre me había equivocado, por eso aprendí a no presagiar nuestros encuentros. Invoqué a la lentitud, según Sansot: tomarnos tiempo, atender al paisaje humano,

25 Restaurante vegetariano de ambiente hindú.

instalar en nosotros una conciencia crepuscular. Ahora requería más que nunca del espíritu de este filósofo francés que acababa de descubrir. Estaba fascinado por su postura de ir, poco a poco, a lo largo de la vida, formando un rostro noble y bello. Anoche que volví tuve todavía ánimos de leer un capítulo más de su libro, de modo que estaba bien advertido; el diálogo con H debería convertirse en un acontecimiento moral, producido por una suma de pensamientos distintos al mío pero que adquieren sentido en mí. Era preciso estar dispuesto a no escuchar mi organismo, sino el caudaloso cuerpo de ella, a recibir sus palabras y sus silencios sin acoso. Grave error anticiparnos en el diálogo o sobreponer cualquier forma de poder.



He retrasado escribir sobre el cumpleaños de Camila porque no tenía el valor de hacerlo. En el fondo tengo terror de que termine pareciéndose a mí, pues de niño, tal vez a la misma edad de Camila, viví un evento parecido. Estábamos todos en casa reunidos alrededor de la mesa del comedor, donde resplandecían las velitas de una torta San Antonio, entre las hojuelas de chocolate y las pulposas fresas, en medio de la canción de cumpleaños, cuando todos pensaron que me acomodaba para soplar con toda la fuerza de mis pequeños pulmones, lo que hacía en realidad era desprenderme de los brazos de mi padre, posados sobre mis hombros, orgulloso del crecimiento de su primogénito, para salir disparado y encerrarme en el baño.

Fue un desconcierto total. Aunque los niños se distrajeran pronto, atiborrándose de gelatinas y golosinas, mis padres la pasaron muy mal: estuvieron largo rato en la puerta del baño apelando a todas las solicitudes posibles para

conseguir que saliera y yo adentro, presa de una llantina desesperada y sin saber por qué. Ahora puedo especular que era por timidez, una especie de angustia por exceso de sociabilidad o tal vez era el miedo de hacerme mayor. No lo sé. Todavía no había leído la novela *Peter Pan*; lo cual aseguraría, en mi opinión, el carácter visionario de la literatura clásica.

Ella no corrió a encerrarse, me refiero a mi hija, sino que se pasó toda la mañana metida en el baño. Tampoco quiso ir a la escuela. De modo que no tuvo celebración en su clase y, aunque telefonearon de la escuela, no hubo forma de que H la convenciera de llevarla. Hacia mediodía me llamó al colegio, yo estaba cuidando el recreo y me avisaron. «Es su esposa», me dijo la secretaria. «Tienes que venir cuanto antes, Camila está muy decaída». Inter cambié un par de frases con ella y quedé en ir tan pronto terminaran mis clases. Cuando llegué a verla, Camila estaba pálida y tristona. Me dijo que no se sentía bien, que le dolía la barriguita y que no tenía hambre. Su madre me informó que no había querido almorzar. Sin embargo fue animándose de a pocos, a medida que recibía a sus amigas y abría algunos regalos.

—A ver si se te ocurre algo para que coma —me pidió H.

—Está bien —le contesté.

Llevé una fuente de miniempanadas crocantes al cuarto de Camila e hice algunas gracias para que ella y sus amigas se sirvieran: empecé lanzando algunas empanadas y encajándolas en mi boca —era toda una especialidad—, pero esta vez me vi obligado a mejorar el espectáculo.

—Les apuesto una empanada a que no embocan.

Las niñas se miraron entre sí y sonrieron. Les encantó el reto y fue Camila la primera en lanzar. Yo permanecí inmóvil, con la boca abierta a más no poder, pero el tiro no dio en el blanco: golpeó mi frente, resbaló por mi ojo izquierdo y cayó al parquet. Camila masticó una empanada entre la chacota de sus amiguitas. Yo recogí la empanada del suelo y la acomodé sobre una servilleta. Estaba algo aplastada y dejaba asomar una lengua de alcachofa.

—La siguiente concursante —dije y me preparé.

—Pero, papi, ¿qué hacemos con las empanadas que caen al suelo?

—Ya veremos... no te preocupes.

Lanzaron las cinco niñas, en medio de gran algarabía. Dos toparon en mi hombro, una en mi pecho, una rozó mi oreja y dos fueron directamente a los muñecos de peluche que dormían en la cama de Camila. Un desastre, pero todas cumplieron.

—Ahora apuesto dos empanadas —propuse.

—¡Pero de estas! —gritaron todas, refiriéndose a las que no habían sido lanzadas.

—Por supuesto —contesté abriendo los brazos como un acróbata después de su número. Enseguida pregunté a Camila—. Y tú, princesa, ¿vas a continuar jugando?

Ella afirmó con la cabeza.

—Apunta bien... —la alenté y me dispuse a recibir el tiro.

Pensé que esta vez sí haría lo imposible por hacerlo entrar, porque también quería verla feliz. La empanada su-

bió hasta el techo, sin girar, como si hubiera arrojado una piedra chata al mar, pero formando una parábola perfecta y descendiendo a una velocidad sorprendente, no por la rapidez sino por la increíble lentitud que todos contemplamos boquiabiertos y que se dirigía rectamente a mi garganta, mientras Camila batía sus manitas, cuando la madre de H hizo su brusca aparición por la puerta y yo volví la mirada hacia ella y ella pegó un grito de reprobación y la empanada tocó la punta de mi nariz y mis manos intentaron atraparla, torpemente, pero solo me quedé con el borde de la masa. Un ¡nooo! de desaliento llenó la habitación.

La madre de H corrió a informar mi barrabasada.

—Una lástima —les dije a las niñas—, pero ya sé qué haré con las empanadas que recogí.

Ellas me vieron sustituir a toda prisa las empanadas de la servilleta con las que quedaban en la fuente.

—Disfruten estas —les sonreí—. Las otras las llevaré al comedor para que se las coman los grandes.



H estaba cuadrando el carro frente al Govinda cuando llegué. Nos había costado casi un divorcio aprender a ser puntuales. Camila parecía contenta, supuse que era porque sus papás, después de tiempo, compartirían un almuerzo. Yo estaba dispuesto, como lo escribí hace unos días, a contravenir a mi cuerpo y a acoger las palabras y silencios de su madre. Elegimos una mesa, cerca del mostrador; en la repisa distinguí un objeto colorido que llamó mi atención. Me acerqué: era una jirafa de madera balsa

pintada a mano, una linda pieza de artesanía hindú. La compré y se la regalé a Camila.

—Papi, es una alcancía —me dijo señalando la ranura en el lomo del animalito.

—Puedes juntar tus propinas...

—Sí, para irnos de viaje juntos.

Optamos por pedir varios platos para picar y una jarra de lassi, la típica bebida a base de yogurt. Noté que cada vez que H o yo hacíamos un comentario, Camila observaba alternadamente a ella o a mí, como estudiando nuestras reacciones. Decidí aligerarme al máximo para que Camila se distendiera; por fortuna, H me hizo las cosas más fáciles: estaba con un aire de evasión, tenía ese algo de infantil que extrañaba en ella. A mis bromas supo acompañarlas con sus risas y alguna burla, siempre pueril, que recibí del mejor grado. Pedimos tres postres distintos y también los compartimos.

—Hay una película en el Cinematógrafo —me atreví a decir— ... tal vez podamos ir a verla.

—¿Ahora? —preguntó H.

—Sí.

—¡Vamos, vamos! —exclamó Camila.

—¿Estás seguro de que nos gustará? —volvió a preguntar H.

—Creo que sí. Es una película sobre la escuela, yo de todos modos quería verla.

—¡Vamos, mami! —insistía Camila.

—¿No será en blanco y negro? —preguntó H por tercera vez.

—Ni muda —contesté sonriente.

—¿Y está doblada?

Me quedé callado unos segundos. ¿Cómo se me había pasado este detalle? Sabía que era una película francesa y que sin duda la proyectarían en el idioma original.

—No creo, pero puedo ir traduciéndole a Camila.

H lanzó su única mirada fulminante de la tarde. Camila le echó los brazos encima y le suplicó que no se molestara. «Mi papi me va a explicar todo y yo me voy a quedar tranquila», dijo después con tono de sentencia. Qué podíamos agregar. Subimos al carro, viajamos casi en silencio, pero aún así respiraba algo beatífico en el ambiente. Aproveché algunas curvas para contemplar el rostro de mi exmujer: hermoso y delicado, las oscuras cejas le dispensaban cierta altanería a sus gestos. En casa tomamos un café y Camila se dedicó a enseñarme sus regalos de cumpleaños. Fuimos a pie al Cinematógrafo y no hubo en la función más de siete u ocho espectadores. Una pena, aunque me permitió hacer de intérprete.

Ser y tener (2002)²⁶ es un conmovedor documental sobre la enseñanza rural en Francia, bajo la modalidad de escuela unitaria —alumnos de diferentes edades conviven con su profesor— y muestra con sinceridad los problemas de aprendizaje y comportamiento de los chicos en el aula, así como la escasa motivación que reciben en casa. Los primeros minutos me dediqué a susurrar en el oído

26 Dirigida por Nicolas Philibert y protagonizada por un profesor en la vida real. En el 2003 obtuvo el Premio de Cine Europeo al mejor documental.

de Camila los diálogos, que eran cortos y sencillos. Ella seguía con interés las imágenes, la vi reír con ganas y enternecerse... hasta que se quedó dormida, entre H y yo. Yo la tenía abrazada, su cabecita (en las nubes) descansaba sobre mi pecho y ella no había soltado la mano de su madre en toda la película.

Lección quinta



QUÉ DESOLADO E IMPOTENTE ME SIENTO ante la muerte de Constantino Carvallo. Un hilo negro y finísimo impidió que conversara con él; estaba pactada la entrevista para esa misma semana y tuvo el gesto, de una nobleza ejemplar, en la antesala de la tragedia, de hacerme llegar la copia de un ensayo suyo reciente con una nota de disculpa:²⁷ «Lamento no poder atenderlo. Un abrazo, CCR». Las trece hojas del texto las he atesorado, junto a otras publicaciones en revistas y periódicos, en un archivo que tengo hace años con su nombre.

No he podido evitar estos días de hojear su *Diario educar* y por una fatídica coincidencia abrí el libro en la siguiente página: «En estos años se me ha terminado el sentimiento de inmortalidad que me acompañó antes de pasar los cuarenta, he aceptado en serio no solo que voy a morir, que ya estoy a tiempo, sino que además, y lo que es peor, que tal vez me espere alguna forma dolorosa de pasar mis últimas horas [...]. Evito pensar en ello, pero veo que actúo ahora sabiendo que no estoy libre de un infarto ni de una espantosa operación a corazón abierto». Pero continuó leyendo y me topo con líneas tan vitales como esta: «Hay que entrar a las aulas como un orate. Sin dudas, sin vacilaciones

27 «El cuidado del alma», leído por el autor en junio del 2008 en el auditorio de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

sobre el contenido de la lección. Debemos enseñar con el corazón henchido, apasionados, echando fuego, fascinados con lo que vamos a enseñar».

Iluminado y acaso atormentado por una precoz inteligencia, Carvalho fue consciente de la condición del hombre: «No se nace humano» —pensaba—, «solo el amoroso vínculo de los primeros años permite un segundo nacimiento, obra de la cultura y la educación». Descubrir la línea de su pensamiento es una experiencia que estremece, como la revelación poética. Porque no solo nos asiste el horizonte de su erudición, sino que nos ampara la ternura. Duele comprobar que quien gozó de los libros, del cine y del fútbol no se librara nunca del martirio de la lucidez ni del sentido de la moral.

Tal vez su mayor esfuerzo fue dotar a sus semejantes de una mirada compasiva y libertaria. Fundó un colegio y generó a su alrededor una legión privilegiada de seres humanos que hubiéramos querido entenderlo mejor; pero en una sociedad cruel no fue fácil valorar su profunda preocupación. Él supo imponerse una vida de rectitud y aislamiento, mientras combatía toda expresión de injusticia. Si la muerte interrumpió su magisterio en las aulas, las páginas de su libro y sus ensayos son la prueba viva de su amor pedagógico. La trascendencia de sus lecciones revela al maestro más integro de nuestra historia.



Pregunto a mis colegas de la comisión:

—¿Han visto la famosa foto de Marilyn abstraída en el *Ulises*?

—¿Qué Marilyn? —me dicen.

—Marilyn Monroe —contesto y agregó—: leyendo la novela de James Joyce.

Se miran extrañados. No conocen la foto y no saben a qué viene la pregunta. Trato de exponer una idea que tuve anoche:

—Sería genial que personajes de nuestro mundo cultural aparecieran fotografiados con libros para niños y jóvenes.

—¿Quiénes, por ejemplo?

—Vargas Llosa o Magaly Solier hojeando *El guardián entre el centeno* o *Alicia en el país de las maravillas*.

—Sería una gran campaña...

Silencio. Parecen concentrados, a punto de redondear la propuesta.

—Imaginen al ministro de Educación leyendo *Las aventuras de Pinocho* —dijo alguien y se acabó la seriedad.



Dos, tres días que veo venir a un chico de sexto y, ante mis ojos, desmaterializarse en su lectura. Media hora después, como por encanto, un torbellino de átomos lo devuelve a la materia. Para los científicos es una fórmula de energía, masa y velocidad de luz; para mí es un fenómeno misterioso que provocan los buenos textos literarios. Los teóricos lo denominan «pacto ficcional» y las propagandas de *marketing* la sintetizan en eslóganes como «la lectura

te engancha» o «leer es mágico». La curiosidad me lleva a esperar que el chico, recién venido al mundo terrenal, devuelva el instrumento magnético. Algo le dice bajito a la bibliotecaria.

Un minuto después me acerco a ella y le pido el libro. Ella mira a ambos lados, se cerciora de que no la vean y lo saca de su cajón central. «Es que no es de la biblioteca», me dice.

—Ah —sonríó mientras lo recibo—. Es un pedido especial.

Ella asiente con pudor. Miro el libro —como lo hace Bastián, el héroe de la novela— y me sumerjo en las primeras líneas: «Me gustaría saber», se dijo, «qué pasa realmente en un libro cuando está cerrado. Naturalmente, dentro hay solo letras impresas sobre el papel, pero sin embargo... Algo debe de pasar, porque cuando lo abro aparece de pronto una historia entera. Dentro hay personas que no conozco todavía, y todas las aventuras, hazañas y peleas posibles... y a veces se producen tormentas en el mar o se llega a países o ciudades exóticos. Todo eso está en el libro de algún modo. Para vivirlo hay que leerlo, eso está claro. Pero está dentro ya antes. Me gustaría saber de qué modo».

«Y de pronto sintió que el momento era casi solemne. Se sentó derecho, cogió el libro, lo abrió por la primera página y comenzó a leer *La historia interminable*».²⁸

28 Considerado un clásico moderno, *La historia interminable* (1979) de Michael Ende oscila entre el reino de Fantasía y el mundo real. Sus adaptaciones al cine han sido lamentables. Con lo extraordinaria que es, yo prefiero su novela *Momo* (1973).



Lima, abril o mayo de 1881. La Guerra del Pacífico ha dejado una secuela de desastres en la capital. Existen imágenes de antes y después de los asaltos contra la Biblioteca Nacional del Perú. Durante la ocupación chilena, sus salones sirvieron de cuarteles y sus estantes se hallaban semivacíos.²⁹ Londres, octubre de 1940. La tenue fotografía muestra a tres hombres de traje y sombrero pisando los escombros de la biblioteca de Holland House, devastada por bombas incendiarias, quienes hurgan con devoción en sus estanterías. Sarajevo, julio de 1993. El fotógrafo andaluz Gervasio Sánchez capta la desolación de la biblioteca del Instituto de Estudios Orientales. Una lluvia de explosivos deshizo a cenizas un patrimonio cultural de la humanidad.

La infamia de la guerra ha alcanzado muchas veces el universo del libro y la lectura. Un apocalíptico Julio Ramón Ribeyro termina la primera de sus *Prosas apátridas* (1975) con estas palabras: «¿Qué emperador chino fue el que destruyó el alfabeto y todas las huellas de la escritura? ¿No fue Eróstrato el que incendió la biblioteca de Alejandría? Quizás lo que pueda devolvernos el gusto por la lectura sería la destrucción de todo lo escrito y el hecho de partir inocente, alegremente de cero».

29 Ricardo Palma asume el encargo de restaurarla y se gana el sobrenombre de Bibliotecario mendigo. Escribe en sus *Apuntes para la historia de la Biblioteca de Lima* (1912): «Biblioteca no existe, pues de los cincuenta y seis mil volúmenes que ella contuvo, solo he encontrado setecientos treinta y ocho, en su mayor parte obras en latín, y aun muchas de estas trucas... De la rica sección de Manuscritos queda únicamente el recuerdo...».

Evitar que nuestras bibliotecas escolares, tan escasas, se extingan de pocos lectores es también tarea del docente. Y del personal a su cargo. Una hermosa defensa de la cultura impresa la he encontrado en *Una biblioteca de verano* (2008), de Mary Ann Clark Bremer. Novela breve narrada en primera persona por una joven norteamericana que ha perdido en la Segunda Guerra a sus padres y a un tío entrañable, quien la educó en el amor a los libros. Va a restablecerse al pueblo francés donde pasó sus veranos de infancia. A solicitud del alcalde, decide hacerse cargo de la biblioteca municipal en el cobertizo de la casa del tío. De la biblioteca anterior solo quedaban diecisiete volúmenes, los demás habían servido de brasa para el calentador de las tropas alemanas. Su labor le permite conocer a los habitantes del pueblo, entretener las lecturas de los clásicos con las mínimas peripecias cotidianas y descubrir su propia pasión:

«La segunda *cliente* de la nueva biblioteca fui yo misma. Hacía tiempo que sentía deseos de leer alguna obra de la neozelandesa Katherine Mansfield. Cada vez que me había acercado a ella, alguna palabra, una frase cualquiera, me había empujado muy lejos: quizá me hablaba demasiado cercanamente. Eso lo supe luego. Sus personajes se parecían, de algún modo, a mí misma. Y quizá no amaba yo aquello de mí en lo que ellos se me asemejaban».



Al día siguiente vuelvo a ver a Bastián en la biblioteca del colegio. Disfrazado, claro está, de su identidad secreta: un silencioso alumno de sexto grado de primaria. Lo esperaba. He sacado una fotocopia a la primera página de una

novela de uno de mis escritores favoritos. Paso a su lado y se la dejo sobre el libro todavía cerrado. Levanta la vista, me sonríe y lee la hoja:

«Estás a punto de empezar a leer la nueva novela de  talo Calvino, *Si una noche de invierno un viajero*. Relájate. Rec gete. Aleja de ti cualquier otra idea. Deja que el mundo que te rodea se esfume en lo indistinto. La puerta es mejor cerrarla; al otro lado siempre está la televisión encendida. Dilo en seguida, a los demás: “ No, no quiero ver la televisión!” Alza la voz, si no te oyen: “ Estoy leyendo!  No quiero que me molesten!”. Quizá no te han oído, con todo ese estruendo; dilo más fuerte, grita: “ Estoy empezando a leer la nueva novela de  talo Calvino!”. O no lo digas si no quieres; esperemos que te dejen en paz».³⁰

Días después, el chico silencioso se dirige a mí:

— Y la novela de Calvino?



Ignoro cómo funciona la relojería de nuestras neuronas cuando leemos un recordatorio o una noticia irrelevante. Ninguna lectura es fácil, por simple que parezca. Cuando mis hermanos y yo no sabíamos leer, mi madre se sentaba al canto de la cama para leernos una parábola de Cristo y la veíamos como una especie de virgen que hacía milagros. Nada más deslizar sus ojos por la Historia Sagrada

30 *Si una noche de invierno un viajero* (1979). Novela sobre el placer de leer novelas. Calvino escribe en la contratapa: «Más que identificarme con el autor de cada una de las diez novelas, trat  de identificarme con el lector...».

y musitar sus hechos nos tocaba de encanto. Creo que allí nació mi única vocación por la felicidad. Me siento de la misma raza de Michèle Petite cuando escribe en su libro *Une enfance au pays des livres* (2007): «De niña, cuando veía a mi madre o mi padre leer y perderse en alguna ensoñación, me preguntaba a dónde se habían ido. Tal vez para resolver ese misterio empecé a aventurarme en los libros».

Digo esto y más en una charla a mis colegas. He sido invitado por el Centro Cultural del Británico a participar en el ciclo de conferencias «Leer en la escuela». Me gana el entusiasmo, sobrepaso el tiempo acordado; he derrochado ejemplos de lecturas y películas. Absuelvo preguntas, dicto cuatro o cinco títulos teóricos del Fondo de Cultura Económica, y cuando estoy despidiéndome un profesor me reclama:

—¡Pero no ha dicho los *tips* para hacer que lean nuestros alumnos!



He anotado suficientes referencias literarias sobre la lectura, pero como emerjo de ellas cada día y este cuaderno aguanta todo, quisiera agregar algunas más: la novela *Matilda* (1988), de Roald Dahl, y el cuento breve de Julio Cortázar titulado «Continuidad de los parques».³¹ El primer libro es apropiado —preferiría escribir «recomendable»— para niños y niñas de ocho o nueve años. La pequeña protagonista es una insubordinada de sus padres:

31 Del volumen de cuentos *Final de juego* (1956).

prefiere los libros a la televisión, el ingenio a la fatuidad del dinero y la lectura a las palomitas de maíz. El hogar es un mundo adverso y también los rigores de la escuela, en esta historia de humor más negro que el alquitrán. «Continuidad de los parques» es un texto ejemplar de lo que ha venido en llamarse «metaliteratura»; vale decir, la literatura que se ausculta a sí misma. Al margen de la trama principal, el cuento de Cortázar es un pretexto para reflexionar sobre el acto de leer y escribir.

En esta línea de lectura no conozco mejor poema sobre el libre aprendizaje que «Le cancre», de Jacques Prévert. La traducción oscila entre «El cangrejo» y «El cáncer»,³² pero por metonimia se entiende como «El estudiante perezoso»: «Dice que no con la cabeza / pero dice que sí con el corazón / dice que sí a lo que le gusta / y dice que no al profesor / está de pie / le hacen preguntas / y le plantean todos los problemas / de pronto se echa a reír / y borra todo / cifras y palabras / fechas y nombres / frases y trampas / y a pesar de las amenazas del maestro / entre el alboroto de los niños prodigio / con tizas de todos los colores / sobre el pizarrón negro de la desgracia / dibuja el rostro de la felicidad».³³

Y por qué no un libro sobre la biblioteca: *El secuestro de la bibliotecaria* (2002), de la neozelandesa Margaret Mahy, donde la linda encargada es raptada por una banda de malhechores que terminan convertidos en despiada-

32 Daniel Pennac lo explica: «Un mal estudiante es un alumno que, como un cangrejo, se desplaza de una manera lenta y rara. Y el fracaso escolar, igual que el cáncer, es una huella que nunca se acaba de borrar».

33 De su libro *Palabras* (1946).

dos lectores. Y uno sobre la bibliofilia: *Corazón de tinta* (2003), de la alemana Cornelia Funke. Estamos en una ciudad contemporánea, padre e hija viven juntos en una casa encantada. Él es restaurador de libros antiguos y ha inculcado a su hija el amor a la lectura. La visita de un personaje misterioso conducirá a los protagonistas a una turbulencia de aventuras —inspirada, a todas luces, en *La historia interminable*—, bajo la admonición de ser el padre Lengua de Brujo, pues tiene el don de dar vida a los personajes literarios con su solo aliento, cuando lee en voz alta.



Mis colegas de primaria han comentado la película que pasaron el fin de semana por televisión: *Colmillo Blanco* (1991), la versión producida por Walt Disney. Todos la vieron, menos yo. La historia de la novela (1906) de Jack London la conocemos bien y podría resumirse en el vínculo primordial entre un perro lobo y el joven Jack Conroy, quien llega a Alaska a reclamar la herencia de su difunto padre. Estamos en plena fiebre del oro y la historia es contada troncalmente desde el punto de vista del animal y espoleada por una filosofía acerada y filosa. Disfruté mucho la conversación. Alguien recordó la frase «Mientras más conozco a los hombres más me gustan los perros» (¿Lord Byron?), una profesora se detuvo a elogiar la actuación de Ethan Hawke...

—Me gustó más la del perro —intervino un bromista—. Lo digo en serio.

Un profesor mencionó *La llamada de lo salvaje* (1903), otra novela legendaria de London. Y preguntó: «¿Por qué

no probamos con estas lecturas?». Todos celebramos la propuesta. Yo estaba entusiasmado y aproveché para manifestar el culto que guardo por este autor desde que leí «El mexicano» y «Un bistec», dos relatos sobre boxeo. Conté, además, la vida de vagabundo que tuvo, su formación autodidacta, sus ideas socialistas y la enorme biblioteca que llegó a formar. Fue esta vez una felicidad compartida.



No hace más que unas décadas se apostaban, a la entrada de los cines, unas buenas gentes con su atado de historietas para negociar como aquellos buhoneros de la Edad Media, tan bienvenidos entonces, que alborotaban las aldeas con sus abecedarios y libros estrambóticos. Pero en los años sesenta y setenta eran simples historietas, en su mayoría de Editorial Novaro, que encandilaban a los chicos con aventuras de Linterna Verde o Batman; hacían sufrir a las adolescentes con los secretos del corazón de Susy; y para los pequeños ofrecían las correrías de El Conejo de la Suerte o El Pájaro Loco. Esos comerciantes de los cinemas, que vendían o intercambiaban revistas, fueron unos iluminados mercachifles de la cultura popular, verdaderos animadores de la lectura apasionada.

También los amigos solíamos reunirnos solo para leer historietas. Llegábamos a casa de alguno de nosotros con veinte ejemplares y nos encontrábamos con cuatro o cinco compañeros... juntos teníamos un precioso botín de revistas para pasar la tarde. Y leíamos concentrados, enardecidos de emoción. Algo parecido a lo que hacen ahora los muchachos cuando se juntan para jugar *winning eleven*. Creo que no se ha hecho justicia del papel que jugaron

las historietas en la formación de aquellos lectores. Es frecuente que, ante la pregunta de sus primeras lecturas, los escritores y profesores respondan con cierta afectación que solo leían a los grandes clásicos. Lo dudo. Pero cuántos disfrutaron (sin confesarlo) de *El llanero solitario* o *La dimensión desconocida*.

Por fortuna, empieza a circular un viento de reivindicación artística del cómic que, de ser considerado un subproducto cultural, ha sido acogido como el noveno arte. En los estudios literarios actuales se habla de su condición de supérstite y de su lugar de periferia, pero nadie niega que esa serie de dibujos —con texto o sin él— constituya un relato que posee la gama de recursos de la narrativa, además de sus rasgos propios. Conviene que en las escuelas se incorporen, desplumados de prejuicios, estos cómics que ahora llegan de la mejor calidad a nuestras librerías.



Recibo una invitación para *El último ensayo*, estreno de Yuyachkani y asisto con G. Yo soy un ferviente seguidor de este grupo y la profesora prefiere el teatro clásico, más convencional. Ambos salimos conmocionados: el homenaje de un grupo de artistas a una cantante se convierte en un repaso despiadado de sus vidas y de la historia del Perú. ¿Una alegoría de nuestro oficio? De regreso en su auto le propongo un café; es natural, necesito de su opinión.

—Enseñar literatura con pasión es potenciarla —me dice—. El profesor debe vincularla a su propia experiencia y a la de su país. Nunca olvidaré algunos maestros que tuve, eruditos y a la vez fascinados por la literatura. En general, por la cultura. Ahora quiero proponer que los

profesores de Lengua y Literatura del colegio compartamos mesas de trabajo con colegas de Historia, Música, Geografía, Artes Plásticas... eso va a ampliar el horizonte del Plan Lector.

—Es importante definir la noción de lectura. Se tiene un concepto muy restringido; subordinado a la pedagogía y ajeno al placer. Verás cómo te van a atormentar con las llamadas estrategias de lectura. A mí me parecen más arrebatos de la moda que maneras efectivas de resolver el problema.

—Hay procedimientos valiosos; por ejemplo, la espina de Ishikawa, que sirve para graficar causas y efectos. También funcionan la lectura por roles y las redacciones creativas. Por ejemplo, el año pasado leímos *Kim*, de Rudyard Kipling, una novela clásica extensa y descriptiva. Estuvimos metidos en el mundo hindú, rodeados de tapices, imágenes de dioses, cantos, incienso y velitas prendidas. Muchos de mis chicos de trece años lo aprovecharon muy bien... pero esos paradigmas de «literatura en valores» o «lectura veloz», francamente me espantan.



He despertado temprano y cumplido el ritual que me despoja del sueño escuchando a Silvio Rodríguez. Durante la jornada he tarareado una de sus canciones: «¿Por qué el escaramujo / es de la rosa y el mar? / Yo vivo de preguntar: / saber no puede ser lujo». Primera clase, Comunicación Integral: La historia y la leyenda. La analogía y los campos semánticos. Dos horas después, Ciencia y Ambiente: La industria minera: extractiva, productiva y transformadora. Los recursos de mi comunidad. Última clase, Personal

Social: La conquista del Tahuantinsuyo y la resistencia indígena. Colonia y virreinato: la dominación española. Temas vibrantes, inmensas preguntas. Todo el día he pensado en la cantidad de coordenadas que cruzan nuestras vidas; nada, ni lo más trivial pasa sin tocarnos. Me he sentado a almorzar, pero no tengo apetito. Un grumo se me atraganta y saben a los versos de aquella canción: «Soy todo lo que se junta / para vivir y soñar. / Soy el destino del mar, / soy un niño que pregunta».



Contemplo a las profesoras de inicial, son las militantes de la alegría. Muchachas todavía, guapas y animosas, actúan como sacerdotisas de una nueva religión: las inspira la inocencia de sus alumnos y la confianza de los jóvenes padres. Siempre que están en clase, asomo la cabeza por la ventana y las veo corrigiendo las planas, inclinadas sobre las pequeñas mesas o cantando con sus niños. Cuantas veces puedo atravieso el patio a la hora de su recreo y, aunque vaya con malos humos, me encanta rodearme de esas personitas que parecen las extensiones de la maestra. Entonces les suelto una frase graciosa o una monería. Ahora no solo me contestan sino que hasta buscan provocarme, ya me conocen. Pero al principio de año uno de ellos desató una llantina de padre y señor mío cuando, al pasar, lo miré con una mueca horrorosa de ojos volteados.

Es la edad del miedo y de la curiosidad, la edad del descubrimiento. La estación más propicia para educar. El psicopedagogo vienés Bruno Bettelheim nos legó una lección más en su libro *Aprender a leer* (2001): «Hasta los maestros dedicados esencialmente a la enseñanza de

la escritura hacen hincapié en el valor práctico del saber leer cuando enseñan a los principiantes [...]. Lo que se necesita para hacer que el niño aprenda a leer no es el conocimiento de la utilidad práctica de la lectura, sino la firme creencia de que saber leer abrirá ante él un mundo de experiencias maravillosas, le permitirá despojarse de su ignorancia, comprender el mundo y ser dueño de su destino. Porque es la fe la que enciende la imaginación y nos da fuerza para emprender las tareas más difíciles. Aunque de momento uno no entienda cómo, por ejemplo, la lectura puede proporcionarle todas estas oportunidades maravillosas».



G me invita a conversar con sus alumnos de quinto de secundaria. Noto que hay cierta expectativa. Hago lo que no recomienda Daniel Pennac: les pregunto sobre el modo en que llevaron el curso de Literatura, las lecturas que tuvieron y qué autores se han instalado en sus corazones. Para Pennac esta evaluación suele incomodar a la mayoría de estudiantes y encumbrar la figura del maestro, quien difícilmente reprime sus comentarios sabihondos o burlones. También para Michèle Petit es inapropiado, pues es auscultar en el ámbito privado del lector y exigir un diagnóstico para el registro de notas. Ella suscribe lo que sostiene el psicoanalista René Diatkine: «Lo que más atenta contra el gusto por la lectura es la indagación, una intromisión poco delicada en un espacio donde todo es particularmente frágil».

Aunque concuerdo con los intelectuales mencionados, procedo con sutileza y apelo al humor más despreocu-

pado. Sé que debo reaccionar naturalmente, de que nada debe llamarme a sorpresa y evito deslizar el menor escarnio. Aprovecho para cuestionar nuestro sistema educativo y a algunos maestros que exhiben el aura de grandes lectores. (Acuso el golpe, un juego de piernas y salgo). Agrego que si hubiera dispuesto de Internet hace treinta años, cien canales de televisión, programas para bajar canciones y películas y celulares a los que solo les falta la opción de teletransportación es muy probable que leyera menos literatura. Tal vez ni me hubiera acercado a los libros. Por eso insisto en la importancia de una sociedad adulta más consciente y comprometida con la educación, y bastante menos arrogante.

Eso les gusta escuchar. Entonces empiezan a hablar con confianza y me entero, por ejemplo, de que en muchos colegios el Plan Lector ha reemplazado al curso de Literatura. Que en los colegios de carácter preuniversitario las pruebas de literatura o los controles de lectura reproducen los exámenes de ingreso: objetivo memorístico, sin asomo de abstracción ni inventiva ni sensibilidad artística. De ese modo recuerdan muy pocas lecturas. Nadie conoce a Hemingway, Salinger, Bukowski, Saramago, Kundera... pero mantengo la misma serenidad que cuando unos declaran ser fanáticos de Isabel Allende o Paulo Coelho.



Después de mi visita, G les pidió a sus alumnos un testimonio ficcionalizado de alguna experiencia relacionada con la lectura. Seleccionó unas cuantas y me las pasó. Copio una de ellas:

«Tafur fue el causante del disparo que mandó a la clínica a un niño de inicial que estaba en clases durante nuestro recreo. Además de culpable, no era un alumno ejemplar. Su pobre madre asistía constantemente al colegio a dialogar con los profesores acerca de la situación de su hijo. Tenía la matrícula condicional, que cargaba a su espalda y era seguro que una infracción más sería motivo para la expulsión. Al concluir el recreo, subimos raudos al salón a planear cómo cubriríamos a nuestro compañero. Algunos decían: “Que se entregue a la justicia” (ni que fuera un delincuente, pensé), otros, más pragmáticos, pensaban que podíamos guardar silencio y recibir todos el castigo. De pronto, recordé un libro que habíamos leído en el Plan Lector: *Fuenteovejuna*».

«La unidad del pueblo es la base del triunfo», dice la obra teatral de Lope de Vega. Y así, al pie de la letra, decidimos mantenernos unidos y no permitir sanción alguna para nuestro desventurado compañero. La profesora no pudo con nosotros. Minutos después subió la directora para increparnos sobre nuestra conducta. A juzgar por su semblante, estaba dispuesta a mandar al patíbulo al responsable».

«Tras un largo sermón y un sinfín de amenazas, permanecemos en absoluto silencio. Una tumba, aunque ella no hacía más que repetir la tragedia que pudo ocurrir. Tras acusarnos de apañar al culpable, concluyó que íbamos a ser sancionados drásticamente. Era obvio que temblábamos y más cuando uno de nosotros levantó la mano. “Confesaré quién ha sido —dijo—. Fuenteovejuna, señora”. Entonces la directora giró la cabeza cual Linda Blair en *El exorcista* y disparó una mirada de fuego contra

el *delator*. Con notoria molestia, se retiró del salón. En los días siguientes, por graciosos, nos mandaron a leer varias obras de Lope de Vega y al año siguiente *Fuenteovejuna* fue proscrita del Plan Lector».

Entrevista a François Vallaëys

El pensador que ríe

Residió en el Perú casi dos décadas. Enseñó filosofía en la Pontificia Universidad Católica, prodigó su arte de cuentacuentos en numerosos escenarios y creó una valiosa escuela de discípulos. Nadie salía inmune del humor y de la sabiduría de sus espectáculos. Además, era inolvidable en el escenario: parecía un estilizado pájaro picudo, de negro plumaje y canto visionario. Dejó el país hace más de tres años, radica en Francia, prepara su tesis doctoral sobre los fundamentos éticos de la responsabilidad social y muchos peruanos no nos acostumbramos a su ausencia. Una visita relámpago me permitió encontrarlo una noche, muy tarde y fatigado, en el departamento de mi hermana. La madrugada del día siguiente viajaba al Cuzco a presentar *Cuentoferencia*, su última creación. Compartimos unas infusiones con galletas de avena —preparadas por mi hermana cómplice—, lo bastante energéticas como para contestar algunas preguntas inapropiadas a aquella hora del sueño.

Empecemos con un brutal pensamiento de Bertolt Brecht: «Que nos den primero de comer, de la moral hablaremos después». ¿Puede aplicarse al Perú?

Sí. Me gusta esa frase, sabiendo que comer es un asunto moral. Tal vez el primero, claro que no cualquier cosa ni a cualquier precio porque somos humanos. Cuando habla-

mos de la moral es porque la moral se fue. Y aquí vivimos una crisis grande.

Es por eso que necesitamos hablar de la moral. En ese sentido, ¿crees que el cuento es un instrumento que tiene como la filosofía un pensamiento articulado y una expresión verbal?

Sí. Yo diría que el cuento popular, paradójicamente, es todavía mucho más racional que la filosofía. La estructura del cuento popular es una especie de deducción matemática a partir de quién es el protagonista central, en qué situación está, con qué personajes va a desarrollarse la historia. Se organiza todo, no hay ningún elemento sobrante ni faltante. Yo diría que no conozco ningún discurso filosófico que sea tan puramente racional como un cuento popular. Y a mí como filósofo me fascina la razón, por eso me fascina el cuento. Me viene siempre la metáfora de la piedra pulida: aquella historia narrada tantas veces que las malas ya se fueron y quedan las buenas, las que están perfectamente limadas en su estructura.

Es interesante lo que me dices, pues para los teóricos de la literatura es al revés: el cuento moderno es el que está ceñido a la perfección formal, mientras que el cuento popular puede soportar imperfecciones que van a ser corregidas por la voz y el histrionismo del narrador.

Si entendemos formal por refinamiento lingüístico, eso sí; pero la estructura narrativa del cuento popular es muchísimo más racional que el cuento moderno.

¿Crees que pueden entenderse de ese modo también las fábulas y las parábolas... como estructuras representativas de la conducta humana?

Ha debido ser así, pero yo tengo problemas con las fábulas y parábolas. Las encuentro cortas en imaginario, no me gusta mucho su carácter obvio y su moraleja tan cercana.

Digamos que es una ecuación matemática con un resultado previsible...

Sí. El cuento popular como cuento maravilloso te deja una mayor apertura de significados de la que carece la fábula. Esta va de frente a la enseñanza y no te ofrece otra solución.

El cuento, entonces, es una esfera múltiple y sorprendente, como un cosmos que genera reflexión...

Una reflexión muy rica que pasa no solo del narrador al oyente, sino que penetra a las zonas imaginativa, intuitiva, reflexiva y racional del oyente. Y ese vaivén permanente donde la metáfora nutre la reflexión y la reflexión reubica permanentemente la metáfora; eso me parece fascinante.

¿Qué podría diferenciar tu vocación o tu fervor por contar cuentos del predicamento religioso?

Que yo no predico, sino evoco. Es el cuento el que está delante, no François Vallaëys y sus pequeñas ideas. El cuento es suficientemente rico en sentidos para ser plural en su interpretación. Además, como trabaja a nivel emocional, depende de la persona que lo recibe, en qué estado

está y qué necesita extraer. El cuento tiene una dimensión terapéutica que escapa absolutamente del narrador... por eso yo presto mi voz para evocar. Si quisiera afirmar algo haría conferencias de filosofía.

¿Y qué ocurre con tu nuevo espectáculo, presentado como cuentoferencia?

Ahora es más difícil contestar a tu pregunta, porque ahí va más hacia la expresión de mi visión de la realidad actual y de sus problemas... pero al mismo tiempo creo que el cuento provoca un bache de saber dentro de la conferencia y eso le impide cerrarse como una simple conferencia.

¿Es una argucia pedagógica...?

Así es. Yo no controlo del todo el paso de la pizarra al cuento y del cuento a la pizarra; eso a mí me tranquiliza porque no estoy camino a ser un predicador.

Otro riesgo de la cuentoferencia es que antes los cuentos te perseguían y eras de algún modo presa de ellos; ahora has elegido un tema. ¿Esa elección te parece una opción ética en este momento de tu vida?

Sí, porque trato de explicar las urgencias de hoy a nivel mundial. Son tan crudas que hablamos de comer primero —para volver a tu primera pregunta—, incluso de sobrevivir, que yo creo que ya no podemos escondernos únicamente tras del cuento. Obviamente, un espectáculo de puros cuentos es gozoso, acogedor y divertido, pero yo tengo la gran angustia de saber si debemos todavía ser divertidos en este mundo, cuando creo que hay cosas muy urgentes que hacer.

¿Cómo has articulado en la cuentoferencia tus intereses artísticos con esa preocupación de llamar la atención por lo urgente?

Es una cuestión muy personal porque mis dos partes —la filosófica y la narradora—, siempre han vivido con energías muy diferentes. Ahora he querido articular esas dos energías, por eso estoy feliz y de modo muy egoísta, porque es el primer espectáculo del cual no salgo absolutamente agotado. Como estoy haciendo filosofía —que es mi pan cotidiano— y cuento de modo no tan decidido como en otros espectáculos, salgo fresco, con ganas de seguir una hora más.

Esta vocación de contar cuentos sin desvincularse de la docencia debería iniciarse en la escuela. ¿No te parece?

¡Ah, sí! De hecho, todas las organizaciones educativas deberían reflexionar sobre los impactos de sus decisiones y actos. Sin embargo, creo que la institución más peligrosa para el siglo XXI es la universidad, que es el lugar donde se forman los científicos. La universidad está en primer puesto para desarrollar un compromiso con la sociedad, al igual que las empresas y obviamente los gobiernos, mucho antes que otras organizaciones, como pueden ser un club de fútbol o un club social.

No crees que sería otra la relación de los chicos con la literatura y con la palabra, incluso con el respeto a muchos temas, si en las facultades de educación y en

los pedagógicos se implantaran talleres de narración de cuentos para los profesores. Imagínate a niños de los primeros grados completamente encandilados porque la maestra les cuenta un cuento.

Genial. Es mi sueño. Es que yo no entiendo cómo uno puede dictar sin haber hecho teatro, narración de cuentos... no entiendo cómo puede uno enseñar sin tener la perfecta conciencia de que está siendo un *one-man show*, una *one-woman show*, delante de un público. Y que eso es bello, pero debe trabajarse. Yo he tenido tantos profesores aburridos que sin duda me decían cosas muy valiosas, pero lo decían tan mal que yo me olvidé de inmediato.

A mí me encanta el concepto que se sostiene en el profesor como un buen actor.

Para mí está clarísimo. La actuación aporta tanto a mis clases como los propios conocimientos.

Quisiera tocar un tema que para muchos puede ser banal: la presencia del maestro. ¿Qué puede hacerse para que el profesor entienda que encarna una figura y una voz frente a su auditorio?

Es muy difícil. Me hace pensar en un hermoso texto que dice que estamos todos en un río muy caudaloso y que cada uno quiere aferrarse a la orilla, pero más se aferra a la orilla y más golpea el agua. En realidad, que lo que deberíamos hacer es soltarnos, no tener miedo a ser llevados por la corriente, juntarnos todos en medio y tenernos de la mano para no ahogarnos, hasta que el río se vaya calmando.

¿Crees que la docencia atraviesa una crisis a nivel mundial?

Sin duda. Lo que veo en Francia es que la educación está llegando a un nivel de fracaso enorme, ya no hay entendimiento entre los jóvenes y la propuesta escolar. Yo creo que todo es debido a que el profesor se aferra a un estado de cosas que ya desapareció, que es un estado en el cual el conocimiento era escaso y estaba colocado en la cabeza de los que sabían. Entonces, los que no sabían tenían que ir a preguntar a los que sabían, para obtener un poco de su conocimiento. Ahora el conocimiento está en Internet.

Que ellos investiguen, el papel de los profesores es otro...

Siempre digo a mis alumnos: la próxima semana vamos a ver tal tema, cualquiera de ustedes puede llegar a la clase más sabio que yo sobre el tema. Basta una buena revisión de todos los medios de comunicación al alcance y lo pueden hacer, ¿no? Desde luego, nuestro papel ya no debería ser el de informantes que infunden conocimiento esotérico, sino más bien un facilitador de dinámicas en base al conocimiento. Por eso la capacidad de apasionarse por su tema se vuelve central, porque es lo que vas a contagiar.

Una pregunta final. ¿Tú escribes cuentos?

No. Inventé dos cuentos en mi vida: «La gota de agua» y «La caca de vaca». Nunca los escribí, porque para mí está muy claro que el trabajo del cuento es un trabajo oral. No están escritos, pero están en discos compactos, es mi versión y cualquiera que retome esos cuentos puede hacer su versión y que los haga vivir.

CAMILA ESTÁ MUY BIEN, NO LO ECHES A PERDER. Fue su profesora la que me dijo esto a bocajarro. Me quedó mirando fijamente y con dulzura. Yo había estado, hasta ese momento, abstraído con la conversación y aunque había notado la mejoría de mi hija en la última semana, a partir de aquel domingo familiar, me tenía impuesto no hablar de ella con A. Hacerlo me hacía sentir demasiado anclado a mi pasado, a las ilusiones de un matrimonio que flotara en una marea de libros. Pero zarzas y matojos habían estropeado la realidad, eran parte de la existencia de cualquier mortal. ¿No había sido así la vida de los escritores que admiraba? ¿No eran sus obras poco afectas a la complacencia?

Era la tercera vez que salía con A. Esta vez habíamos ido al teatro, reponían la obra *Escuela de payasos*³⁴ en el auditorio del colegio italiano. Y habíamos terminado, después de reír y aplaudir el montaje, en un café de Lince. Durante el tiempo que llevábamos conversando, previo a su advertencia, yo había mostrado todo el interés por saber cómo trabajar la lectura con los más pequeños. Ella estaba locuaz, encantada con el tema.

34 Del caricaturista y autor teatral Friedrich Waechter, nacido en Polonia en 1937 y fallecido en Alemania en el 2005. La obra narra la historia de un profesor y cuatro alumnos que a través de algunos ejercicios divertidos ponen de vuelta y media una clase convencional.

—El dominio de la lengua oral es una condición básica para acercarse a la lengua escrita.

—Imagino que los niños con poco léxico o mala articulación tendrán mayores dificultades para leer.

—Claro, ellos imitan el entorno familiar. En las casas donde se habla mal es muy probable que no haya libros.

—¿Crees que el lenguaje está vinculado a la inteligencia?

—Sí, aunque hoy se habla de varias inteligencias. De todos modos es importante que los niños se expresen usando diversos lenguajes.

—Corporal, gestual...

—Por eso todo programa de lectura debería utilizar los relatos orales, las canciones infantiles.

—¿Te refieres por el aspecto fonético?

—No solo, también por las ilustraciones. Para mí la interpretación de la imagen tiene el mismo valor que la interpretación de un texto escrito.

—¿Y por qué tanta resistencia de los profesores de inicial a trabajar con libros álbum?

—Bueno, tal vez por falta de estrategias relacionadas con la lectura de imágenes y también poca valoración al aprendizaje significativo.

Ahora que hago esfuerzos por reproducir el diálogo que sostuvimos, advierto que más parece una entrevista. Creo que realmente fue así. Yo estaba encandilado y no paraba de preguntar. Debía tener unos años más de los que le había atribuido; no me atreví a preguntarle, por supuesto. También hubiera querido saber dónde estudió, en qué

colegio, en qué universidad, si había salido al extranjero, cuál género de cine prefería, qué música escuchaba... pero supe que debía contenerme, resistir a mi propio chantaje.

—¿No piensas que se responsabiliza demasiado al colegio cuando la lectura debería nacer en el hogar?

—Estoy de acuerdo: la curiosidad y el gusto de saber deberían iniciarse en la casa...

—¿Y la función de la escuela?

—Fortalecer esas facultades. Pero con una propuesta innovadora, donde los niños y las niñas tengan protagonismo...

Y fue entonces que guardó silencio un segundo y me dijo, mirándome a los ojos y tratando de ser lo más amable:

—Camila está muy bien, no lo echas a perder.



En la mesa, con Camila y H. Son alrededor de las ocho de la noche. Me han invitado mi postre favorito y casi no levanto la cabeza; colmo una cucharita de arroz con leche, la observo en silencio y me la llevo a la boca. No me doy cuenta, pero me demoro más que ellas.

—¿Ya no te gusta, papi?

Estoy tan retraído que tardo lo suficiente para que H responda por mí:

—Está contando las pasas, hijita —me mira algo tensa—... quiere saber si he puesto las pasas exactas.

La miro y contengo un mohín.

—Me encanta, hijita —contesto.

—¿Entonces por qué comes en cámara lenta?

—Porque recordaba.

—¿Como Marcel Proust? —replicó H.

—Más o menos —suspiré—. Me preguntaba hacía cuánto tiempo no probaba un postre tan delicioso.

—¡Lo hemos hecho juntas! —exclamó Camila.

—Con razón tiene un gusto especial —dije—. ¿Y se puede repetir?

—Sí, ¿no mami?

Y el precioso e incansable radar de mi hija se dirige a su madre. H asiente de buen grado. Camila se relaja, sonríe y su sistema de ondas le dice que la distancia se ha acortado y que un ave blanca sobrevuela esta mesa.



Nunca sabré cómo se enteró H. Puede ser que escuchara algunas habladurías en el colegio —a veces pasa ella a recoger a Camila— o tal vez fue una persona que nos vio en el café... lo cual es muy difícil, pues no son los lugares que frecuentan sus amistades. La primera opción es también insólita; salvo una vez que hemos conversado en el salón, nunca más volví a buscarla en el colegio. No han sido muchos nuestros encuentros ni comprometedores, pero vaya uno a saber cómo corren las noticias. La sorpresa que me causó la frase de H: «Así que quieres empeorar las cosas», fue enseguida lapidaria cuando agregó: «Todo queda entre profesores».

Ella acababa de entrar al departamento y Camila había corrido para recibirla. La tenía alzada en sus brazos y Camila no dejaba de estamparle besos en la mejilla, cuando salí a saludarla. Se había cortado el cabello, tenía la cara limpia, sin maquillaje, como si se lo acabara de sacar. Lucía más lozana y radiante, pero me miró y de súbito ensombreció. No fue una mirada de rencor ni de reclamo, sino de profunda decepción. Pronunció cada palabra con perfecta entonación, glacial, sin alterar un músculo de más. Quería sonar distante y suficiente.

Me quedé de pie, sin decir una palabra. Desarmado ante la evidencia. Era un accidente más que me ocurría con ella. ¿Por qué estas circunstancias me parecían inevitables? ¿Por qué no encontraba un gesto siquiera para responder a su desencanto? ¿O no era desencanto lo que sentía H, sino aflicción? Tal vez rabia. ¿No quería acaso estallar en palabras y no podía hacerlo frente a este imitador de palabras? Histrión, personaje de novela barata que había enmudecido solo por un rato y pronto saldría seguramente con un borbotón de palabras esquivas y sutiles. Esta vez no.



Una espléndida mañana de verano. Ya llevaba varias semanas entrenando y cada vez me sentía mejor. Había empezado con sesenta abdominales y ya los había duplicado; prefería hacerlos acodado, levantando las piernas y sosteniéndolas unos segundos sin dejarlas caer. O una vez arriba, las abría y las cerraba en tijeras. Ya podían ponerme al frente a un rival novato, si quisieran. Aunque todavía quedaban unos cuantos días de clases, los exámenes y las vacaciones para terminar de ponerme en forma. ¿Volvería

a pasar parte del verano en Tuquillo? El año pasado estuve muy bien, porque fui a esa playa del norte básicamente a leer —llevé novelas de Coetzee, Murakami y Fante, y un libro de ensayos de Paul Auster—, pero ahora quisiera escribir una novela. ¿Será esta? Pero antes debo escribir la ponencia para el congreso de literatura infantil; ha sido un privilegio que me invitaran. Me llenaba de ilusión viajar y conocer a algunos escritores que aprecio; estoy informado de que asistirán Ana María Machado, Jordi Sierra i Fabra, Francisco Hinojosa...

Hacía unos días había recibido la invitación para ir a Santiago de Chile, el evento lo organizaba una poderosa editorial española. Tenía todavía dos semanas para preparar la ponencia que, tras barajar dos o tres temas ya lo tenía decidido: sería sobre las carencias de nuestros programas de lectura en la escuela. Como suelo empezar por los títulos, la posibilidad de llamarla «Omisiones y devaneos...» me resultaba sugerente. Era un asunto que me rondaba hacía un buen tiempo y había conseguido, casi sin proponérmelo, acumular información, entrevistar a algunas personalidades, conversar con profesores y alumnos. Aunque no podría curar mi vicio del escepticismo, sí debía evitar, en lo posible, una visión pesimista del problema.

El sábado que me senté frente a la computadora y escribí las primeras líneas me dolía hasta el alma: al mediodía, luego de correr los cinco kilómetros, había hecho, después de mucho tiempo, algo de boxeo con el instructor del gimnasio. Solo el que ha impactado las guanteletas, practicado combinaciones, alternado izquierda y derecha, esquivado algunos golpes, cambiado la guardia y transpirado como un toro sabe de ese placer salvaje. Y sabe

también del goce que siente el cuerpo, rendido y satisfecho, como si le alcanzara de pronto la complacencia de la vejez.

Me distraje contemplando la pintura de Pieter Brueghel que tengo frente a la computadora. *Juego de niños*, 1560. Al cabo de un rato tuve deseos también de retozar, quise entremeter mi fantasía entre aquellos personajes rústicos y felices y comencé a imaginar a los chicos de mi salón en reemplazo de los que veía en el cuadro. Ese precioso caos era la mayor explosión de alegría humana que había visto jamás; ningún gesto de angustia ni de sufrimiento, todos corrían o brincaban, estiraban los brazos para alcanzar al compañero o hacían rodar un aro por aquella plaza de tierra seca.³⁵ Algunos chicos, los más inquietos, eran fáciles de ubicar: colgados de cabeza, saltando lingo, montados en caballos de palo. Otros se resistían a encontrar un lugar. «¿Dónde podría estar este y aquel?», me preguntaba. De pronto se me ocurrió hacer lo mismo con los profesores que conozco...

—Y yo —me dije en voz alta—, ¿dónde estaría?

35 He evocado un pasaje de *Las aventuras de Pinocho* (1883). En el capítulo XXXI, Carlo Collodi describe El País de los Juguetes: «Este era un país que no se parecía a ningún otro. Componían su población niños de ocho a catorce años. En calles y plazas reinaba una bulla ensordecedora. Por todas partes había barras de chicos que jugaban a la rayuela, al fútbol, a la gallina ciega, a los bolos, al rango, a la mancha y a las carreras. Quiénes iban en bicicleta, quiénes en monopatín y quiénes en caballitos de madera. Algunos, vestidos de payaso, hacían ver que se tragaban estopa encendida, como hacen los payasos de veras en los circos y las ferias. Otros recitaban, cantaban, daban saltos mortales y otros caminaban con las manos en el suelo y los pies en el aire...».



También la lectura escolar me ha revelado algunos prodigios. Referiré uno que me dejó sobrecogido, a pesar de provenir de una sesión de masaje. Desde que entreno fuerte, procuro concurrir a la sauna una vez por semana, donde encuentro la felicidad en estado puro: leo y descanso a mis anchas. Nunca, sin embargo, había ido más lejos en los servicios que ofrece. Un día decidí tomar un masaje; me tumbé bocabajo en la camilla, mientras las manos recias del hombre ciego se hundían en mis músculos.

Como todo peluquero, también el masajista debe ser un buen conversador. Este hombre era tan cuidadoso del lenguaje como atento a mis contracturas; sus observaciones y preguntas guardaban la mayor discreción y buscaban distraer el martirio que sus dedos me infringían. «Ah, usted es profesor», me dijo en un momento. Agregó: «Yo también. ¿De qué curso?». «¿De Literatura? ¡Qué curioso!», exclamó. «Yo también soy profesor de Literatura». Hice un esfuerzo para voltear y mirarlo: ahí estaba su rostro tenso y reservado detrás de las gafas oscuras.

Sonrió apenas y yo regresé a mi posición. Sus dedos volvieron a hundirse en mi cuadrado lumbar. «¿Se animaría a visitar a mis alumnos una mañana?», me preguntó. «Podría darles una charla y conversar con ellos». «Cómo no, encantado». «Verá, ahora estoy empeñado en aplicar el Plan Lector en mi colegio», me confesó. Balbuceé tratando de felicitarlo. «¿Usted no tendrá material apropiado para leer en clase?». No supe qué contestar. «Nosotros casi no tenemos libros; si usted me proporciona cuentos o poemas yo puedo convertirlos al lenguaje braille». Enton-

ces me comprometí en prepararle una selección de textos y llevárselos en unos días. «Es más, mañana mismo», le aseguré. Cuando nos despedimos, me murmuró con delicadeza: «No es necesario traérmelos, puede mandármelos por email».



He entrado a mi departamento y me he repetido que debo colgar algo en ese vacío que he dejado en la pared. Ya van a ser tres días que regalé el cuadro y es como si hubiera expulsado el júbilo del rincón donde trabajo, como si hubiera reinstalado cierta pesadumbre en una arista de mi vida. Sin embargo, no fue difícil deshacerme del viejo Brueghel. Ningún gesto moral, he pensado siempre, es más grande que la gratitud. Depende de otras cualidades para expresarse, como la humildad y el reconocimiento, incluso la generosidad.

—¿Pero a qué se debe? —lo recibió extrañada.

—Tómalo como un regalo de cumpleaños...

—Pero si ya pasó.

—Oh discúlpame, ¡qué cabezota! —dije y sonreí—. ¿Recuerdas cuando me dijiste esa palabra?

—Claro, en mi salón. Qué tonta fui: conversamos como una hora y no te dije nada del libro que me mandaste —me miró como si me regañara y agregó—. Ya van dos regalos...

—El libro fue por el día de la maestra.

—¿Y este cuadro?

—Porque eres una buena persona —afirmé y la tomé de la mano—. ¿No es suficiente?

Ella asintió con la cabeza y bajó su mirada. Advertí que contrajo ligeramente los párpados y que hacía un esfuerzo por pasar la saliva; eso me conmovió más. Como yo, estaba a punto de llorar.

—Hay otra razón además —ella levantó la mirada y ensayó una sonrisa, pero fue un gesto lejano como si no le perteneciera—: si observas bien te encontrarás en una de estas mujeres.

Tracé con el índice una curva sobre el vidrio que cubría el cuadro. Aguzó la mirada, repasó la lámina en silencio y señaló un ángulo, ahora sí articuló un mohín propio con los labios; no fue una sonrisa, pero al menos había recuperado su auténtico semblante.

Lección sexta



CASI SIN PENSARLO HEMOS AMPLIADO nuestra antología de cuentos. Cuando les propuse preparar la segunda edición, mis alumnos aceptaron contentos. A los textos anteriores se han sumado otros de raigambre más social: «Paco Yunque» de César Vallejo, «Maruja» de Julián Huanay, «Ladislao, el flautista» de Francisco Izquierdo Ríos, «El sueño del pongo» de José María Arguedas, «Sobre los modos de ganar la guerra» de Julio Ramón Ribeyro, «El niño de junto al cielo» de Enrique Congrains... además, antes de cada lectura, decidí asignar los diálogos entre los voluntarios para que ensayaran en sus casas. Yo hacía de narrador, algunos de personajes —nunca puse más veintes— y todos ganábamos con la experiencia. Se producían discusiones, compartíamos el temblor de una emoción y nadie dejaba de opinar.

Escribe Gianni Rodari: «Hay dos clases de niños que leen: los que lo hacen para la escuela, porque leer es su ejercicio, su deber, su trabajo (agradable o no, eso es igual); y los que leen para ellos mismos, por gusto, para satisfacer una necesidad personal de información (qué son las estrellas, cómo funcionan los grifos) o para poner en acción su imaginación. [...] La literatura infantil, en sus inicios, sirva de la pedagogía y de la didáctica, se dirigía al niño escolar —que ya es un niño artificial—, de uniforme, medible según criterios meramente escolares basados en el rendimiento, en la conducta, en la capacidad de adecuarse al modelo escolar. Entre los siglos XVII y XVIII nacen las

primeras escuelas populares, fruto último de las revoluciones democráticas y de la industrialización. Hacen falta libros para esas escuelas; libros para “los hijos del pueblo”. Les enseñarán las virtudes indispensables para las clases subordinadas; la obediencia, la laboriosidad, la frugalidad, el ahorro. La literatura infantil es uno de los vehículos de la ideología de las clases dominantes».³⁶



Un tema me inquietaba y necesitaba una voz. Pienso en ella, claro. Nadie me había acompañado más en la literatura que R —antes mi terapeuta, hoy mi amiga olvidada—, de modo que le escribí un mensaje. «¿Hay solo un pájaro en el mundo / que vuela con mil alas, / y que canta / con incontables trinos...». «¿Me escuchará?». Me contestó enseguida: «Como siempre, ingrato». Era una buena señal, así que le advertí: «Estoy bien, pero mejor será que no preguntes. ¿Puedo hacerte una consulta sobre...». Dos días después recibí su respuesta: «Lo que necesite, señor egoísta». La llamé por teléfono y le recordé que hacía un tiempo habíamos conversado sobre la lectura escolar. Que me interesaban nuevamente sus opiniones.

—La verdad, no recuerdo. Hace cerca de dos años que no conversamos...

—Te escribo —me adelanté antes de que empezara a indagar.

36 «La imaginación en la literatura infantil». En la revista catalana *Perspectiva Escolar* 43, 1978.

Enseguida le mandé un mensaje: En su ideario de lectura, el escritor y pedagogo Daniel Pennac formula como principio que el verbo leer no admite imperativos. Tú eras de una idea parecida: que nadie está obligado a ser lector y que por lo tanto el colegio debería eximirse de esa tarea.

Ella contestó al día siguiente: Los niños aprenden en el colegio a leer, escribir, cantar, sumar, restar, pintar, jugar fútbol. Se gradúan con un manejo adecuado de esas habilidades. Solo algunos, gracias a la coincidencia de una buena educación y sus propios talentos, logran convertirse en escritores, músicos, matemáticos o deportistas. Pero nadie plantea un programa, como en el caso de las campañas de lectura, para convertir a *todos* los estudiantes en artistas o atletas. Se entiende que no *todos* tienen las dotes innatas o el talento.

Le escribí una línea para apurar nuestro diálogo: Pero la lectura es indispensable para el aprendizaje.

Ella se tomó su tiempo, valió la pena esperar: Claro, pero no convierte a una persona en un lector. Será importante hacer ejercicio con ritmo y disciplina, reconocer una melodía o apreciar una obra de arte, pero no es suficiente para el desarrollo de un deportista, un cantante o un artista plástico. Ese nivel requiere del desarrollo persistente de un talento. Como el auténtico lector que lee todo lo que cae en sus manos y cultiva un alma que lo conecta con el alma del escritor.

Mi tercer mensaje fue más personal: ¿No te parece que enfatizas el aspecto emocional de la lectura? ¿Dónde dejas el intelecto? ¿No consideras que la lectura desarrolla también la capacidad de aprender, comparar y cuestionar el pensamiento?

Lo advirtió y me contestó en primera persona: Como lectora no puedo sino conmoverme. Me exalto, sufro, me desespero. Si he aprendido algo de los escritores es a conversar con ellos y a sentir las aventuras de sus vidas. Lo sabes: sus desgracias. ¿Cuál es el afán de transmitir las en la escuela? Más razonable es tratar de convertir a chicos y chicas en sanos y vigorosos deportistas que prueben los límites de su cuerpo. O en músicos que llenen el aire de melodías. Pero, ¿lectores?



Durante la hora del Plan Lector, un alumno mío hojeaba la novela *El corsario negro* (1898), de Emilio Salgari. No solo era extraño que trajera este libro, cuyo título y autor nadie conoce hoy, sino que además fuera una antigua edición ilustrada; muy parecida a la que yo leí con pasión a mis doce años. No tuve cabeza, entonces, para reparar en la geografía del Caribe ni en la botánica de sus selvas ni en el conocimiento de las armas que usaban los personajes; todo en mí era un torrente de emoción. Después he sabido de los desvelos de Salgari por investigar en los atlas y diarios de navegación, por fisgonear en los puertos y confundirse con verdaderos lobos de mar.

—¿De dónde has sacado este libro?

—Me lo ha prestado mi abuelo. ¿Está mal?

—Todo lo contrario.

Juró como uno de sus piratas haber conocido al héroe Sandokán, «El Tigre de la Malasia». Estudió en el Instituto Técnico Naval de Venecia, sin concluir, pero firmaba

como «Capitán» sus manuscritos y cartas personales. Se fotografió en los muelles entre aparejos y mascarones de proa, aunque nunca realizó un solo viaje que no fuera de aprendizaje. Se casó con una mujer loca, se llenó de hijos y se amarró a su mesa de trabajo hasta que se tasajeó el vientre. Fue el más desbordado escritor de aventuras y murió desangrado de lectura, imaginación y terquedad.



Retomo la comunicación con R: ¿Es un peligro incentivar a los chicos a una actividad tan solitaria y subversiva?

El lector pasa horas aislado, yace ocioso sin producir nada concreto mientras lee. Malgasta el tiempo de un modo poco práctico, pues pueden transcurrir días y semanas antes de conocer el desenlace de una historia que bien podría escuchar o ver en una pantalla en un par de horas. Y es que ni siquiera le importan los finales, sino atravesar ese tiempo paladeando palabras. Es egoísta y autónomo, porque aprende a pensar por su propia cuenta y riesgo.

Le mando la última pregunta: ¿Entonces leer es un privilegio solo de algunos?

Los adictos a la letra impresa suelen ser espíritus esquivos al sistema. Pronto se apartan de la autoridad y sin embargo los gobiernos quieren que todos lean. En realidad es más una jugada demagógica, una postura política y un gran negociado de las editoriales. Tú lo sabes mejor que nadie. ¿O ya dejaste de ser un cronopio: «un contrapelo, contraluz, contranovela, contradanza, contratodo, contrabajo, contrafagote, contra y recontra...» como escribió tu amado Cortázar?

Esa tarde paso por su consultorio y dejo *Discurso del oso*, en una preciosa edición para niños.³⁷ Con una nota: Gracias, Maga.



Las dos grandes editoriales extranjeras que trabajan en el Perú desde hace décadas, iniciaron sus planes de lectura asociados a la promoción y venta de manuales escolares. La campaña en favor de la lectura de niños y jóvenes nacía en el país no como una preocupación del Estado ni de la sociedad civil, sino gracias al empeño de empresas con indudable experiencia y expectativas comerciales. En los últimos años se han sumado otras editoriales transnacionales, cuyo poder mediático y económico resultan inalcanzables para los niveles de nuestras editoriales y la capacidad del Estado.

Si el sistema educativo en el Perú ha demostrado insolvencia para reparar las deficiencias de comprensión lectora en nuestros estudiantes, cuyo problema es estructural y engendra numerosos fracasos, no sorprende que haya dejado libre el espacio a las grandes editoras, que difunden su producción literaria principalmente en colegios de sectores A y B. Estas empresas trabajan al margen del Ministerio de Educación —salvo para las licitaciones—, sin coordinación ni aportes como sucede en otros países. ¿Cabe esperar un reclamo, una rebelión del Estado?



37 Cuento de Cortázar ilustrado por Emilio Urberuaga. Barcelona: Libros del Zorro Rojo, 2008.

En los últimos años se han subastado manuscritos por verdaderas fortunas: 815.000 euros por una minúscula revista de Charlotte Brontë; un millón de euros por el *Ulises* de Joyce; tres millones y medio de euros por el Manifiesto del Surrealismo, veinte páginas escritas por André Breton. Cuando la caligrafía tiende a extinguirse de las escuelas y mesas de escritores, de los bancos y consultorios médicos, ocurren estas excentricidades. Pronto dejaremos de ver bolígrafos y lápices, salvo en raros anticuarios; como ha sido el destino de las emblemáticas máquinas de escribir Underwood.³⁸

Los sistemas digitales han abolido las cartas personales y parecen amenazar las anotaciones a vuela pluma y el papel, las agendas y los subrayados de los libros; no hay vuelta atrás, los tiempos actuales nos conducen inexorablemente a la pantallización. El viejo televisor y el iPad, el procesador de textos y el celular pertenecen al dominio de la ventana mágica; el imperio más tenebroso del colegio y sus maestros.

«Hace a los alumnos más propensos a la desconcentración, porque están sometidos a múltiples estímulos» / «Los sumerge en la ficción, en universos alternativos y aquí encuentran un enganche que no les ofrece el texto literario» / «Las nuevas generaciones están atrapadas en un campo magnético y el libro está al margen, como un elemento aburrido y molesto» / «Para qué leer, si para cualquier trabajo basta el famoso *copy* y *paste*. La lectura

38 Inevitable referencia: *La casa de cartón* (1928) de Martín Adán, novela fundacional de nuestra narrativa adolescente, divide su estructura con los «Poemas underwood».

es, como mucho, una chequeada» / «Los libros tienen enemigos terribles. El principal, la tecnología electrónica» / «Los videojuegos embrutececen a los alumnos: los captan de manera elemental por lo visual y auditivo, interrumpiendo sus procesos intelectuales».

Un collar de perlas que he ensartado en mi tesis con opiniones de profesores de colegio. Desde que guardo memoria, padres y maestros han lamentado las señales de modernidad en la educación, como si fueran las trompetas del Apocalipsis. Con mis compañeros de generación escuchábamos a diario la cantaleta de nuestros padres: «La televisión hace daño. Te vuelve sonso», sin despegar los ojos de *Calabozos y dragones*, *MacGyver* o *Miami Vice*... y terminamos acomodándonos, mal que bien, en una renovada trama social. Tal vez el sino del educador consista en resistir contra las cuerdas, contragolpear y vender cara la derrota.



Estamos en el despacho del director de Estudios. Esta vez la comisión ha solicitado una reunión para presentar algunas propuestas. Yo tendré que sustentarlas. Él demora más de la cuenta y yo aguardo sentado en mi esquina. Se hace esperar, es una maldita táctica. Al fin aparece por el túnel cubierto con un albornoz, agita los brazos en el aire. Damos dos trancos hacia el centro, tocamos los guantes, él sonrío confiado. La luz no me permite ver los rostros, pero allá abajo la multitud ruge de pie. Resisto un *round* más, parece que llevo un año en el *inside*. Sobre los hombros de mi oponente, agotado, amarro la pelea. Oigo cómo aclaman su nombre. Estoy a punto de desvanecerme. Voy a caer, irremisiblemente voy a perder.

Las apuestas nunca estuvieron de mi parte. Mi rival busca mantenerme a distancia, sabe que soy duro en el cuerpo a cuerpo y que él tiene mayor alcance de brazos. Abro un resquicio, entre su antebrazo y su abdomen consigo meter un *uppercut*. Sacudo su mandíbula, lo he movido a pesar de sus noventa kilos. Recupero un instante de vigor y preparo otro golpe. Mi puño encuentra un vacío y entra limpio al mentón; la cabeza se impulsa a un lado, escupe el protector y ahora se desploma sobre mi pecho. Empujo con fuerza, bajo su torso y logro zafarme del *clinch*. Doy un paso atrás, saco un recto para desproteger su guardia y giro la cadera con toda mi alma: el guante aterriza en su pómulo. Se produce un silencio sepulcral en el público, mi rival empieza a desplomarse, el árbitro me empuja a las cuerdas, los espectadores ahora vitorean mi nombre.



Hace unas semanas fui invitado a dar una conferencia a Villa María del Triunfo sobre el Plan Lector y a *interactuar* con los chicos. La invitación provenía de una ONG que, sin duda, realiza una labor encomiable en esa zona desfavorecida de nuestra capital. Era la primera vez que iba, a solo veinte kilómetros de Lima, con casi trescientos asentamientos humanos y en la que modestas viviendas se apiñan desde las laderas de los cerros hasta la cumbre. Al ver la carpa del evento en medio del terral, me alegré de comprobar el afán por democratizar la cultura, por fomentar que chicas y chicos lean y luchen por un país más equitativo. Recordé cómo se enquistó Sendero en la educación y esos años vividos de terror; sentí que el acto de la lectura nos devolvía la confianza en nuestra propia formación y en nuestra relación con los demás.

La carpa tenía el tamaño de una losa deportiva y albergaba una veintena de puestos, entre exhibidores de libros de dudosa edición y mesas donde orgullosas maestras presentaban los logros alcanzados por sus alumnos en el Plan Lector. Al frente de los puestos se encontraba el auditorio, con animadores de lectura que subían y bajaban con exaltación. Esperé mi turno, mientras escuchaba a contadores de cuentos y miraba hacer cabriolas a unos muchachos disfrazados burdamente de personajes como Barnie o Timoteo. También me distraje viendo al público: solo un puñado seguía en silencio las incidencias del escenario, mientras que la mayoría conversaba y reía, algunos disfrutaban de las fritangas de una vivandera y no faltaban quienes contaban chistes y bebían unas cervecitas.

Todo este espectáculo en el evento al que había sido invitado y ahora me tocaba subir al escenario para dar una charla. ¿Por dónde empezar? ¿Cómo decirles que hacerse lector es un proceso personal que requiere de un espacio privado? ¿Debía preocuparme por la insuficiente lectura o por algo más esencial? Recordé el poema de Vallejo que empieza: «Un hombre pasa con un pan al hombro / ¿Voy a escribir, después, sobre mi doble?» y sentí que lo que me correspondía hacer era desaparecer y no arruinarles el jolgorio.



Final de la mañana y mis pequeños alumnos muestran los estragos de un naufragio: han rendido tres agotadores exámenes. Doblados sobre sus carpetas y el cuerpo maltrecho, envejecidos prematuramente, parecen flotar afeerrados a un tablón de altamar a la espera de un milagro. He venido a clases, presintiendo el desánimo, dispuesto

a mantenerlos con esperanza hasta la hora de salida. Sin anunciarlo, extraigo de mi bolso el disco con tres historias de *El narrador de cuentos*, aquella serie televisiva que se transmitió en Lima a principios de los noventa.³⁹ Cada historia presenta al mismo viejo solitario —estupendo John Hurt— en un sombrío castillo medieval, quien al calor de la chimenea narra a su perro antiguos cuentos europeos. Introduzco el DVD en el aparato, bajo la pantalla y oscurezco el salón.

La luz del proyector nos devuelve a la vida. Es fascinante el modo como la fábula «Hans, mi pequeño erizo» entrecruza, superpone y fusiona los recursos técnicos del cine con la magia del relato primitivo. En la penumbra, sin la mínima interrupción, me empeño en distinguir los gestos de mis alumnos. Como nunca antes en mi presencia, cada uno está más subyugado que el otro y comparte el sufrimiento de la horrible criatura que encarna la maldición. Así lo sostiene el filósofo alemán Walter Benjamin: «Su aliento se confunde con la atmósfera de los acontecimientos y todos los personajes lo respiran. El niño se mezcla mucho más íntimamente con los personajes que el adulto. El acontecer y las palabras cambiadas lo afectan en lo más hondo...».⁴⁰

Enciendo los fluorescentes y mis alumnos vuelven del castillo, donde han permanecido veinticinco minutos en otra época. Les propongo enseguida leer el cuento en su versión

39 Creada y producida por Jim Henson en 1987. La primera temporada reúne nueve capítulos inspirados, fundamentalmente, en los cuentos de los hermanos Grimm. La segunda, con otro formato, relata cuatro mitos griegos.

40 *Escritos. La literatura infantil, los niños y los jóvenes* (1989).

original. Nadie se niega y todos escuchan con atención; noto que vuelven a cubrirse del pellejo de púas del monstruo. Tenemos un pequeño debate que enriquece nuestras percepciones. Luego volvemos al Medioevo con «El gigante sin corazón», el enorme monstruo que tenía aterrada a las gentes de la comarca y que muere contra la voluntad del héroe que lo capturó: sus hermanos destrozan el avispero de su corazón. Un final triste, pero la conversión ulterior del gigante en montaña tiene un alto valor simbólico. Cuando enciendo la luz, mis alumnos han crecido horrorosamente y algunos me ordenan leer el cuento.



Se acerca el fin de año y una de las actividades que más desagrado me produce es el *Open day* —mañana dedicada a los padres de familia—; las otras son la organización de la clausura y los informes académicos. Sin embargo, gracias al pedido que hicimos, me entusiasma ahora el carácter que tiene la reunión. Bajo el lema «También leo en vacaciones», figuran en la agenda de hoy las lecturas obligatorias de los chicos y la supervisión de sus padres. Imagino que lo tomarán muy bien. Al inicio del próximo año lectivo, los chicos deben rendir un control de *Danny, el campeón del mundo*, de Roald Dahl; *Momo*, de Michael Ende; y *Una cometa*, de Paola Arenas.

Nunca he escalado el nevado Huascarán (más de 6500 msnm) ni completado el Camino del Inca (Cápac Ñan, 5200 kilómetros), pero esa asamblea con papás y mamás fue casi tan ardua como hacerlo. Seré justo: exagero, es verdad, pero con la mayoría de ellos fue un tormento. No tenían idea de lo que habíamos leído ni de las películas

que les había pasado este año. Conocían *Leer por gusto*, nuestra antología, pero ignoraban su contenido. Pregunté por otras formas de lectura —teatro, circo, cuentacuentos— que motivaran conversaciones en casa. Me miraron como bicho raro.

He tomado nota de algunas de las interpelaciones y exclamaciones que tuve que escuchar: ¿Dónde puedo comprarlos? ¿Más gastos todavía! ¿Son obras o novelas? ¿Yo no tengo idea cómo controlar si lee o no! ¿No pueden hacer un taller de lectura en el colegio? ¿Pero si nosotros no tenemos tiempo! ¿No son las vacaciones para descansar? ¡Siempre le decimos que leer es beneficioso pero nada de dejar la computadora! ¿Pero cómo lo obligo? ¿Qué hábito ni que ocho cuartos! ¿Pero para qué sirve la literatura? ¡Tú, modelo de lectura, no me hagas reír! (papá a mamá) ¿Qué tipo de obras? Porque hay algunas que entorpecen la mente... (papá y mamá a mí con ojos de Torquemada). Lo tengo claro: en este afán por la lectura es más responsable la familia que el magisterio, aunque nosotros paguemos las consecuencias.



Feria del libro de Trujillo. Las actividades de literatura infantil y juvenil aparecen programadas desde el mediodía hasta las cinco de la tarde; nunca en horas estelares. Presentaciones de libros, cuentacuentos, talleres de lectura y de escritura creativa pertenecen a una especie de salón B. A primera hora del sábado visito el Museo del Juguete, luego paseo por el parque donde han instalado los puestos de libros —adquiero dos novelas para niños y ensayos de Silvia Kohan, Berta Hiriart, Emilia Ferreiro, Teresa Colomer y Aidan Chambers—; estoy en la cafería escribiendo

estas líneas y en unos minutos moderaré un conversatorio con profesores.

—Uno de los principales problemas acá es la corrupción del sistema docente. Existen muchos colegas (¡da cólera llamarlos así!) que buscan comisión para promover un libro. No les importa la calidad, solo que los beneficie económicamente.

—Peor... hay directores que tienen copias piratas en sus colegios y las alquilan a sus alumnos. Encima arguyen que ese método garantiza que los alumnos lean rápido, como el alquiler es por horas.

—Van juntas la corrupción y la mediocridad. Esos directores son peores que burócratas, porque ni siquiera toman en serio el Plan Lector.

—Es verdad. Casi nadie se preocupa por resolver el problema.

—¿Cómo van a resolverlo si ni lo entienden? Yo muchas veces no sé qué hacer: ¿deben mis alumnos leer *Platero y yo*, por ejemplo? Está en el programa, pero yo sé que ningún alumno lo lee y me hacen el avioncito.

—Tenemos que distinguir, colegas, el curso de Literatura del Plan Lector. Cumplen distintas finalidades...

—Puede ser, pero nadie nos explica nada. No recibimos capacitación del Estado y cuando queremos estudiar por nuestra cuenta, el colegio no da permiso.

—Como siempre, el horario es nuestro peor enemigo. Por eso el Plan Lector ha caído a muchos como chicharrón de sebo.

—Sí, pues. Ya teníamos bastante con corrección de cuadernos, papeleos, exámenes, preparación de clases...

—Es verdad, colega. Pero en educación ningún esfuerzo es suficiente.



Todavía bajo el sol del norte. Un estudiante de literatura me regaló una revista universitaria que hojeo camino a la estación. Tendré buena lectura antes de dormir en el bus: textos de creación, reseñas de lecturas, un ensayo sobre la poesía completa de Luis Valle Goicochea⁴¹ y un testimonio de Ciro Alegría sobre Vallejo, quien fue su profesor en primer grado de primaria. Se titula «El César Vallejo que yo conocí».⁴²

«Algo que le complacía mucho era hacernos contar historias, hablar de las cosas triviales que veíamos cada día. He pensado después en que sin duda encontraba deleite en ver la vida a través de la mirada limpia de los niños y sorprendía secretas fuentes de poesía en su lenguaje lleno de impensadas metáforas. Tal vez trataba también de despertar nuestras aptitudes de observación y creación. Lo cierto es que, frecuentemente, nos decía: “Vamos a conversar”... Cierta vez, se interesó grandemente en el relato que yo hice acerca de las aves de corral de mi casa. Me tuvo toda la hora contando cómo peleaban el pavo y el gallo, la forma en que la pata nadaba con sus crías en el pozo y cosas así. Cuando me callaba, ahí estaba él con una pregunta

⁴¹ *La pared torcida* (2005). Compilación y prólogo de Jorge Eslava.

⁴² Publicado originalmente en la revista *Cuadernos Americanos*, en México, el año 1944.

acuciante. Sonreía mirándome con sus ojos brillantes y daba golpecitos con la yema de los dedos, sobre la mesa. Cuando la campana sonó anunciando el recreo, me dijo: “Has contado bien”. Sospecho que ése fue mi primer éxito literario».

«No siempre le producían placer nuestros relatos. Un día, llamó a un muchachito que era decididamente tardo. El pequeño, quizá más trabado por el mal talante que traía nuestro profesor —tenía la boca y el entrecejo fieramente fruncidos—, no pudo decir casi nada, repitió varias veces la misma frase y de repente se calló. “Siéntese”, le ordenó con cierta despectiva rudeza. El chiquillo se fue a su banco y, cruzando los brazos, metió entre ellos la cabeza y se puso a llorar ahogadamente. Vallejo se incorporó estremecido y fue hasta el pequeño. Estrechándole las manos lo llevó hasta su mesa, donde le acarició la cabeza y las mejillas hasta calmarlo. Sacó un gran pañuelo para enjugar las lágrimas que brillaban aún sobre la carita trigueña y luego se quedó mirándolo largamente. Sin duda, en la desconsolada angustia del narrador frustrado, sintió esa que a él mismo solía oprimirlo muchas veces y ha aludido en sus versos. Cuando recuerdo aquella ocasión, me parece verlo arrodillado con la mirada, sufriendo por el niño y él y todos los hombres».



En la avenida Diagonal entro a la librería y me cruzo con J, un antiguo compañero de estudios. Más de diez años que no lo veía, era una de las promesas de nuestra narrativa, pero desapareció después de ganar un par de premios importantes y mantener una columna literaria en un dia-

rio. Se hizo de un prestigio de crítico severo, de muchos enemigos y de una novia regia que escribía cuentos para niños. Al igual que yo ahora está solo, trabaja en el área comercial de esta librería desde hace años —lleva dos meses en este local— y sigue siendo un lector desaforado. Intercambiamos frases de cortesía, hasta que me pregunta qué estoy buscando. Nada en particular, le respondo. Le cuento que he estado leyendo muchos ensayos sobre pedagogía y lectura.

—¿Así que escribes algo, no? —me mira con sus enormes gafas.

—No... tomo nota más bien de algunas ideas.

—¡Pobre! —me sonrío también con sus enormes gafas—. ¡Eres un profesor desencantado de la lectura en la escuela!

—Todavía no.

—Yo estuve enseñando dos años y terminé desengañado.

—Tengo una hija pequeña, te imaginas que no puedo tirar la toalla.

—Que se convierta en una ratona de biblioteca no te hace salvador de la patria. ¿Sabes cuántos escolares entran a la librería? Ni uno... y en campaña escolar vienen las mamás y los papás con sus listas, rara vez los acompañan sus hijos.

—En el colegio donde estoy las cosas empiezan a mejorar...

—Ojalá —se acomodó sus enormes gafas—. Pero terminarás frustrado.

—No creo. De lo que estoy hartos es de una manera de enseñanza.

—Cuando te convenzas de que todo es inútil —me dijo con gravedad—, lee *El maestro ignorante*, de Jacques Rancière. Te divertirá...

Entrevista a Marina Colasanti

Las armas secretas de un hada

Es una mujer hermosa, de porte distinguido, cabellos de fuego y ojos verde agua. La blusa holgada y la pollera india le dan un aspecto casi etéreo. Parece una criatura salida de sus cuentos maravillosos. Marina Colasanti nació en Asmara, capital de Eritrea, pequeño país africano bañado por el Mar Rojo. Durante su infancia se mudó a Italia y luego a Brasil, donde reside actualmente en medio de una gran biblioteca y al lado de su esposo Affonso Romano de Sant'Anna, el poeta «más brasileño de la actualidad». Estudió en la Escuela Nacional de Bellas Artes y se especializó en grabado. Trabajó en el *Jornal do Brasil* como periodista e ilustradora. Durante veinte años fue presentadora de televisión en programas de carácter social y cultural.

Llegó por azar al mundo encantado de brujas y elfos: debió reemplazar a la editora del suplemento semanal para niños, encarcelada por la dictadura militar. Cuenta que no tenía qué publicar, así que decidió adaptar un cuento clásico y consiguió escribir un nuevo cuento de hadas. *Aboga por la legitimidad de una literatura infantil emancipada, sin mandatos ni censuras. «Todos los temas son importantes. No creo en eso de enviar los cuentos de hadas a la lavandería para retirarles las manchas de sangre».* En 1979 publicó su primer libro para niños titulado *Uma Idéia toda azul* y desde entonces no ha dejado de publi-

car. Aprecio sus libros de ficción y su *Fragatas para tierras lejanas: conferencias sobre literatura* (2004), un volumen de ensayos deliciosamente escrito. Ahora la tengo frente a mí, airosa y firme, negándose a las fotos y a seguir firmando autógrafos. «Disculpen, debo conversar con el señor», dice y me señala. Vaya privilegio el mío de comprobar que las hadas también sacan la espada.

Vamos a hablar sobre su trabajo creativo, ¿le parece? Quisiera que me permita ingresar a la «cocina del escritor» o si prefiere a la «carpintería de la escritora».

O a la manufactura de corte y costura...

¿En qué ámbito se siente más cómoda? ¿En «el taller» o por cuestiones de género preferiría la «relojería»?

Me da igual. Aunque no «la relojería», porque es una falsificación. El tiempo es una invención de los humanos y reglamentarlo de esa manera, que lo llevamos al punto, es totalmente ficcional.

Apenas hemos comenzado y ya empezamos a parecer-nos a los personajes de la novela Momo.

Sí. (Risas). Entonces «relojería» no. Está bien para Disney, que cambió al Gepetto que trabajaba con madera y lo convirtió en un relojero.

Es atroz lo que hizo Walt Disney... aunque canonizó y masificó a *Pinocho*.

Pero esta canonización, no. Prefiero dejarlo como estaba.

Su cultivo del cuento maravilloso me parece sorprendente: es un género que tiene sus códigos definidos, tanto de escritura y estructura como de contenido, pero pareciera que usted se ha propuesto alterar forma y fondo de los cuentos de hadas.

No soy por naturaleza muy obediente a los códigos. No estaba interesada en reescribir, recrear, ni volver a los cuentos de hadas. Estaba interesada en una narrativa para cualquier edad, en donde el texto fuera muy importante, al contrario de los cuentos de hadas que son siempre trabajados en imitación de oralidad. Los Grimm intentaron hacer la reproducción real de la oralidad, pero no lo lograron. También Andersen ensayó una cripta oralizante. A mí eso no me interesa para nada, yo no soy una persona de la oralidad.

No deja de ser un artificio literario pretender copiar la oralidad. Sabemos que el cuento maravilloso emplea un lenguaje sencillo, pero a la vez bastante connotativo. ¿Usted era consciente de un empeño mayor?

Soy consciente y es una elección. Yo escribía para adultos cuando empecé a crear cuentos de hadas. Cuando empecé me puse muy mal, tenía muchas dudas y reflexioné sobre ellas, me preguntaba si me iban a entender o no. Hasta que dije que no me interesa si me entienden o no. No puedo hablar con el lenguaje de los niños. No soy una niña. Yo necesito ir por detrás buscando mis sonidos, mi lenguaje interior. Si eso va a servir para niños o adultos, eso es secundario, es independiente de mí.

Siento que está defendiendo la entidad literaria y la jerarquía del escritor en el género infantil. Podría resumirlo: un eco del lenguaje infantil, pero bajo la creación genuina del autor.

Yo he trabajado en publicidad mirando hacia el público a lo largo de ocho años. También pensé en el público lector cuando trabajé dieciocho años en una revista, en un periódico. Pero cuando hago literatura es un diálogo personal. Y cuando escribí los cuentos de hadas, yo era consciente de que estaba yendo en contra de todo, porque en aquel momento —antes de Bruno Bettelheim— se decía «los cuentos de hadas son alienantes». Se hablaba muy mal de ellos y se los limpiaba con alcohol, se les quitaban la sangre y todo signo de crueldad. Mientras escribía, yo me decía: «Pero eres loca, porque no van a querer este libro», «Van a decir que es un lenguaje muy poético». Pero no me interesó, era lo que yo quería hacer y lo que necesitaba hacer y tuve razón, porque durante cinco años nadie quiso editar el libro. «Ah, cuentos de hadas... nooo!», me decían. Y ya en aquella época era alguien que existía, tenía libros publicados y escribía en el periódico.

¿El concepto que tiene usted de la literatura, como constitución artística, está por encima de la identificación con el lenguaje y los temas infantiles?

Eso puede ser el resultado de mi experiencia de vida. Yo nunca fui como los otros, siempre fui «el otro». Me di cuenta de eso ya de adulta. En mi familia fui la única que nació en África, son todos italianos, mi hermano es toscano. En Italia seguí siendo «la de África», «Faccetta nera», bromeaban conmigo, «nadie diría que nació en África».

Y después fui a vivir a Brasil, donde era tremendamente extraña, porque era africana de Italia y así de clara, no lo podían entender. Cuando eres el extraño, la imitación es un mal camino...

Noto que su narrativa es muy cinematográfica, como tomas de escenas. Los cuentos que he leído parecen centelleos o fogonazos de imágenes que engarzan muy bien con su lenguaje poético.

Y con mi mirada, porque mi formación es de artista plástica. Yo hice mucho grabado, hoy día soy ilustradora, así es que tengo una mirada visual. Mientras escribo, estoy dibujando.

La pregunta habitual que se hace a los escritores cuando se quiere rastrear en su trabajo: ¿eres disciplinada, respetas horarios, tienes algunas manías, te vuelves hosca y antipática durante el proceso creativo?

Todo eso sería imposible. A veces bromeo y digo que ese es el privilegio de los escritores hombres. Yo tengo dos hijas, dos casas, una vida llena de movimiento. A lo largo de muchos años trabajé en la prensa, sigo trabajando, escribo una vez a la semana para un diario. Viajo muchísimo. Mi tiempo para escribir es en diciembre, enero, febrero, marzo, abril, y cuando llega julio ya me voy despidiendo, pues empiezan los viajes.

¿No le resulta enojoso interrumpir la creación para dedicarse a otras actividades?

No lo interrumpo. Estoy concentrada en el libro hasta que empiezan los viajes. Después, por lo general, no escri-

bo libros de ficción. Dibujo, traduzco, hago otras cosas, porque si hago una ponencia necesito investigar, pensar y escribirla.

¿También su trabajo creativo exige investigar?

Mucho. Bueno, depende de qué tipo. Una vez que escribí un libro de cuentos cortos de amor, no era la historia lo que me interesaba sino el contenido. Quería que al final del libro el lector, sin darse cuenta, tuviera un discurso amplio sobre el amor. Entonces, para hacerlo hice tanta investigación que hasta escribí antes un ensayo sobre el amor, para sentirme segura.

Los cuentos de hadas tienen, como muchos cuentos, dos historias: una historia secreta, que permanece sumergida, y una historia externa. Por lo general, esa historia secreta refleja ritos y un componente ideológico. ¿A ti te interesa que en los cuentos se reflejen ritos del comportamiento humano? ¿Rehúye el componente ideológico?

Los cuentos de hadas son un trabajo distinto de todo lo que hago con la palabra. Y yo hago muchas cosas distintas. Es porque soy una persona de razón. Me gusta pensar. Me gusta la consciencia, el sentido crítico, cuestionar las verdades que me regalan. Pero no trabajo así los cuentos de hadas. Para hacerlos necesito que la consciencia se vaya de vacaciones, que se aleje y darle paso a la inconsciencia. Es como si los cuentos me fueran dictados por alguien dentro de mí. De todo lo que hago, los cuentos de hadas son lo único que podría decir que son maravillosos, porque son como si no fueran míos.

Hay una frase muy linda que he leído... dice que la escritura es un delirio estructurado, un desvarío que uno lo organiza en el acto de la escritura.

Digamos que es posible que exista un inconsciente colectivo. Me preguntaste de los mitos y hay mucha presencia de ellos en mis cuentos. Voy en búsqueda de ellos para encontrar otra manera de tratarlos, pero los mitos son universales porque están conectados con la esencia de los humanos. Yo necesito que los mitos me hablen. No soy chamán. Soy alguien que está escuchando.

Quisiera que hagas un esfuerzo por discernir el trabajo de tu escritura —casi una poética del inconsciente—, frente a tu trabajo de ilustradora de tus cuentos.

Son dos *métiers* totalmente distintos. Mientras la cabeza y la palabra las trabajo diariamente, aunque sea escribiendo una ponencia, aunque no sea el quehacer literario, la mano no la trabajo todos los días. Y se pone dura. Entonces, cuando vuelvo a dibujar, hay que reeducar la mano y la mirada. Porque la mirada de uno no es igual que la mirada de otro. El escritor está en el centro de una situación y con una mirada total. Pero el trabajo del dibujante es tan solo un detalle, no quiero dibujar lo que está escrito. Necesito un detalle que sea elocuente.

Terminado su texto, ¿tiene amigos cercanos en quienes confía para que lo critiquen? ¿Quiénes son esos amigos?

Mi marido. Yo soy casada con un poeta, ensayista y crítico literario: Affonso Romano de Sant'Anna.

¿Un crítico riguroso o concesivo con usted?

¡Oh! ¡Muy riguroso! Y yo también muy rigurosa con él.

Es de ida y vuelta.

¡Seguro! Es una palabra que se respeta, la de él conmigo y la mía con él. A veces me regala títulos de libros o yo le regalo ideas para la portada; trabajamos muy conectados.

Aunque no siempre serán opiniones coincidentes.

Claro. No soportaría un marido con otras medidas, un autor de *best seller* por ejemplo. Le pondría, qué sé yo, veneno en la comida. (Risas)

De a pocos para que sufra... (Más risas)

HOY SÁBADO PASEÉ EN BOTE CON CAMILA. Llegué temprano al departamento y fuimos a La Punta a visitar a mis padres. No suelo llevarla: el viaje en bus es fatigoso para ella —una niña acostumbrada a viajar en el auto de su madre—, además los taxis rehúyen cualquier servicio al Callao por las multas de tránsito y cuando lo hacen cobran un ojo de la cara. Pero esta vez todo jugó a nuestro favor; H me escribió la noche anterior para decirme que tenía que ir al aeropuerto y podía acercarnos hasta el óvalo de la Marina. «De ahí será fácil que consigas una carrera», me escribió. Le contesté enseguida.

Esta mañana amaneció con resolana; yo estaba contento, había dormido bien —después de leer fascinado un libro de Rodari— y salí a correr por la playa con ánimo de romper mi récord de las últimas semanas. De regreso, subí a duras penas las escaleras, pero conseguí hacer cinco kilómetros en veinticinco minutos. En el departamento redondeé la rutina con abdominales y planchas. Me duché y con la toalla a la cintura llamé a H, me contestó de muy buen talante. Después de mucho tiempo su voz me produjo... Quedamos a las once, tenía más de una hora para desayunar y ver las noticias de la televisión. Insufrible, preferí volver a la lectura.

Gramática de la fantasía (2003) es un libro que a todo maestro le hubiera encantado escribir. No es un manual de teoría ni un recetario de técnicas, sino una exhibición

de clases magistrales para «inventar historias», que Gianni Rodari perfeccionó después de tener cinco sesiones, en marzo de 1972, en la ciudad italiana de Reggio Emilia, «con una cincuentena de maestros de las escuelas primarias y secundarias» —escribe en la introducción—, «donde presenté, en forma digamos oficial, todas mis herramientas de trabajo. Tres cosas me harán recordar siempre aquella semana como una de las más bellas de mi vida. La primera es que el cartel anunciador, creado para la ocasión por el ayuntamiento, proclamaba con todas sus letras: Encuentros con la Fantástica, de manera que pude leer, sobre los muros estupefactos de la ciudad, aquella palabra que me acompañaba desde hacía 34 años.

La segunda es que el mismo cartel advertía que las “reservas” para asistir a los encuentros debían ser obligatoriamente limitadas a cincuenta: un número mayor de asistentes habría transformado cualquier encuentro en una conferencia, que no habría sido útil a nadie; pero lo mejor del caso es que la advertencia contenida en el cartel parecía expresar el temor de que se produjera una avalancha humana... La tercera razón de mi felicidad, y la más sustanciosa, residía en la posibilidad de retener todo el tiempo el control de la discusión, mientras razonaba larga y ampliamente sobre la función de la imaginación y las técnicas para estimularla...».

En el balneario caminamos por el malecón y terminamos en Cantolao, arrojando piedras chatas para hacerlas rebotar en la superficie del mar. Mi padre me enseñó a hacerlo y ahora trataba yo de enseñarle a mi hija. Hay que saber escoger los guijarros, inclinar el cuerpo y lanzarlos como un latigazo. Nunca logré ganarle a mi padre. Hago tres o

cuatro... cinco veces, a lo sumo. Camila no pudo hacer ninguno, pero no se disgustó, más bien nos descalzamos y chapoteamos felices en la orilla. No la veía así desde hacía mucho tiempo. Cuando vi aparecer una chalana, no lo dudé un instante. Llamé a voces al pescador, subimos a cubierta y le pedí que me dejara remar. De joven lo hacía muy bien y aunque había perdido habilidad, estaba en forma y pudimos serpentear entre los veleros del Yacht Club. De vuelta a la playa, senté a Camila sobre mis piernas y remamos juntos con el sol sobre su cabecita resplandeciente.



Para una bitácora marina sobre la pedagogía. Elige el tablón de náufrago, antes que al trasatlántico; nadie olvida la catástrofe del *Titanic* y cuántos recordamos la gesta del mítico Crusoe. Evita gobernar la nave como lo hizo el capitán *Ahab*, destructor de sí mismo y su tripulación. Abraza la aventura de Stevenson y Salgari, enamórate de sus piratas y sirenas, rehúsa sin remordimiento de los itinerarios estrictos y de cuanta orden te aleje de los albatros. Desembarca en los puertos donde percibas travesura y deambula en sus mercados; compra objetos de poco valor. No te detengas en el bar, recuerda que es condición del buen navegante alimentarse y dormir bien. Porta brújulas, sextantes y demás instrumentos náuticos; síguelos con capricho y coraje, nunca con sumisión. Divierte a tus compañeros de cubierta con cuentos y leyendas, pon el alma en tu voz y tus gestos. Déjate crecer el cabello, tatúate una ilusión en el antebrazo y no temas al lugarteniente. Atraviesa las islas de la enseñanza con toda la locura que sea posible, no vaya a ser que la escuela te haya engañado.



No he podido comprobarlo, pero creo que a Juliano el Apóstata le pertenecen estas palabras: «Unos aman los caballos, otros los pájaros y otros las fieras; yo, desde niño, estoy poseído por un terrible deseo de poseer libros». La cita la tengo anotada en un diario desde hace dos o tres años; la he recordado ahora, minutos antes de salir al colegio, mientras tomaba el café y distraía mi mirada por las paredes atestadas de libros del departamento. La cama distendida, como suele estar; un juego de escritorio Luis XV, una reproducción de Brueghel y un perchero antiguo con dos camisas arrugadas. Si paseara por la segunda habitación y el baño, el paisaje desmejoraría por la ropa sucia y los trastos acumulados de la cocina. Orden y decadencia; falta, a todas luces, la belleza que dispensa una mano femenina. Por eso, a la cita de Juliano —si fuerasuya—yo agregaría: «Sobretudo cuando no se posee mujer».



Aunque no soy un rudo ni mucho menos, mi norma ha sido ser severo contra la desgracia. Una lucha cuerpo a cuerpo. Creo que por eso me aficioné al boxeo. Primero fue sentarme con mi padre a ver combates por televisión. Jamás olvidaré las noches con él viendo las peleas de Roberto Durán y Sugar Ray Leonard, o Marvin Hagler y Thomas Hearns —¡qué primer *round*!—; pero sobre todo admirando el arte de Muhammad Ali. Después practiqué boxeo en la universidad, coleccioné unas cuantas revistas, vi viejas películas malas y buenas y leí grandes cuentos: London, Hemingway, Cortázar, Piglia... y unos pocos libros. El mejor de todos: *Sobre el boxeo* (1990), de la es-

critora norteamericana Joyce Carol Oates. Curioso que una mujer haya hecho morder el polvo a tantos escritores. Ahora que he vuelto a practicarlo —me he entregado a una paliza esta mañana—, he picoteado aquel librito: «El boxeo es una celebración de la religión perdida de la masculinidad, tanto más contundente por estar perdida». Como a mí, también a ella su padre le metió los puños entre la guardia y le ganó una pasión.

Contra las cuerdas, segundos afuera, bajar los brazos... tantas expresiones que pueden ser usadas en la vida diaria. Por ejemplo, H viene ganándome todos los asaltos por puntos. La he atormentado con celos, sospechas sin mayor asidero, pero jamás acerté un jab y estoy a punto de besar la lona. Es como si me repitiera una famosa frase de Muhammad Ali antes de su pelea con Sonny Liston: «Para pegarme, primero tienes que encontrarme».



Los padres deberíamos estar atentos a las series televisivas que consumen nuestros hijos. Son las ventanas cotidianas que los educan, a espaldas de nosotros. La unidad argumental que define una serie, formulada en episodios continuos, permite desarrollar un sistema de pensamientos, costumbres y lenguaje modélicos que ignoramos. Si agregamos además los temas audaces, personajes carismáticos y horarios de emisión tenemos la fórmula perfecta que conquista a los chicos. Nunca había podido ser fiel, sin embargo, a una serie pero con Camila me siento obligado a hacerlo.

Confieso que no sentía ninguna satisfacción de ver *Las chicas superpoderosas*. Esa triple B que lucha contra los monstruos y villanos de la ciudad de Saltadilla me resultaba em-

palagosa y conservadora. Prefería *Los Rugrats*, que expresan un mundo más infantil y me sorprendía su factura cinematográfica. Pero no conseguí torcer la predilección de Camila. Consulté a mis alumnos y todos ellos son seguidores de *Los Simpson* y *Bob Esponja*, y los más grandecitos de *Drake y Josh*. Unos pocos gustan de *Los Padrinos Mágicos*. Entre esas opciones andaba hasta que descubrí la maravilla: la serie chilena *31 minutos*. Desde ese día una membrana más social e irónica se instaló en la pupila de mi hija.



Hace dos noches discutí con H. Fue una conversación áspera, pero en susurros, sin levantar la voz pues temíamos despertar a Camila. Sentí que había sido injusta conmigo y hubiera querido largarme de su casa tirando la puerta, pero nuestras palabras y gestos guardaron una ridícula compostura. Eso me enojó más y me acosté furioso. Por más que traté de dar con el motivo exacto del pleito nada venía a mi recuerdo. Me atormentó la idea de que todavía estuviera enamorado de ella y que la estuviera perdiendo en cada palabra, en cada paso que diera al salir de su casa. Desperté con unos versos de Abelardo Sánchez León: «¿Por qué nos hacemos esto los amantes, / los que sentimos morir en la ausencia».

Ahora que he venido a ver a Camila, ha estado especialmente cariñosa. De H no había ni rastro; en otras ocasiones, cuando hemos peleado, acostumbra dejar una notita díscola del tipo: «No olvides de comprarle las zapatillas que ofreciste» o más provocadora: «Este fin de semana salgo con Camila para que se distraiga». No tardaría, sin embargo, en darme cuenta de que sí había dejado su huella.

—Papi, ¿cuánto me quieres?

—Más que el infinito.

—¿Y es grande el infinito?

—Es lo más grande del mundo.

Se quedó pensando un minuto. Se puso de pie, se alisó el polo de Lisa Simpson y me pidió que escuchara «esta poesía que me ha enseñado mi mami»:

(Con voz grave) —Yo te quiero como quiere el naranjo a la naranja.

(Con voz aguda) —Yo no quiero que así quieras a tu hijita que te quiere.

(Con voz grave) —¿Cómo quieres que te quiera?

(Con voz aguda) —Como quiero a mi muñeca, así, quiero que me quieras.

Me emocioné mucho. Esa noche le mandé un mensaje a H, tan delicado y agradecido como pude. En la posdata le pregunté por el poema y me contestó enseguida: «Por fin lo sorprendí, señor profesor. “Diálogo”, de Jorge Ortiz Dueñas».



La próxima semana terminarán los exámenes y entregaré las notas en el salón. Me despediré de mis alumnos, escribiré una sola línea en la pizarra —«Llegará un día en que nuestros recuerdos serán nuestra riqueza»⁴³— y después

43 De Paul Géraudy, poeta y dramaturgo francés del siglo XX.

recorreré las aulas vacías, aliviado de haber llegado al final. ¿Al final de qué? Veré a algunos chicos todavía corretear en el patio, deshilachando la poca vida que queda en el colegio. Comprenderé que solo nos une el pasado y el presente, que perderé todo vínculo futuro con ellos. Jamás con Camila. Advierto lo fácil que puede ser confundir la docencia con la paternidad. En el fondo comprendo que todo este año será una luz mudable, que pronto disipará su brillo y buscará su acomodo en mi memoria.

—Te juro que no pasó nada —cenaba con H en un restaurante. Ella me había invitado.

—No tienes por qué jurarme —replicó—. Estamos separados y tú eres tan libre como yo.

—Lo sé, pero necesito decírtelo.

Cuando crea olvidado este año, algunas señales reaparecerán en mi recuerdo. No sé en realidad cómo ocurrirá. Tal vez un repentino haz de luz sobre un acto trivial —buscar un libro en la biblioteca o poner una nota en el registro—, que será súbitamente dulcificado por el tiempo; me sobrevendrá una cascada de rostros infantiles, la fresca algarabía del recreo, ciertos disgustos que pude haber tenido y acaso alguna de mis lecciones adquiriera entonces densidad. Me sentiré bien, seguramente, pues será como la revelación de un fenómeno físico: una onda que va y se filtra de una materia a otra, alterando su naturaleza. Pero me pregunto si será lo mismo en mi vida íntima con H y Camila. ¿Bajo qué halo misterioso veré lo que hice? ¿Tendrá también esa luz un efecto bienhechor sobre lo que dejé de hacer? Lamentablemente uno llega tarde a su espectáculo, es siempre un hedonista frustrado de su propia actuación.

—¿Estás escribiendo?

—Sí. He empezado a hacer algunas anotaciones para un libro.

—¿Una novela?

—No lo sé bien. Estoy tratando de...

Vacilé unos segundos. «¿Qué escribía: una novela o un ensayo?». Cómo explicarle a H que tenía demasiada información en la cabeza, sumada a mis dudas, para componer un libro sobre la lectura escolar y, sobre todo, donde ella posiblemente sería uno de los personajes. ¿Me atrevería a decírselo? ¿Me perdonaría, además, estas nuevas infidencias? Nunca había sentido tanta presión por decir la verdad, era como una urgencia de llevar toda mi percepción de la realidad al campo de la escritura. Pero esta percepción tenía ahora leyes contrastables, dictadas por datos estadísticos y opiniones ajenas. Debía encontrar un punto de convergencia entre ambos mundos visibles.

—Si es otro de tus secretos —dijo H y levantó las palmas de sus manos, con delicadeza, como quien se aparta de una situación impropia.

Fue un instante: ante mis ojos fulguraron dos lirios y un rostro de fondo, a un palmo de distancia, algo desenfocado pero hermoso e ingenuo. Esa gracia de quien prefiere quedar al margen la conocía muy bien, así había actuado ella durante doce o trece años de nuestra relación. Animada siempre de nobleza y piedad; después cambió un poco, en los años recientes se volvió más cauta y recelosa. Yo debería palidecer ahora de vergüenza, porque nunca había sido humilde con ella. Toda la arquitectura de su cuerpo, representada en ese tierno gesto de apartamiento,

de consideración extrema, era la imagen virtuosa de la vida. Tuve la impresión de que era más importante que toda la pedagogía contenida en los libros.

—Contigo no puedo tener secretos.

Ella sonrió algo turbada. Estaba ahora tan distinta de la mujer que anoche me llamó por teléfono: «Tenemos que hablar», me dijo con tono imperioso. Sin embargo la conversación había fluido de manera más que amable y además se había extendido hasta bordear los límites de la intimidad. Para mí las cosas de los últimos meses parecían alcanzar el privilegio de la transparencia. Claro que convenía no desperdiciarlo. Eso era lo que ahora buscaba invadir mi voluntad: no echarlo a perder.

—Es un libro...

Le conté la historia y algunas de las líneas narrativas que buscaba desarrollar. Le describí las entrevistas, hablé con emoción de las personas que había conocido y que conformaban las únicas presencias reales del libro. No esca-moteé ningún dato de personaje o circunstancia que considerara importante. «Acabo de terminar la ponencia que leeré en Chile, quisiera ponerla como prólogo», le dije. Ella me escuchaba atenta, sonreía por momentos. Sentí que estuve algo desenfrenado a lo largo de la exposición; cuando terminé nos quedamos mudos.

—Únicas presencias reales de la historia... —repitió H.

Sabía bien adónde se dirigía.

—¿El protagonista? —asentí con la cabeza—. Mi retrato: un triste fantoche de lecturas.

—No es para tanto... dijo.

La miré. En aquella joven que había desconocido durante dos años y cuyos ojos volvían a tener una deferencia para mí, distinguí que era posible aprender a conocerla, como si leyera un libro nuevo, como si su cuerpo cifrara un numeroso vocabulario de palabras acústicas y luminosas que esperaran un destino.

—¿Me prometes que la escribirás? —me preguntó.

—Esta vez sí —le contesté—, por ti y por Camila.



Acabo de llegar a Santiago de Chile, esta noche se inaugura el Congreso. Fueron engorrosos los trámites en el aeropuerto, pero el hotel donde han instalado al crítico peruano y a mí es grande y cómodo. Queda en el centro de la ciudad; desde mi ventana puedo divisar el cerro San Cristóbal —lo recuerdo por un cuento sobre un ciclista de Antonio Skármeta—. Hace ocho horas que he dejado el aeropuerto de Lima. Nunca olvidaré aquella mañana. Estuve largo rato con H y Camila conversando de lo que haríamos en Navidad. Aunque todavía faltan dos semanas, trece días exactamente, los aires de fiesta comercial empiezan a apropiarse de las calles. He traído conmigo dos cosas lindas de la despedida: algunos dibujos hechos por mi hija de los personajes del programa *31 minutos*. Ella está empeñada en que le consiga esos muñecos, cuyos nombres me hacen gracia y son imposibles de olvidar: Tulio Triviño, Juan Carlos Bodoque, Calcetín Con Rombos Man y Policarpo Avendaño.

La otra cosa linda ha sido lo que me regaló H. Desaté la cinta y lo saqué del sobre de papel reciclado —siempre

me ha hecho regalos con envolturas especiales— y me encontré con un libro clásico del que no conocía ni el título: *Historia de un niño bueno. Historia de un niño malo*, de Mark Twain.⁴⁴

—Para que no te aburras durante el viaje —me dijo y me dio un beso en la mejilla. «Quédate ahí para siempre», quise decirle. Deslizó sus labios hasta mi oreja y murmuró: —A ver si escoges bien quién prefieres ser.

Esta tarde salí a caminar por los alrededores del hotel. Todas las avenidas son espaciosas, ordenadas y limpias. Cuando volví al hotel, una hora antes de la inauguración, noté un gran ajetreo en el *hall*: grupos de escritores conversaban con animación, entre tantos rostros que había visto fotografiados reconocí a Marcela Carranza, Liliana Bodoc, Juan Villoro, Teresa Colomer... pero no tuve agallas para incorporarme en ninguno de esos grupos y decidí quedarme cerca, donde pudiera observarlos.

Me senté en una de las mesitas con computadora, abrí mi correo y me encontré con las bases para un concurso de cuento. No hubiera prestado atención si no fuera porque se convoca solo a docentes y se señala la lectura como tema. Piden un texto de dos mil palabras como máximo. He recordado que durante uno de mis viajes de verano, en una playa de Tumbes, tuve una experiencia de la que me gustaría escribir. Aunque sé bien que la irrupción de un maravilloso acontecimiento no garantiza ninguna pá-

44 México: Fondo de Cultura Económica, 2005. En tapa cartón e ilustraciones de Ricardo Peláez. Las historias (impropias) aparecieron originalmente en revistas distintas, una en 1865 y la otra en 1870.

gina memorable; a veces nos sentimos menos derrotados si dejamos que alguna anécdota, por extraordinaria que parezca, se desvanezca sin pretensiones, como la cáscara de una milagrosa fruta.

Epílogo



Ella salvó a su perro⁴⁵

La voz de la mamá era más poderosa que el rugir de las olas.

—¡Amanda, corre hija, corre!

Con las manos ahuecadas, la mamá no dejaba de llamar a la pequeña que se encontraba algo lejos.

—¡Vuela, que se va tu papá!

Era muy de mañana, como todos los días, en que el papá de Amanda se alistaba para salir de pesca.

Y, como todos los días, Amanda se entretenía con su perro jugando en la orilla. Juntos perseguían a los cangrejos que corrían desesperados para meterse en sus huequitos. Ya Amanda había aprendido a cazarlos, aunque después los dejaba ir.

Ahora regresaba por la espuma, pateando las olas que morían en la orilla. El agua salpicaba en destellos y eso le gustaba a Quemado, su perro grande y negro.

—Madre, ya está el rancho —dijo Amanda al llegar cerca de su madre—. Lo he dejado junto a la puerta.

⁴⁵ Trabajo presentado al concurso de cuentos convocado por la Facultad de Educación de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Hasta el momento no se han dado los resultados.

La mamá entró a la casa y salió con un bolso viejo de redcilla. Adentro estaba la comida del papá y una botella de emoliente. Se dirigió a la orilla, donde el papá terminaba de ajustar unas cuerdas que sostenían la única vela de la balsa. Le sonrió a la mamá cuando acomodó el rancho y al instante volvió a endurecer el rostro por el esfuerzo.

—Ya está —dijo al fin y se colocó detrás de la balsa.

La mamá y Amanda hicieron lo mismo y empezaron a empujar la embarcación. Nueve troncos cortos entrelazados con sogas y un pilote con una vela de cáñamo. El papá contó varias veces: «un, dos, tres» y al decir «tres» juntos daban un fuerte empujón. Tras varios impulsos, la balsa alcanzó el mar y flotó suavemente como una hoja de plátano. El papá se subió de un salto, dirigió la vela e hizo adiós a su mujer y a su hija. Ellas lo vieron alejarse. La mamá bajó la mirada y volvió a casa, entristecida, diciendo algo entre dientes.

—Madre, ¿por qué se pone así? —preguntó Amanda.

—Nada, hija —contestó la mamá y la tomó de la mano—
... es que no me gusta que salga solo. Me da miedo.



En el puerto de Cancas había una escuela primaria, pero ninguna maestra. Solo tenía un director, que no se preocupaba por enseñar a los niños. Esa escuela estaba triste; sin cariño, ni lecciones, ni juegos. Hasta que llegó Evelina, una maestra tan chiquilla y pequeña que cualquiera hubiera dicho que era estudiante de secundaria.

—Ahora que eres profesora tienes que trabajar donde te ofrezcan una plaza —le dijeron en la universidad donde estudió educación.

Entonces ella había hecho las gestiones para volver a su pueblo, en la sierra de Piura, que era donde quería enseñar. «Es que la educación en Ayabaca está muy descuidada», decía siempre, «yo misma he tenido que salir de mi pueblo para estudiar». Después de unas semanas, en las oficinas del Ministerio le entregaron una lista con las plazas disponibles.

No figuraba Ayabaca. Tenía que pensarlo detenidamente, porque elegir un lugar para trabajar no era fácil. Lo conversó con sus padres; por supuesto, ellos querían que fuera lo más cerca posible. También lo conversó con sus amigas:

—Busca una ciudad grande —le recomendó una.

—Que tenga un colegio y esté todo organizado —añadió otra.

—Anda al lugar más necesitado, ahí aprenderás más —le sugirió una tercera.

—No seas sonsa —opinó la más ocurrente—... vete donde trabajes menos y puedas tener un millón de amigos.

Entonces todas empezaron a bromear. Esa noche, Evelina lo consultó con su almohada. A la mañana siguiente se acercó a las oficinas del Ministerio y comunicó su decisión: iría a Cancas. La encargada la miró con tal extrañeza, que ella pensó que debía darle una explicación:

—Creo que allá... es urgente una maestra.

Tres semanas después se embarcó en un ómnibus y llegó a Cancas. Empezaba a oscurecer. Caminó por entre las casuchas del puerto y muchos perros salieron a ladrarle. Iba a recoger un palo, pero notó que los perros no ladraban con furia... más bien con enorme cansancio. Y era tal vez una manera de darle la bienvenida. También le llamó la atención el mal olor y los montículos de basura, en donde se espulgaban algunos gallinazos.

Consiguió donde alojarse y durmió bien, arrullada con el rumor de las olas del mar. Salió temprano y preguntó por el colegio... no estaba lejos, caminó esas dos cuabras y otra vez los perros, la basura y los gallinazos. Más que miedo, daba pena ese paisaje. Porque ahora también vio muchos niños que jugaban sin preocuparse por los desperdicios del rededor.



La escuela era una pequeña construcción de ladrillo. Parecía abandonada y la reja estaba con candado. Evelina preguntó a los vecinos por el director. La miraron con desconfianza y ella les explicó que era la nueva profesora y que debía ocuparse de la matrícula de los niños. Los vecinos cuchichearon, alguien dijo que primero habría que matricular al director y todos sonrieron.

—Ve el muelle, m'hija —dijo una señora, señalando al final de la playa—... le recomiendo que pregunte allá.

Evelina llegó al muelle y le indicaron la casa. Ahí la atendió una mujer, quien la invitó a sentarse y le pidió que esperara. Un rato después apareció un hombre bajo, bastante mayor pero todavía robusto.

—Soy el director de la escuela —dijo estirando la mano—. ¿Qué se le ofrece, señorita?

—Tanto gusto, señor director —le estrechó la mano—. Yo he sido destacada para trabajar con usted.

—Ay, mi estimada señorita, me temo que ha hecho un viaje inútil. Acá a nadie le interesa la educación.

—¿Cómo? ¿Por qué? —reaccionó Evelina.

—Es sencillo: los hijos ayudan a sus padres en sus labores. La mayoría son pescadores o trabajan en el muelle...

Conversaron un buen rato y Evelina notó que el director era un buen hombre, pero estaba desengañado. Le contó que él mismo había tenido antes mucho entusiasmo. Ella le aseguró que visitaría todas las casas y hablaría personalmente con los padres.

—Si usted lo dice, yo le creo —dijo el director—. Ahora vamos a la escuela que tendrá ganas de conocerla.

Desde esa tarde Evelina se dedicó a visitar las casas y como era inteligente y alegre consiguió reunir en dos semanas a trece niños y diez niñas. Cuando se lo dijo al director, casi se desmaya.

—¡Es un récord! —exclamó—. ¡Empezamos el lunes, antes que se desanimen!

Evelina regresó feliz a cada una de las casas para comunicar que las clases empezarían el lunes próximo y ahí fue que se encontró con el papá de Amanda. La primera vez había conversado con la mamá y ahora el papá no quería permitir que su hija fuera al colegio.

—Amanda tiene que ayudar en casa —dijo.

—Me las puedo arreglar sola —justificó la mamá—, déjala que vaya a la escuela.

—No, porque también tiene que ayudarme a mí.

—Pero la pesca no es para ella.

El papá apretó la mandíbula, asintió con la cabeza y salió de la habitación llevando unos aparejos de pesca.



Los primeros días asistieron todos los niños y luego empezaron a ausentarse. Un día siete, otro doce y hasta quince, pero Amanda no faltó un solo día. Y además era la primera en llegar. Cumplía las tareas y aprendió pronto a leer. En unos meses, quería leer todo lo que caía en sus manos.

Un viernes, a la salida del colegio, se quedó unos minutos para ayudar a Evelina en la limpieza del aula. Amanda se entretuvo y curioseó en una especie de depósito donde se acumulaban carpetas rotas, cartulinas, papeles lustre y algunos libros viejos. Leyó los títulos y regresó con uno.

—¿Puedo llevarme este libro? —le preguntó a Evelina—. Lo he encontrado tirado en el cuartito.

Evelina miró la cubierta: *Leyendas de la costa peruana*.

—Claro, te va a encantar. A ver si el lunes nos cuentas una.

Ese lunes Amanda narró una de las historias y todos sus compañeros permanecieron mudos. Cuando terminó le hicieron mil preguntas y Amanda se sintió muy importante. De regreso a su casa se lo contó a sus padres y ellos se sintieron orgullosos. El papá llegó a decir:

—A lo mejor esta niña nos sale profesora.

Amanda se acostumbró a llevar siempre un libro en las manos. Todos los sacaba del depósito y eran los libros que habían pertenecido al director cuando era joven. Se llevaba incluso libros que no entendía...

Una tarde llegó de clases y su perro Quemado no salió a recibirla. Lo vio echado en la puerta de la casa y con las justas gimió. Ella se acercó y notó que casi no abría los ojos, que los tenía repletos de legañas blancas. Corrió a contarle a su mamá, quien le dijo:

—Está así desde temprano. También estuvo vomitando.

Amanda volvió con su perro y lo puso sobre unas mantas. Estuvo observándolo: respiraba mal y tenía la temperatura elevada. Le ofreció agua y no aceptó. Tampoco quiso comer. Por la noche se puso peor, era evidente que Quemado se moría. Entonces Amanda recordó un libro que había visto en el cuartito.

Corrió desesperada en busca de Evelina. La maestra le abrió la reja del colegio. Encontraron el libro: *Medicina para animales*. Juntas buscaron un capítulo sobre perros y dieron con una foto terrible: un pobre perro que tenía la misma cara decaída de Quemado.

Leyeron que se trataba de una enfermedad mortal y los primeros síntomas eran iguales a los de su perro; calentura, escalofríos, contaminación en los párpados. Según el libro pronto tendría convulsiones y luego parálisis en las patas. Después dejaría de respirar. Lo que tenían que hacer era impedir otras infecciones y controlar el vómito.

Mientras Evelina fue a buscar a un veterinario al pueblo vecino, Amanda voló a su casa. Su madre no estaba, ella le

limpió los ojos a Quemado, después lo cubrió para evitar enfriamientos. Hirvió agua, le puso limón y dos cucharadas de azúcar; esperó que enfriara para darle a beber con un biberón que le prestó una vecina.

—Toma, por favor, te va a hacer bien —le suplicaba.

Como si la entendiera, su perro hacía grandes esfuerzos por tragar entre dientes, aunque derramaba mucho líquido.

Cuando Evelina volvió, acompañada del veterinario, era casi medianoche. La puerta de la casa de Amanda estaba junta y había luz adentro. La profesora empujó la puerta con el alma en un hilo, pero lo que encontró le devolvió la alegría: toda la familia y algunos vecinos estaban alrededor de Quemado, que ahora tenía los ojos abiertos y las ganas de mover la cola.

—Mire profesora —dijo el papá emocionado—. Por saber leer, ella salvó a su perro.

Índice

Presentación / 11

Apertura / 13

Advertencias sobre el Plan Lector / 15

Lección primera / 25

Salgo abatido de la reunión / 27

Entrevista a Patricia Fernández: La lectura como discernimiento / 43

Camila ha estado muy nerviosa hoy / 49

Lección segunda / 59

He dudado si escribir estas páginas / 61

Entrevista a Gemma Lluch: No una sino muchas lecturas / 79

Camila no salió a recibirme / 87

Lección tercera / 97

La comisión volvió a reunirse / 99

Entrevista a Daniel Cassany: La palabra desafiante / 117

Camila se emocionó cuando recibió el libro / 125

Lección cuarta / 137

La biblioteca es un lugar de encuentro / 139

Entrevista a Claudia Vásquez: Deleite de nadar
entre libros / 155

Camila pasa horas en el baño / 163

Lección quinta / 177

Qué desolado e impotente me siento / 179

Entrevista a François Vallaeys: El pensador que ríe / 197

Camila está muy bien, no lo echas a perder / 205

Lección sexta / 215

Casi sin pensarlo hemos ampliado / 217

Entrevista a Marina Colasanti: Las armas secretas de un
hada / 235

Hoy sábado paseé en bote con Camila / 243

Epílogo / 257

Ella salvó a su perro / 259



un placer ausente

apuntes de un profesor sobre la lectura escolar

¿Existen fórmulas para fomentar la lectura en el colegio? ¿Está bien diseñado el Plan Lector, es buena su aplicación, los profesores están convenientemente preparados? Para abordar estas inquietudes el libro propone una historia que concilia diversos géneros literarios como el ensayo, la novela y el periodismo, desde la mirada de un maestro de escuela discordante de los programas de lectura impuestos y protagonista, además, de un íntimo drama familiar que nos acerca a asuntos pedagógicos en forma dinámica y contundente.

Este trabajo es resultado de un proceso de indagación y participación en eventos académicos, conversaciones con estudiantes y profesores, sumado a la experiencia docente del autor en aulas escolares y universitarias. «Y aunque quisiera estar lejos de cualquier actitud doctrinal —escribe Eslava—, me siento seguro del valor formativo de los buenos libros: modela al ser humano, amplifica su espíritu, mejora su convivencia con el mundo».